



Expediente almirante

Luis Adrián Betancourt



Expediente almirante

Luis Adrián Betancourt



EDITORIAL ARTE Y LITERATURA,
LA HABANA, 1977.

En **Expediente Almirante** —que se desarrolla en los primeros años después del triunfo de la Revolución—, Luis Adrián Betancourt nos relata cómo un grupo de contrarrevolucionarios, con la ayuda y dirección de la CIA, trabaja en la captación de elementos que puedan ser útiles a sus planes de espionaje y agresión contra nuestro país. El autor conduce los hilos de la narración con eficaces recursos técnicos y literarios, con los que logra ofrecer al lector una obra interesante.

COLECCIÓN: DRAGÓN



Luis Adrián Betancourt

EXPEDIENTE ALMIRANTE



ePub r1.0
ePub2.0

JURADO

Armando Cristóbal Pérez
Mayor Vivian Paz Escalante
Teniente Enrique Román Hernández

Edición / José Tajés
Corrección tipográfica / I. Salas
Diseño y Cubierta / Ernesto Joan

Editor digital: WeaR&WaZ
ePub base r2.1



EDITORIAL ARTE Y LITERATURA
Calle G. No. 505, El Vedado, Ciudad de La Habana, Cuba.





—ewya_#020(09)—

EWYA es un proyecto sin ánimo de lucro, orientado a la difusión digital de obras literarias de autores cubanos...

WeaR&WaZ[®]
©RiverDry - 12.12.2021

**A Tony Santiago,
cuya vida audaz y rebelde,
cuyo ejemplo,
también esperan por un libro.**

L. A. B.

NOTA DEL AUTOR

*No todos los personajes y entidades
que aparecen en esta novela,
así como las situaciones de la misma,
son fruto exclusivo de la imaginación del autor,
por lo que cualquier semejanza con personajes,
entidades, o hechos pasados o actuales,
será algo más que simple coincidencia.*

L. A. B.

Prólogo

Que la literatura policial es no sólo posible, sino una realidad palpable en las condiciones de nuestra sociedad, es ya una afirmación tan evidente como conocida.

Las obras publicadas en los últimos años, en especial las generadas en torno al Concurso Aniversario de la Revolución, son la mejor prueba al respecto.

Junto a esa creciente promoción de obras de este género, revitalizado y reencauzado por las peculiares y nuevas circunstancias que predominan en la actividad de nuestros órganos policiales y de seguridad del Estado, indisolublemente vinculados al pueblo trabajador, aparece también un nuevo brote de jóvenes escritores, entregados a la creación en esta modalidad literaria, frecuentes participantes en el referido certamen.

Por eso no es motivo de sorpresa, para quien haya seguido atentamente el desarrollo del Concurso Aniversario de la Revolución y, con él, de la nueva novela policial cubana, encontrar entre los concursantes, entre los finalistas y, por último, entre los escritores distinguidos con mención, el nombre de Luis Adrián Betancourt.

En esta ocasión la obra presentada da muestras de la sostenida evolución y del desarrollo que el joven cuentista y novelista ha experimentado un año tras otro.

Expediente Almirante es una obra de ambiciones, y no sólo las sucintamente derivadas del enigma central y de la estructura básica típicas en una novela de este género.

Expediente Almirante muestra una trama de espionaje y, en torno a ella, una historia, de mayor riqueza, en la que aspectos de orden político y social, que forman parte de la propia trayectoria de nuestra Revolución, se entrelazan con los requerimientos de la acción principal, para concluir en una novela de pretensiones, en la que el acontecer histórico enriquece, y da envergadura singular a la trama básica de la obra.

Hay también una evolución en el lenguaje, que ya no es el que ahora nos resulta algo primario en las obras iniciales del autor. En **Expediente Almirante** se aprecia una dedicación y un esfuerzo estilístico encomiables, que en sus mejores momentos otorga rango superior a la novela.

Una adecuada configuración de los personajes principales —no sólo los humanos, sino también los naturales: el mar, medio frecuente en las obras hasta hoy conocidas de este autor—, un grado de interés suficientemente elevado como para garantizar la lectura amena y atractiva de la obra, y un estilo generalmente suelto y ágil, concluyen el cuadro de los avances que en esta novela es fácil advertir.

No es, por supuesto, la obra definitiva y concluida. Es, sin duda, un apreciable paso hacia adelante en el trabajo de un escritor joven, dentro de un género rejuvenecido por la propia Revolución.

La vitalidad, la constancia y el entusiasmo que revelan el repaso perspectivo de sus novelas, y los resultados de esta última, **Expediente Almirante**, nos permiten presentarla con la garantía de que se obtendrán, con su lectura, no sólo momentos de disfrute literario más o menos prolongados, sino un factor más de confianza en el camino que transita hoy con firmeza la nueva obra de género policial cubana, camino abierto por la propia Revolución, y del cual la que hoy ofrecemos es un ejemplo de esfuerzo y de tenacidad.

Siempre un prólogo suele incluir un breve anuncio del argumento que, segundos después, afrontará quien lo lea. Pero el género policial impone reglas también al prologuista. Y una de ellas consiste justamente en permitir al propio lector que ejercite sus capacidades indagadoras, su perspicacia y que, sin previo anuncio, se adentre en la compleja urdimbre que la obra propuesta le presenta, sortee junto con el autor los escollos que él mismo ha introducido con habilidad y, definitivamente, descubra su última y casi siempre sorpresiva solución.

ENRIQUE ROMÁN

1

La ciudad oscura

Sólo luces sobre la ciudad.

Sam Miller estrujó la cajetilla de Marlboro y la lanzó al vacío. El envase giró precipitándose sobre la vía desierta. Sam Miller aspiró la primera bocanada de humo y la dejó escapar lentamente por las cavidades nasales.

Abajo, la ciudad estaba aletargada y fría, como paralizada bajo una telaraña de luz neón.

Sam Miller paseó su mirada sobre las azoteas, la estiró hasta el mar, hasta los arrabales donde las luces eran como minúsculas luciérnagas. Patricia Duncan se colocó un chal sobre los hombros y también vino a mirar.

—No parece navidad... año nuevo...

La ciudad era un anuncio lumínico en el iris gris de la mujer.

Sam Miller se volvió hacia ella, como se vuelve un vaquero para fulminar con sus revólveres a un retador. Su sonrisa era una mueca grosera, su voz buscaba un tono místico...

—¿Y para qué quieres tú, nena, que esto parezca navidad y año nuevo?—

La tomó por el talle. Ella lo envolvió con su chal en su beso...

—¿Para qué va a ser? Debiera ser así, ¿no crees? Abajo había un gendarme abrigado, en la misma esquina, cerca del semáforo, con las botas muy lustradas, parado sobre la cebra de los transeúntes ausentes.

Rumbo a Radiocentro, siguiendo un curso indeciso, caminaba vacilante un hombre, seguramente viejo, embriagado seguramente... Evadió cuanto pudo al policía.

Colgado de un balcón, como desarraigado signo navideño, danzaba un Santa Claus de barbas desgarradas... el andante miró hacia arriba al sentir los golpes que daba contra la pared... copos de su barba volaban tras cada golpe como flores desprendidas de una ceiba.

Muchas ventanas estaban cerradas... Casi todas las puertas...

Un auto se deslizó despacio, silenciosamente, por 23 abajo, hacia la Rampa... Era un Oldsmobile azul y blanco... del asiento delantero salió extendida una mano y el gendarme contestó el saludo...

—Cuántas ventanas cerradas... ¿celebrarán en privado? ¿Habrán ido a un night club? ¿Dormirán?

—O harán el amor ¡Quién sabe!

—¿Por qué no espiamos un poco?

Ella regresó a la habitación y tomó de encima de la mesa unos binoculares... Los levantó y comenzó a recorrer con ellos el espacio abierto más allá del balcón... las calles, el gendarme, las azoteas, las ventanas... casi todas vacías.

—Mira a ver qué hacen aquéllos...

—¿Dónde?

—Allí...

—Ah... es una pareja... beben... comen algo... se divierten... Ya no se ven...

—Seguramente fueron a hacer lo suyo... apagaron la luz... Ya casi no queda una ventana iluminada...

—¡Qué navidad! Y nosotros también aquí, esperando...

—No te lamente... Piensa que estamos trabajando... A mí tampoco me gusta esto... no soy funerario... nada lúgubre me agrada... puedo incluso ver correr la sangre, hacerla si es preciso, pero detesto los funerales, el luto, la oscuridad, el silencio; pero es así, nena, que la vida tiene momentos amargos... Préstame...

Los binoculares pasaron de manos... Sam Miller también se sintió atraído por el curso de lo ajeno...

—Vaya, qué bien se ve el apartamento de nuestros amigos... Puff, y el del medicucho ese de los abortos...

—No lo trates así, me ha librado de tus barrigas.

—Se hace rico contigo y con tus amigas... un homosexual afortunado... paradójico que viva del sexo. Dicen que se entiende con un **docker** que le vacía los bolsillos.

—No lo creo... vive lleno de confort.

El teléfono...

Sam Miller corre a responder.

—¡Ahí están!

—¡Por fin!

—¿Aló? sí... okey... okey... okey... bay. —Colgó.

—¿Eran los de la embajada?

—Sí.

—¿Qué?

—Prepara las maletas... nos vamos... la plaza está perdida... irremediablemente perdida... ya nada se puede hacer...

—Esta pequeña desgracia me alivia. No sabes cuánto necesitaba aspirar un poco de aire del clima natal, y disfrutar del fragor de una verdadera pascua...

—No es para alegrarse si los negocios marchan mal, las arcas se vacían, se acaban los papeles verdes... y la diversión... y entonces el aire natal produce náuseas.

—Soy un ave de paso... y las aves no son tontas. Cuando se acaben los papeles verdes volaré a donde haya más y bajaré en picada...

—Putá.

—No me ofendes...

—Con el dinero que he gastado en ti...

—Son servicios prestados... ¿No cuenta?

—Eres una descarada...

—Uff... ya eso lo escuché hace muchos años. Me lo dijo mi madre allá en Cleveland. Ella quería que yo fuera una chica estudiosa, rodeada de libracos, con unas gafas así... miope de tanto leer; pero un día me miré en un espejo curiosa de por qué los adultos se torcían el cuello para mirarme... y descubrí la mina... Nada resultó más persuasivo que mi primera andanza... desde entonces... gracias a eso tú...

—Prepara tus bultos; partimos mañana.

—No hay prisa, hombre... aún queda una noche de por medio... ¿O qué?

El hombre suspiró impaciente y encendió otro cigarrillo de la caja recién abierta...

—Así que todo está perdido... todo el esfuerzo, todos los planes... por estos malditos nativos estúpidos... ¡Qué sabrán hacer bien! Y cuánto nos han

costado...

—Las inversiones han sido productivas ¿no?

—¡Caray! ¡Qué progreso! ¿También has aprendido economía?

—Bien sabes lo dócil que soy para la enseñanza... además, las mujeres tenemos que aprender economía para que ustedes los hombres no nos timen contándonos historias de crisis fabulosas... ¿ajá?... no se me olvida lo del invierno pasado, cuando el casino del Riviera estaba abierto...

—¡Qué persistencia! ¡Has recitado de memoria mil veces el mismo cuento!

—No es cuento, amor... y sé que te mortifica escuchar. No te gusta que te vea las cartas... menos, las que escondes en la manga... pero de todos modos la repetiré para que sepas que no soy una tonta y no se te olvide...

—Eres ridícula.

—Claro, claro... fue, como ahora, un invierno, el invierno pasado... Me decías que estaba dando pérdidas, y que tus ganancias eran más modestas que las primas del barman. Después, casualmente, supe que habían ganado millones en un solo invierno.

—Quién sabe dónde supiste eso. ¿Por qué no aclaras esa parte de la historia?

—No hace falta. La engañada fui yo, pero te perdoné... una vez más te perdoné, porque nuestros idilios tienen un final premeditado. Es como cambiar de coche. ¿Para qué adelantarse?

—Al fin entras en razones...

—Sí, pero todo esto te lo dije por algo... no tengo prisa en hacer las maletas... no conozco tu juego...

—No hay truco, nena, esto se pierde... lee nuestros periódicos... el **New York Times**, cualquiera... oye la radio... nuestros amigos criollos callan hasta el final, pero el suelo abajo se les desmorona... ya todo está liquidado...

—Oh, Sam Miller... ¿No habrá algo más detrás de tu huida?...

—No huyo... en definitiva... Por ahora termina nuestro trabajo... se congelan nuestros proyectos... Ahora nada tenemos que hacer aquí. Esperaremos a que los “mau mau” invadan las ciudades, las saqueen, se

maten por el botín... luego, cuando no sepan qué hacer, vendrán los nuestros y se impondrán...

—Tal vez sea muy pronto para juzgar que quien venga detrás de esto rechazará nuestros negocios. ¿No es posible contemporizar? ¿No puedes comprar a esta gente? ¿No es eso lo que hemos estado haciendo siempre?

—No, nena. Éstos son diferentes... Los entendidos de nuestra administración han hecho análisis, y pronostican dificultades serias. Sabremos qué capacidad de sobreponernos tenemos... habrá duros problemas y la economía americana en esta isla se verá duramente resentida.

—El turismo...

—El turismo sobre todo. Lo nuestro... las diversiones... esos negocios se verán eclipsados... el juego... Todo lo volverán al revés cuando esos montañeses bajen de la montaña y entren en las ciudades, habrá caos. Algunos subieron hace dos años, pero otros, la mayoría, nunca vio un poblado... no quiero ver ese día...

—Yo me quedaría aunque fuera solamente por sumar una aventura más a mi vida...

—Si te place, puedes quedarte. Por mí... yo te dejo la habitación alquilada... pero no... de nada te servirá. Se acantonarán en otras partes... no llegarán al Hilton... respetarán este lujo imponente. El nombre en inglés les hará quitarse la gorra. No, no llegarán a tu lecho... verán al señor de la carpeta como a un general...

—Quién sabe qué pase... quizás huyamos sin razón.

—No, nena, nuestra última carta es un golpe de Estado que se gesta. Nuestra embajada confía en que sea un muro de contén... Yo no; ese golpe es extemporáneo... la gente está harta...

Sam Miller buscó en el dial, le sacó toda la antena al Zenith y buscó...

—Nada, absolutamente nada... pero ya se han tragado medio país... sé lo que es eso. De repente estarán a las puertas de la ciudad y entonces todo será difícil. Los comunistas nos señalarán exacerbando a la plebe...

—La embajada no dejará que le pongan la mano encima a ningún americano...

—Eso prefiero garantizarlo yo, nena... y poner a salvo mi dinero. Si me equivoco, no tengo más que reservar un vuelo y volver.

—Bueno... tú sabrás qué haces. Deja ya las preocupaciones y ven... vamos a lo nuestro... aún queda noche y todas las valijas están listas.

“A lo nuestro... cada cual tiene lo nuestro”, pensó, “lo nuestro en ella es un roce carnal bien compensado y ya... No piensa en mañana, ni en nada ni nadie, solamente en sus apetitos...”

Patricia Duncan se desnudó mientras caminaba hacia la habitación, dispuesta a ahuyentar toda inquietud ajena al desvelo lascivo de su piel tostada en el Caribe.

Y una nueva luz se apagó sobre la ciudad.

2

Almirante

En la pantalla se extingue la imagen del vaquero John Wayne, omnipotente y ceñudo, después de haber triturado nuestra credulidad y vestido de gloria de estudio, de tramoya.

Después del **the end**, la sala es iluminada. La gente achica las pupilas ante el repentino golpe de luz y comienza a fluir en pausadas vertientes que buscan la salida, cubriéndose la boca con los pañuelos, mirando dónde pisan, arrastrando las suelas, lentamente.

Hay una mezcla olorosa de ceniza, polvo, perfume, y, afuera, el clima contrasta con el ámbito artificial del salón.

Al principio no la vio. Ella estaba justamente detrás de la columna de mármol, tumbada descuidadamente sobre la baranda del **mezzanine** y parecía deleitarse con cada detalle presente en el mural que en múltiples colores revive un combate naval sobre el granito. Cuando la halló fue hacia ella con disimulo y atemperando la voz, le susurró:

—Buenas noches, preciosa. ¿Reza o piensa?

Y ella, queriendo aparecer intuitiva, le respondió sin volverse:

—¿Qué? ¿Ya no me conoces? Has gastado cinco minutos en mi búsqueda...

“Eso es ridículo”, pensó, pero dijo una respuesta “diplomática”:

—Me entretuve... o mejor dicho: me entretuvieron...

—¿Rezando o pensando?

—Hablando con un amigo de tu padre...

—Con otro “almirante de tierra” como tú...

El alférez miró burlonamente sobre sus hombros...

—Sí, como te digo, almirante de tierra. Pronto echarás barriga, usarás espejuelos y te apegarás al “almirantazgo”. Ya no querrás subir escaleras y tratarás de resolverlo todo apretando botones o escribiendo y al final, con los

años, igual que hace ahora mi padre, lucharás a brazo partido por un retiro en condiciones ventajosas.

Él se palpó el abdomen...

—Aún soy joven... guardo la línea... y almirante... ni siquiera hay almirantes ahora. En cuanto a lo de tierra, es circunstancial. Además, antes de haber barcos, hubo puertos, y astilleros donde se hicieron las primeras naves...

—Está bien... vale, vale...

—¿Te agradó la función?

—No. Prefiero las películas que me conmueven. Y que traten asuntos que... vamos, que yo sienta verdaderamente cercanos. En cambio, las **Arenas de Iwo Jima** están al otro lado, en el otro hemisferio, ¿comprendes? No tengo nada en contra, pero, decididamente, no me agrada. ¿Y tú qué?

—El cine para mí es un pasatiempo, o cuando más, un tónico, no sé, algo que fortifica nuestras ideas y nuestras esperanzas, que nos ayuda a tener una razón para vivir y para morir, pero sobre todo, es algo que entretiene, que nos saca de este mundo. No me gusta una película que me anude la garganta ni que me recuerde que en el mundo hay problemas insolubles... Para “disfrutar” estas asperezas basta con el propio mundo, ¿no?

—A veces reflexionas igual que un niño.

—Quizás. No te lo discuto. Me parece que todos tenemos dentro algún residuo de la infancia. —El alférez acomodó los codos sobre la baranda niquelada.

—¿Esperas a tu padre?

—Sí.

—Él se demora. Están reunidos. Yo te puedo llevar. ¿Le avisamos para que no te espere?

—Vamos.

Tomaron por la escalera curva que conduce a la planta baja. Quedaban grupos dispersos conversando, intercambiando saludos y sonrisas, ejercitando las relaciones sociales. A la entrada, a la izquierda de la puerta metálica, el centinela estaba firme, con la ametralladora Thompson de tambor asida sobre el pecho. Se cuadró al paso del alférez. En el parqueo, otro guardia hizo lo mismo. Al alférez le agradaba esta cortesía militar excesiva. La defendía

cuando un nuevo modo de servir con las armas trastocaba el andamiaje ceremonioso del Estado Mayor. La defendía escudándose en la necesidad de una disciplina consciente, disimulando su vanidad, sus complejos, sus sueños de grandeza, sus quiméricas añoranzas sospechadas por la muchacha que insistía en llamarlo “almirante”. Y no solamente la posición de firmes a cada paso. También redobles de tambores, y espadas bruñidas, y guantes de cabritilla y entorchados. Decía que como alimento estético...

El Oldsmobile se deslizó sin mucho ruido hacia la avenida del Puerto. El centinela, procurando mantenerse estirado, dejó caer la cadena que abría el acceso a la calle, y después saludó nuevamente.

—¿No te cansas de ser un almirante sin batallas?

—Supongo que los almirantes pasaron por el grado de alférez.

—Pasaron... y siguieron. Quizás todos los almirantes fueron alférez. Pero todos los alférez no llegan a ser almirantes. Después de ciertas definiciones...

—**In témpora opportuno.**

—El tiempo. ¡Qué cómplice de los indecisos! No, no te enfades, no se trata solamente de ti... También yo...

—No me arrastres con tu culpa. Yo estoy bien con el tiempo...

La muchacha trataba de alisarse los cabellos rubios que se enredaban batidos por la brisa marina. No obstante, hacía calor. Hubo silencio. Finalmente:

—No soy almirante, ni pretendo serlo. Esto es ya en serio. Sé adónde voy. Ni más ni menos.

—¿Y después? Tiene que haber algo después... Nada sirve con límites.

—Dice un proverbio árabe: “No podrás saltar fuera de tu propia sombra”

—No somos árabes. A veces también hace falta saber saltar, aun fuera de nuestra propia sombra... por ejemplo, si bajo mis pies la arena se calienta demasiado y hay hierba a donde saltar... Pero... es una lástima...

—¿Qué?

—Tú tan joven y con tanto lastre... no me explico...

—Yo no siento muy caliente la arena bajo mis pies... Será eso.

—¿Y mañana?

—No tengo miedo al futuro. Además, también es un problema de actitud. Porque ante el fuego, unos huyen, otros intentan apagarlo y otros,

sencillamente, resisten y esperan... los que huyen, por ejemplo...

—¿Hablas del éxodo?

—El éxodo cruel... lo llama el enemigo.

—¿Cómo lo llamas tú?

—Depende... las migraciones no son actos sobrenaturales. Basta fijarnos en los pájaros. Lo importante es el motivo. Los pájaros buscan refugio ante la inminencia del invierno crudo del norte. Las migraciones deben tener un sentido. Siempre hubo gente que huyó ante las crisis económicas o políticas, ante las convulsiones sociales. Claro que en este éxodo hubo un precedente de ladrones y asesinos y hay quien los confunde a todos dentro del éxodo hasta hacer un delito imperdonable de esa histórica tendencia de emigrar...

—Estoy contigo.

—Pero, sin embargo, los que huyen nunca merecen el respeto de los demás.

—Dejemos ya a los que huyen, hablemos de nosotros.

—De nosotros... es curioso. Hablamos, andamos juntos y apenas nos conocemos. Apenas sabemos quiénes somos ni hacia dónde vamos.

—¡Qué dices! Sé todo lo que tengo que saber de ti.

—Yo no puedo decir lo mismo de ti.

—No me explico. No te entiendo.

—Es que hay gente más hermética que otra. Acepto que el hermetismo es muy útil a veces, es como las puertas estancas en los buques...

—¿Puertas estancas?

—Sí. Ellas mantienen compartimentado el buque... una avería en popa y se compartimenta la popa...

—¡El túnel ya!

—¿Ves? Ahora estamos dentro de una vía compartimentada... Arriba está el mar.

—¿Por qué aminoras?

—Viene un patrullero.

—¿Qué importa? ¿No son colegas? ¿Camaradas?

—No es lo mismo... yo soy blanco y ellos verdes.

—Eso es conspirar...

—¡Qué dices! Sólo hablé de colores, de matices textiles...

—Ahí van... miraron.
—Te miraron a ti... y se olvidaron de vigilar mi velocidad.
—Quizás no se ocupan del tráfico.
—Quizás.
—¿Oyes? Una lechuza. Menos mal que no se cruzó en nuestro camino. Es de mal agüero... a propósito. ¿Qué ave prefieres?
—Pavo asado.
—Hablo de aves vivas volando...
—No me gustan las aves, me gustan los caballos, los perros pastores, las fieras...
—Deberían gustarte las gaviotas, pero decididamente no eres hombre de mar.
—Eso es cosa de marineros, ¿sabes? Ellos se llaman unos a otros, corúa.
—¿Corúa?
—Sí. Es un pájaro más vulgar que la gaviota. Los encontramos en todas partes, en todos los rincones costaneros, y esa palabra entró hace rato al argot de los marinos; ya yo conozco algunas palabras...
—Como buen demócrata... como mi padre...
—Eres injusta recurriendo así a tu padre. ¿Por qué no hablas también de sus méritos...?
—¿Méritos? ¿Qué méritos? Los únicos méritos de mi padre están en la empolvada heráldica de su apellido, en la melena de su león blasonado. Los demás... después de la Academia pensaba igual que tú, que había mucho tiempo de por medio... el salto del 59 no le afectó. ¡Eso es suerte!
—He oído decir que le hizo frente a Batista.
—No es verdad. Dentro de su era él vivió bien. Cuando la situación empezó a empeorar, se las agenció para viajar en algunas comisiones, mezclado en negocios no necesariamente militares; conoció a mucha gente, ensanchó su mundo, pero no supo resistir los embates de la codicia y de la envidia. Por cada conspiración contra Batista hubo mil minúsculas confabulaciones entre los ambiciosos. A cada paso, bajo la careta del compañero de armas, se escondía un enemigo en potencia que se alegraba ante el retiro o la muerte de un superior que abría el paso a la promoción, que le tendía pequeñas trampas a los iguales competidores, que te abrazaban un

día y al otro, si habías caído en desgracia, te despreciaban... completamente inhumano... Mi padre se aterrorizó cuando vio vinculado su nombre a una conspiración contra Batista. Nada más falso. Los conspiradores siempre recelaron de su aspecto de buen conservador. A pesar de su uniforme y de su grado, sentía pánico por Laurent, y antes de tener que enfrentarse al jefe del SIM optó por el exilio... no salió de su escondite, enfermo de un complejo de persecución, hasta que en 1959 volvió a vivir... Los que podían decir que él no había sido culpable de sedición, estaban muertos... Él también lo podía decir, pero se aprovechó de la situación. Incluso a mí también me quiere engañar ahora... no está bien.

—Tú juzgas muy severamente a tu padre. Los hombres no somos dioses. Y cada uno, como decimos, es un mundo... Cerca de mí trabajan dos oficiales: Benito y Ángel...

—Los conozco...

—Bien. Benito es un fanático, un comunista. Él me lo oculta, pero sus actos, sus palabras, sus decisiones, lo condenan. Todo lo ve rojo o blanco, no hay otros matices para él; ni siquiera rosado, que sería la unión de esos dos colores, pero tiene algo que me gusta... no busca nada para él. Ángel no tiene nada que ver con el comunismo. Ni con el comunismo ni con nada. Es un egoísta simpático. Hace creer a todo el mundo que posee valores intelectuales y morales extraordinarios y en el fondo es un conspirador ambicioso como esos que hundieron a tu padre en el exilio. Practica la amistad, las relaciones, solamente como una inversión... Entonces tú no puedes tomar el desinterés de Benito y junto a la simpatía y la versatilidad de Ángel, conformar un hombre perfecto. Digo pues, que a los hombres debemos manejarlos, llevarlos con nosotros, aunque arrastren con ellos sus defectos... y todo esto te lo digo para afirmarte que pese a todo yo admiro a tu padre, fundamentalmente por dos cosas: porque internamente no está sujeto a ningún dogma, porque es un hombre libre... y también porque ayudó a que viniera al mundo una mujer como tú...

—Bonito requiebro digno para una antología. ¿Le damos mi fondo melódico? ¿Qué es esto? Tu radio sólo sintoniza emisoras del Norte... vas a tener que hacer algo...

—Entran muy fácilmente... estamos cerca. ¿Tienes familia en el Norte?

—Sí. Mi tío trabaja con la Coca-Cola en California... mis primos, el mayor, es un andarín trashumante. Nunca se puede saber dónde está. Hay otro tío en San Rafael, eso es también dentro de California. Había, porque después de un accidente murió de una trombosis mesentérica. Creíamos que sobreviviría, pero... ¿Quién más?... ¡ya! un primo, marino como tú... no, como tú no... es marino de verdad... de siete mares... Ahora tiene su hogar en Brooklyn, pero viaja constantemente. Él sabe que un día la vida lo obligará a carenar, y por eso aprovecha...

—¿Y las tías?

—Las tías son seres sin vida. Sin nada que contar. Vacías. Son anticuadas, insignificantes. Momias que tejen suéters, crían gatos y hornean pasteles de manzana...

—Son tías...

—¡Claro! Esta música no vale, voy a desconectar. —Estaba bien... ¿No te gusta Glenn Miller?

—No. Me gusta el **rock**...

—Para mí esas estridencias no deberían confundirse con la música; insultamos a Glenn Miller, a King Cole... ni qué decir de Rachmaninov.

—¿Tienes de toda esa música?

—Sí.

—¿Mañana me invitas a oírla?

—Mañana quería llevarte a otro lugar más interesante. ¿Has visitado alguna vez el Morro?

—¿Qué interesante! ¡Ni siquiera tengo idea de cómo se entra allí!

—Después de pasar el túnel hay una carretera...

—Pero ¿eso no es una unidad militar?

—Eso quisieron los españoles, pero algún día tendrá que ser un centro turístico. En eso estoy de acuerdo con Benito; él me presentó a un guía, a un verdadero maestro de los adjetivos, apasionado por su trabajo. Te hará vivir dentro de un viaje fantástico por esos túneles oscuros y húmedos, haciendo paradas inolvidables para decirte dónde aparece el fantasma de la reina, o tras de qué muro se filmó la escena de Errol Flynn en La Pandilla del Soborno... Él te enseñará donde tuvieron preso al Apóstol, los cañones de los doce

apóstoles, y verás también una dramática representación del garrote vil, con muñecos de cera...

—¿Un garrote legítimo?

—Legítimo... podría utilizarse ahora...

—Ya estamos en casa...

—Es la hora de despedirnos

—¡No! Así no... vamos a despedirnos, pero como amigos que somos, y lo que tenga que suceder... que suceda, como dices tú... a su tiempo.

—¿Desquite?

—No. Poniendo las cosas en su lugar... Hasta mañana.

3

Zafarrancho

—Enviaste tu furor... los tragó como a hojarasca. Con el soplo de tus narices se amontonaron las aguas... páranse las corrientes como en un montón. Los abismos se cuajaron en medio de la mar. El enemigo dijo: “perseguiré, hundiré... repartiré despojos... mi alma se henchirá de ellos. Sacaré mi espada... Destruirlos ha mi mano... Soplaste con tu viento... Cubriólos la mar... hundiéronse como plomos en las imperiosas aguas...”

—¡Rrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrr!

—¡Zafarrancho! ¡Zafarrancho!

Los marinos se incorporaron y corrieron hacia sus puestos de combate. Corrieron ajustándose los cascos de acero y los chalecos salvavidas anaranjados. Iban pensando aprisa, rogando, esperanzados en que una vez más se trataría de algún ejercicio de rutina, de esos que se programaban para impedir que el ocio viciara el espíritu bélico. Pero también cabía la posibilidad de una refriega real sobre las aguas, sobre aquella plataforma metálica y pesada sin mucho espacio para huir. Y esa posibilidad les cosquilleaba desde la cerviz hasta el coxis irremediablemente.

El capellán cerró su libro y se inclinó sobre la borda. Le pareció que ahora el barco daba bandazos más pronunciados, que habían aumentado la velocidad y cambiado el rumbo. Él sí sabía a qué atenerse. Estaba enterado de los programas de instrucción y prácticas. Aquél no era un zafarrancho simulado. Sin embargo, al menos en el horizonte de babor no se veía ningún objetivo. Ni en el cielo ni en el mar. La línea del horizonte aparecía completamente clara y definida. Azul verdoso el mar. Azul tenue el cielo, salpicado de pocas nubes. También abajo había salpicaduras blancas en las crestas de las olas. Y un sol muy vivo a estribor, trepando hacia el cenit. Habría un mar fuerza cinco... cuatro quizás. La tierra, a ambos extremos, estaba distante. Invisible. Se hallaban en medio del canal. En aguas de nadie.

Unos años atrás el canal no era más que un mar interno, un lago, un mediterráneo norteamericano. Ahora no lo sentían igual. Los mapas, las cartas marinas, habían envejecido. Los conceptos geopolíticos, los cálculos seculares. La realidad había conducido la mano de los estrategas a clavar alfileres rojos al otro lado del canal. Nunca imaginaron que tendrían que plotear tan inquietantes circunstancias. Pero así fue. Por eso ahora y otras veces como ahora, el llamado no era para comprobar disposiciones combativas, sino para poner tensas las fuerzas ante el menor asomo de amenaza, aunque en términos de magnitudes se tratara de la amenaza de un lagarto frente a un peligroso dinosaurio. El miedo no dejaba ver las diferencias. Por eso el capellán rebuscaba los versículos alusivos a las santas batallas navales.

Eran himnos más prácticos que místicos, empeñados en levantar la frente de los medrosos. Era el complemento divino de los profanos gritos de los sargentos, de la solemnidad de las marchas, de la sistemática doctrina militar con la que los hacían creerse invictos. “La armada ya no tiene buques de madera pero sí los mismos hombres de hierro”...

Apoyándose en la borda, el capellán tomó el rumbo del puente de mando. En sentido contrario, echando miradas angustiosas hacia el mar, corrían los marineros y tropezaban. No era de ellos la culpa. Iban hacia sus puestos de popa, hacia máquinas. El capellán buscaba la proa, el puente de mando, pero debía hacerlo por la banda de estribor y no por allí. Así lo ordenaba el reglamento de a bordo precisamente para facilitar un fluido movimiento hacia los puestos de combate. Pero los reglamentos se escribían para los subordinados, no para él, que compartía la élite jerárquica. Así se evitaba un rodeo más allá de las piezas de artillería dúplex. Aun así el destino jugó un poco con su prisa. El acceso al puente por babor estaba provisionalmente interrumpido. La puerta estanca había quedado trabada y un mecánico se esforzaba reajustando los dispositivos del cierre. Dio la vuelta por la plataforma exterior y por fin llegó a su objetivo, paradójicamente, por la banda que exigían los reglamentos. Quizás pensó que Dios dispone. Quizás murmuró una maldición.

—Entre y entérese...

El capitán mascaba su pipa apagada. El oficial de derrota calculaba sobre una carta. El jefe de artillería llamaba a las piezas comprobando su disposición de combate. En casi todas, los marinos habían quitado las cubiertas de lona y habían abierto las cajas de municiones. Los jefes de piezas se comunicaban con el mando. Otro oficial canoso y enjuto, pegado al intercomunicador, daba órdenes al personal de máquinas.

—¿Qué ocurre?

—Compruébelo usted mismo...

El capitán le alcanzó los binoculares. Eran negros. Tenían grabada las iniciales “UN”. Después lo dejó en medio de las voces de mando y los mensajes que fluían de todas partes.

El capellán no pudo preguntar nada más. Se limitó entonces a sintetizar la médula de aquel remolino de palabras:

“Pieza número uno, lista.”

“Vigía, notifique al puente.”

“¿Arrancharon? ¡Vivo! ¡Vivo! ¡Contramaestre, éstos parecen potalas!”

“Se mantiene buque a proa, marcación cero-cero.”

Las voces, en un apresurado y disparejo coro, le parecieron casi sobrenaturales al oído acostumbrado a ese silencio obediente de los sermones o al arrullo del mar.

“Distancia uno cinco cero cero cero.”

“Vigile ángulo de posición y comuniqué.”

“Pieza número dos, lista.”

“CIC... **¡five by five!**”

“Timonel, mantenga rumbo.”

“Cero cero.”

“¡Eh, ese general que se pasea por la proa!... Cuando reciba una orden, muévase como si estuviera vivo.”

A través del cristal vio que el muchacho se movía presa de las náuseas.

“Vía, vía, así.”

“Radio, pida identificación y que despejen la ruta.”

“Notifique, vigía, notifique.”

“Sin cambio, distancia uno dos cinco cinco cero.”

“Pieza número cinco, reporte.”

“Máquina, ¿no atiende usted al telégrafo? Velocidad standard.”

“Tenía problemas en un generador.”

“Llame al electricista o deje que estalle el buque, pero no desatienda al telégrafo... Así arruina nuestros cálculos de desplazamiento.”

El oficial golpeaba con el puño sobre el telégrafo en el que marcaba las órdenes que debían tener una rápida reacción en los compartimentos de máquinas.

“Pieza cinco a puente con el blanco concentrado.”

“Rumbo, rumbo.”

“Distancia uno cero siete cinco cero.”

“¡Máquina! Dos tercios.”

“¿Ángulo?”

“Se mantiene.”

“Pieza nueve, abasteciendo...”

“Articule con claridad.”

“¡Que hable fuerte y claro!”

“El abastecedor tiene náuseas.”

“¿Y qué quiere? ¿Una bolsita? ¡Firmes y reporten!”

“Vigía, hablando.”

“Rumbo cero cero, distancia nueve nueve cero cero.”

“Es una torpedera.”

Por primera vez la inquietante ratificación de que no hacían una práctica.

“¡Oiga! Abra bien los ojos.”

“¿Escuchó, capitán Monroe?, dijo que una torpedera.”

“¿Una torpedera? ¡Imposible! Ésos no tienen torpederas.”

“Teniente, ordene abastecimiento adicional a las piezas.”

“Distancia ocho cinco cero cero.”

“¡Apártese de ahí! Éste no es el Guadalcanal.”

“Distancia siete dos cinco cero.”

“¿Insiste en que es una torpedera?”

“Insisto, mi comandante... una torpedera... sin tubos lanzatorpedos.”

“Puente, serviola.”

¿Sin tubos, dice? No me explico...

“Comandante, hacen caso omiso.”

“Hable por el circuito J.A.”
“Cierre el circuito 1 J.V.”
“Capitán, no se identifican.”
“¡Una torpedera sin torpedos!”
“Máquina... reduzca un tercio.”
“¿Han dicho algo los de la Inteligencia Naval acerca de unas torpederas sin torpedos?”
Antes de responder, el capitán Monroe soltó un gesto de impaciencia.
“En absoluto.”
“No despejan.”
“¡Están locos!”
“Distancia...”
“No siga... calculamos aquí...”
“¡Hable claro! No tartamudee...”
“¿Qué es ese ruido?”
“Aquí, normal.”
“Pronto estarán sobre nosotros.”
Se volvió al escuchar la frase y sin sacarse la pipa, dijo:
“No diga sobre nosotros, mi teniente... diga mejor frente a nosotros... para estos casos es importante una actitud mental más apropiada...”
“Sí, señor.”
“Máquinas... mantengan...”
“¿Qué dice? ¿Cuántas revoluciones?”
“Deme los binoculares.”
“Son cubanos sin duda, mire.”
“¿Qué le respondieron a usted?”
“La primera vez: vencer o morir... después sólo han hecho caso omiso.”
“Siguen su ruta.”
“Nuestra ruta, mi teniente... nuestra ruta”, recalcó el capitán.
“Pieza cinco.”
“Pieza cinco alerta.”
“Siga el objetivo.”
“¿Mando a que disminuyan máquinas?”
“¿Qué más? Sólo queda ciar.”

“Ellos están en zafarrancho.”

“¿Abrimos fuego?”

“No hay suficiente justificación... sin embargo, su terquedad los puede perder... si se estrellan contra nosotros se hacen polvo.”

“Entiendo, pero...”

“Eso sí estaría completamente justificado.”

“Naturalmente.”

“Lo lamentable es que eso no depende de nosotros.”

“¿Duda de la decisión del jefe?”

“Dudo que mantenga el rumbo.”

“¿Por qué lo duda?”

“He presenciado otros trances en los que no ha demostrado coraje... y decisión.”

“Es una lástima... porque ellos serían los culpables... algo así como un suicidio... y podríamos jugar al tiro al blanco con los sobrevivientes.”

“Despierte, hombre... si hubiéramos roto ya las relaciones... tal vez.”

“¡Qué ocasión para una práctica artillera!”

“Todavía no sabemos lo que pasará... quizás el jefe sienta el llamado del coraje.”

“No lo creo... en el último minuto desistirá y se meterá en su camarote para recargar la pipa.”

“Mire qué cerca están.”

“¡Los tenemos encima!”

“¡Puente, puente, se estrellan!”

“Comandante, rumbo.”

“Mantenga.”

“Intimiden con disparos de fusil.”

“Siguen... malditos locos.”

“No se amedrentan.”

“¡Ahí Vienen! ¡Colisión! ¡Colisión!”

El capellán sintió un vacío bajo sus pies.

“¡Timonel! ¡Todo a babor! ¡Gire todo a babor!”

“¡Corran a ver!”

“¿Los tocamos?”

“Yo no sentí ¿y tú?”
“¿Los vio usted?”
“¡Malditos locos! Mírelos allá...”
“Bamboleándose sobre nuestra estela.”
“Serviola, babor.”
“Se alejan.”
“¿Los vio usted? ¿No fue como dije? Giramos a babor... son las reglas de Thomas Gray... Cuestiones de seguridad.”
“Ordenanza ¡a paso doble!”
“Enseguida a llamar al ordenanza, ¿será para que le prepare un baño?”
“Pues sí... increíble.”
“¿Increíble qué?”
“Que realmente era una torpedera... sin tubos lanzatorpedos...”
“Las reglas de Thomas Gray, ¿eh?... si hay riesgo por delante, modera, para o ve atrás...”
“Así es, teniente... así es.”
“Ordenen posición anterior.”
“Atención... Atención... ¡Posición anterior! ¡Posición anterior!”

4

Translated to spanish

El 22 de agosto de 1959 fue sábado. Ese día, según había programado, un alto dirigente de la Inteligencia norteamericana se reunió, dentro de un clima de estricta reserva, con un especialista del servicio exterior. Este diplomático burócrata había sido promovido recientemente a una jefatura intermedia. Se trataba de un encuentro fuera de protocolo. Obedecía a una jugada tras el telón de la formalidad. Evidentemente, los rangos estaban dispares. El nivel del diplomático podía equipararse con el del vicedirector de una división de la CIA. De cierta manera, el encuentro no obedecía a ningún contacto de trabajo. El anfitrión, un hombre ducho en elegir eslabones para llegar a los puntos claves de los propósitos más difíciles, un hombre a quien nadie podía achacarle un átomo siquiera de modestia, cumplía con un simple imperativo práctico de su oficio. Ni más ni menos. Él sabía que las operaciones clandestinas estaban liberadas de toda ética y que la conveniencia era el fin que justificaba cualquier medio. Sabía que en fin de cuentas no le iban a pedir explicaciones por la pulcritud de sus actos, o por sus escrúpulos, o por el cuidado puesto en las delicadas cuestiones de moral. Sabía que tendría que contestar a una sola exigencia: el resultado palpable de su trabajo. Se sentía respaldado, más que por su extenso saldo de experiencias, por el reconocimiento de aciertos importantes en su carrera de jefe de espías. En pocas palabras: el engrèvement por tales logros se traducían en seguridad en sí mismo. Además, eran demasiado pocas las personas que en definitiva podían pedirle una rendición de cuentas. Demasiado pocas. Se podían contar con una mano... y sobrarían dedos... Pese a ello, había puesto empeño y rigor en la selección del hombre clave.

Sin sospechárselo siquiera, su invitado había sido objeto de un previo y riguroso examen. De él se conocían ahora, en detalle, virtudes y debilidades,

gustos, predilecciones y fobias. Muchas cuartillas mecanografiadas, muchas grabaciones, muchas fotografías antecedieron a la citación de la Agencia.

Ahora en la mano del anfitrión, que esperaba en el lugar adecuado, había una historia completa y sintética de ese hombre que iba a ser levantado en vilo y movido como un peón de ajedrez.

He aquí su perfil:

Nacido en los Ángeles, California, en 1917, entre los lujos de un hogar favorecido en heredad por la **Gilded Age**, por la edad del exterior dorado. Los sobrevivientes recuerdan que su abuelo tenía veintiún años y una puntería impecable cuando se lanzó en la alocada corriente de la colonización de las regiones más remotas del país. No se trataba sólo de praderas, y la ocupación fue brutal y sangrienta.

En 1888 nació su padre, de hecho dueño de una extensa y próspera hacienda. Él no tuvo que pasar por la violenta experiencia de la colonización. No tuvo que luchar contra pieles rojas ni bandidos. Parecía que todo estaba definido. El agua, el oro, el petróleo ya tenían apellidos. Ni siquiera contaba con la prodigiosa puntería de su progenitor. Aburrido en medio de la pradera, terminó por apasionarse con un hobby que entonces florecía como derivado de la propia lucha contra la naturaleza: la taxidermia. Eran los trofeos de la naturaleza vencida. Entonces no se concebía una chimenea digna de un hogar del oeste, si encima, victoriosamente, no colgaba la cabeza de un bisonte o de un búfalo.

En la década de los años 20 el curioso taxidermista se movía dentro de un extenso círculo de ociosos colonos herederos del esfuerzo paterno. Uno de ellos era particularmente notable. Había juntado una fortuna en pocos años trasegando ganado. Se llamaba Frank Rockefeller. Tenía un rancho de unos quince mil acres donde pastaba una extensa manada de búfalos. Durante los meses de invierno, el taxidermista visitaba aquel paraje donde se organizaban cacerías, y entre trago y trago se sellaban pactos y negocios. Allí surgió la idea de llenar las cabañas con cabezas de bestias y animales personificados. Primero fue la pradera. Después la mercancía, cuidadosamente embalada, viajaba centenares de kilómetros hacia las ciudades. Precisamente de aquella aventura quedó como reliquia y pasó de padre a hijo una hermosa cabeza de bisonte cazada a tiros de fusil 22. Después que el último heredero entró en la

diplomacia —según extremos de la sofisticada investigación—, esa cabeza fue remozada por un verdadero experto y entró en las fabulaciones de las sobremesas con una estampa más propia. El disecador era un verdadero especialista y trabajó con esmero sobre aquella reliquia. El resultado fue una mirada más fiera, un pelaje más vivo y unos cuernos más temibles.

Despeluzada en el desván también una vasta colección de animalitos disecados, vestidos y graciosamente dispuestos de manera que imitaran diversas actividades humanas. Había matrimonios de gatos, ardillas boxeadoras, orquestas de ranas. Eran los restos de una época. En 1917 nació el descendiente que rompería la tradición naturalista de la familia, que escaparía hacia la ciudad en la primera ocasión para vivir entre libros y oficinas, recepciones y contactos sociales. Antes fue un burócrata al servicio de la guerra. Estuvo en las filas de la marina durante la Segunda Guerra Mundial, pero sólo vio el frente en las imágenes del cine y la fotografía. Después se graduó en la universidad, en filosofía. En 1948 emprendió un rutinario trabajo dentro del Plan Marshall. Dos años después ingresó en el servicio exterior. Entre 1951 y 1953 realizó breves visitas a Francia, Canadá, Turquía y Portugal. En este último país la CIA tuvo que ver con su persona por primera vez. Les hacía falta cierto servicio sin muchas complicaciones, sin riesgos. Algo así como hacerse de la vista gorda, dejar pasar. El asunto marchó bien y pronto le encomendaron una misión más compleja, pero antes, su nombre impreso en una ficha recorrió un largo trámite de verificaciones, porque sin saberlo, estaba en la antesala de su reclutamiento. Y surgió lo inesperado. No cabía duda. Meses antes, durante su escala en Turquía, un servicio secreto europeo había sacado información útil al diplomático. Su participación había sido involuntaria. Una trampa ingenua tendida ante su pronunciada inclinación a la embriaguez. Así, Estambul se convirtió en un punto oscuro de su trayectoria. Le hicieron regresar de inmediato. Sus enemigos personales se apresuraron en echarle paletadas de fango. Lo que en otros era incluso parte del trabajo, en él se llamó, con un acento marcadamente patológico, “alcoholismo”. Entre 1954 y 1959, la historia de este hombre es una desesperada lucha por la reivindicación. Un médico tarifado por la CIA, viejo amigo de la familia, le prestó valiosísima ayuda. Cuando todos le dieron la espalda, él le dio su apoyo y su confianza. El

médico ganó de esta manera un agente incondicional, sobre todo después de lograda la reivindicación. Parecía un chantaje voluntario. Era realmente una simbiosis. Cualquier precio podía pagarse por la oportunidad de vivir tranquilamente en su hogar y, siempre que se lo permitiera la agitada vida moderna, viajar a su querida California, a la casa paterna. Allí, desde la chimenea de rojos ladrillos, bajo una hermosa cabeza de bisonte, el abuelo de luengas barbas y altas botas relucientes, apoyado sobre una silla de nogal, parecía decirle:

—¿Y tú qué, muchacho? A tu edad yo había cazado cien bisontes.

Este proceso de resurrección social no había estado exento de vicisitudes. Hay otro dato importante que recogió la investigación: en octubre de 1958, cuando ya el proceso había rebasado la peor parte, un hijo del diplomático se accidentó en la carretera que va de Los Ángeles a Hollywood. La policía halló heroína en el portaguantes de su Edsel Villager. El asunto pasó a la Oficina Federal de Narcóticos. El agente que intervino en el caso tenía vínculos de trabajo con la CIA. A través de ésta el médico le rogó que librara al muchacho del procedimiento público. El agente lo llevó a un sanatorio de Texas y lo inscribió con otro apellido. Después avisó al padre.

—Gracias a Dios que actué a tiempo —le dijo—. Todo correrá por nosotros, pero trate de curar a su hijo ahora que tiene tiempo.

Eso ocurrió en octubre. En diciembre, la CIA decidió pasar la cuenta. Era el momento adecuado. La circunstancia específica.

La estación de Cuba comunicaba dramáticamente el desenlace de la situación política, el deterioro de las instituciones básicas, el colapso del gobierno reconocido, el deterioro de las fuerzas armadas, entrenadas y adoctrinadas por el Pentágono, el incontenible avance rebelde y el apoyo decisivo del pueblo.

En tales circunstancias y ante la plaza irremediabilmente perdida, las opiniones se dividían, pero apenas había tiempo de reconsiderar posiciones, porque los acontecimientos se desgranaban velozmente. Pronto, espontáneamente, las cosas cambiaban de una hora a otra. Los analistas de la CIA recibieron un encargo: redactar un informe urgente con destino a la Casa

Blanca. Este informe debía ofrecer un cuadro sintético de la situación y sus perspectivas inmediatas. Un pronóstico, en tales condiciones, es casi un trabajo para magos. La chistera con que contaban los analistas tenía la forma de montañas de papeles clasificados. ¿Qué hacer? Se pusieron a trabajar sobre la base de esos antecedentes. En síntesis, ellos estuvieron de acuerdo en que el surgimiento de una insurrección, el avance incontenible de un ejército rebelde, la existencia de una organización clandestina que minaba todas las ciudades, eran la respuesta natural al régimen corrupto y a los crímenes de Batista. Uno sólo de sus pronósticos parecía inquietante: ese régimen corrupto y criminal había sido apoyado decididamente por los Estados Unidos y la Revolución en el poder no parecía tener la intención de guardar el secreto. Además, los hechos, de por sí, enseñaban. El descontento popular, de esta manera, se podía convertir, en un futuro relativamente cercano, en antimperialismo. Ellos decían una palabra más temible: comunismo. Para entonces, haría falta un antídoto eficaz. Fue entonces que Allen Dulles intervino personalmente en el asunto. Cuando los analistas concluyeron su informe, él lo recogió y comenzó a trabajar sobre sus ideas, a cambiar frases, palabras, a eliminar impropiedades. Más que pulir una idea, él lo estaba cambiando casi todo. Prácticamente reescribió el informe para la Casa Blanca. Cuando el documento llegó a la casa de gobierno, contenía básicamente los conceptos de Dulles. Estaban cuidadosamente hilvanados. Según él, los Estados Unidos no se habían equivocado al apoyar a Batista. La CIA no había estado desorientada al recomendar tal apoyo. El advenimiento de una rebelión no estaba previsto porque ése no era el desarrollo que debían seguir los acontecimientos. Ése no era el destino de la situación cubana. Algo había sido forzado. Insistía en que detrás de esto, había una mano roja empujando, la mano del comunismo internacional. El tono moderado de los analistas había sido cambiado por histéricas advertencias, por dramáticas alusiones a la Revolución Francesa y a la sangre que correría por los ríos y las calles. Dulles logró que las redes clandestinas armadas dentro de la isla caribeña, aun antes de que la dictadura se desarticulara, establecieran un flujo de informaciones desde la escena, y se jactaba de que poseía fuentes más confiables que la de los analistas encerrados en los cuarteles de la Inteligencia.

—Ellos no son intelectuales ni especialistas —decía— pero están en el terreno. Miran y cuentan. Ellos son como mis ojos. Unos a otros se verifican automáticamente. Cuando hay algo disonante enseguida me doy cuenta. En cambio, los analistas trabajan a ciegas. Interpretan las sensaciones ajenas y tienen un mayor margen de equivocación.

La actividad de la CIA frente al problema cubano quemó rápidamente etapas.

Rindiendo cuentas ante Eisenhower, un jefe de Inteligencia que no acostumbraba a reconocer derrotas se refirió a la situación en estos términos:

—Los consejos, las advertencias, embrollan aún más el asunto... los subsidios individuales resultan minúsculas e inseguras inversiones... no hay partidos políticos que puedan ser receptores de asistencia y apoyo... las entidades, las organizaciones confiables se desintegran... no queda en pie nada susceptible de penetración... la propaganda encubierta tropieza con la coraza de un líder que conversa con sus seguidores cada semana, cada día... ese líder nos señala con el dedo y nos hace odiosos ante los cubanos... ¿Qué nos queda? Solamente el enfrentamiento más crudo, con una cobertura del exilio...

Entonces Ike, a dos cuartas del hoyo 8, sin siquiera voltearse, mientras medía un golpe de suerte, le respondió:

—Actúe, actúe.

Esa madrugada, la habitación 880 del corredor E, en el tercer piso del Pentágono, se mantuvo encendida hasta las tres. Ike y sus generales de confianza discutían acerca de la forma de reeditar un desembarco milagroso, con soldados hechos para avanzar como autómatas frente a un pueblo en armas.

Fue entonces precisamente, cuando las preocupaciones comenzaron a traducirse en planes de envergadura, que la CIA necesitó nuevamente de este hombre suyo eclipsado años atrás. Un hombre llevado cuidadosamente a una posición clave dentro de los proyectos para desestabilizar a un pequeño país recién liberado de la explotación. Era una pieza útil e incondicional dentro del engranaje subversivo de la CIA, pero se le manejaba como si las cosas ocurrieran de otra manera menos burda. Conocían de su persona tanto como él mismo y sabían de qué manera podían sacarle el máximo provecho.

Él recibió con desagrado la cita. Temía que le fueran a pedir algo más allá de sus posibilidades y que, ante el fracaso, nuevamente su historia se virara contra él.

La singular entrevista tuvo lugar en California. En un punto intermedio entre Sacramento y el lago Tahoe, al este, no muy lejos de la frontera con Nevada. Un helicóptero llevó al jefe de espionaje hasta el patio de la hacienda y dos guardaespaldas lo acompañaron hasta la villa roja y blanca que coronaba a una colina suave y verde. Otros agentes habían llegado antes por la vía terrestre.

El funcionario del Exterior arribó solo, tal como se le había indicado, al timón de su propio Chrysler Imperial de color lila pálido. El auto había recibido un baño de polvo en el camino a través de la pradera. Su chofer había viajado todo el tiempo atento a ambos lados de la carretera, renovando aquerencias lugareñas, tratando de llevarse en las pupilas todo el paisaje, tratando de escuchar todos los ruidos, todas las voces, tratando de percibir todos los olores. Iba recogiendo las imágenes de las manadas trashumantes, de los niños que se apedreaban, del viejo que pesca sobre el puente y maldice con el puño el polvo y el ruido que le trae su paso, de las niñas que marchaban con los sombreros llenos de flores, cantando **I love you, California**; de los árboles de roja corteza, de los duraznos y de las imperecederas siemprevivas, del gran valle verde cortado por riachuelos, del horizonte escoltado por montañas, del vuelo de las codornices...

Por esos caminos que él recorrió en medio de ilusiones, muchos años atrás cabalgó la fiebre del oro. De esas piedras a la orilla del camino sacaron su fortuna los que sobrevivieron a la ley del revólver. Ahora quedan las piedras pulidas, el polvo, las praderas, los pueblecitos estancados en un letargo de progreso imaginado. Quedan las tergiversadas historias de vaqueros, de indios malos y sheriffs valientes y bien parecidos que desafiaron a los villanos y desafiaron a los pieles rojas y salvaron a la hija del colono...

Yo te amo, California...

El solitario conductor es un hombre maduro. Las canas ensanchan sus cauces sobre las sienas. Sus ojos oblicuos e inclinados, adormilados y tristes,

entre copiosas cejas y pestañas, muestran una mirada de cansancio enfermizo. Su boca termina siempre por conformar un gesto amargo. La mirada sombría queda disimulada bajo los calobares, pero para el rictus de la boca nada se ha inventado, excepto la cirugía. Algo se remedia con una pipa renegrida incrustada en una elegante boquilla metálica.

El auto dejó atrás Sacramento y él compara la vieja locomotora que ya parece un juguete, con la escuadrilla de chorros que vio volar kilómetros atrás.

“El progreso siempre fue así, piensa, ruidoso, violento, veloz... y después, se vuelve muy pronto historia, pieza de museo, polvo de cementerio...”

A media mañana llegó a la villa. Las letras verdes clareadas por el castigo del sol dicen: “Eureka, 1946”. Detrás, bajo unas arboledas, dos Ramblers empolvados, y más allá, abrevando en un bebedero, dos vaqueros evidentemente improvisados. Otros tres comían conservas tumbados sobre los restos de una furgoneta.

La casa era de piedras grises y tejas rojas y terminaba unida a un caserón de maderas blancas y rojas, salpicadas de ventanas de cristal. En cada una de esas ventanas había una cortina blanca. En el portal, una mesita estaba rodeada de sillones de mimbre.

Al llegar allí, un hombre alto y bigotudo le dio la bienvenida, y con un gesto cortés le señaló el camino hacia la sala.

Allí le hablarían de planes secretos que apuntaban agresivamente hacia Cuba, una isla al sur de la Florida de la que apenas sabía de su existencia. Sin embargo, el vacío de aquel desconocimiento, se llenaba con el espíritu de superioridad que le haría ver en aquellos vecinos del sur, el equivalente de los indios exterminados en el oeste de sus antepasados, o los **niggers** que hubiera disecado su abuelo allí en California si la barbarie no hubiese tomado un disfraz civilizado.

Para este hombre, Cuba era la manzana que caía en el patio... el pedazo de tierra doblegado. Era justamente un hombre preparado para enfrentar esos criterios agresivos y sumarlos a sus intereses. Cuba era como el resto de México que cuelga de su enajenada California. Una oportunidad de sacar a la superficie el odio racial reprimido... Como hacer una muesca más en el fusil

del abuelo... Una forma agradable de postrarse al chantaje de quienes conocían sus debilidades.

Por eso ese hombre iba a decir que sí finalmente, cuando le pidieran su colaboración clandestina.

La conversación entre ellos duró poco. Casi una hora. No hubo testigos visuales. Bien pudo haberse recogido así por testigos electrónicos:

0930590822-456

CIA.

Directorate of plans
(Clandestine Service)

Covert Action Staff.

AREA: Caribe.

_____ translated to spanish:

09:30.

Allen: Bienvenido, amigo Kent... Puntual como un inglés.

Kent: Menos que usted, que ya esperaba.

Allen: Venir antes de la hora indicada es también una manera de ser impuntual. ¿Cuánto tiempo hace que no viajaba a California?

Kent: No mucho. Nunca dejo pasar más de un año. Unas veces vengo por cuestiones de trabajo, problemas con nuestras fronteras del sur... Y otras veces utilizo mi tiempo de vacaciones. En junio pasado descansé en Long Beach y pasé casi una semana en Los Ángeles.

Allen: Lo entiendo...

Kent: Aquí siempre me siento bien. Tan pronto paso la frontera. Es mi clima, y la añoranza... es como si mezclara lo biológico y lo sentimental.

Allen: Lo entiendo, lo entiendo. Lo escucho y me parece que estoy hablando yo mismo. También visito mi pueblo con frecuencia. Me obligo a ello, pese a todas mis responsabilidades.

Kent: Es realmente agradable.

Allen: No nos equivocamos pues. Le voy a confesar algo. Cuando decidimos

sobre la conveniencia de este contacto, hubo diversas opiniones acerca del lugar más propicio. Decían que el sur, allí en la Florida, en Filadelfia; alguien llegó al colmo del despilfarro al proponer una de nuestras capitales vecinas del Caribe. Yo tuve en cuenta los sentimientos de un californiano. Deseo que se sienta lo mejor posible.

Kent: Le agradezco.

Allen: Sentémonos. ¿Fuma?... y bebe, por supuesto... ¿Qué le parece esto?

Kent: Old Fashioned...

Allen: ¿O prefiere On the Rock?... o ¿por qué no? Cuba Libre... no veo aquí nada disociante...

Kent: Bacardí y Coca-cola; es una ironía.

Allen: Ligan bien. Yo en materia de licores no reconozco fronteras geográficas, en este aspecto soy cosmopolita. Me siento francés ante el cognac, y holandés ante la ginebra... y los escoceses están aquí consagrados...

Kent: ¡Bueno!

Allen: **Acua Vitae:**... Los antiguos ahumaban la cebada verde, utilizaban parrillas especiales y después añejaban... ocho, diez, doce años... No hacía falta engañar a la gente, sobraban los toneles. Si decían diez años eran diez años. La oferta sobrepasaba la demanda, y por eso añejaban de verdad en toneles de cedro.

Kent: Pero la vida moderna nos priva de exquisiteces...

Allen: Yo diría que se produce una selectiva depuración. Lo mejor se hace para los más capaces...

Kent: Es cierto.

Allen: ¿No se imagina el tema de nuestra conversación?

Kent: Presumo que tenga que ver con nuestro trabajo... y el suyo... Pero me sorprendió, aun no comprendo...

Allen: ¿Qué cosa no comprende?

Kent: Que usted... personalmente...

Allen: Dentro de mi trabajo esto es un asunto casi personal. No me fío de los demás cuando tengo que garantizar un resultado preciso. Previamente

le hice llegar un texto, un memorándum que elaboró el director... ¿Lo recibió?

Kent: Sí

Allen: ¿Lo leyó?

Kent: También.

Allen: ¿Lo estudió? ¿Lo analizó?

Kent: Eh... lo leí, cuidadosamente...

Allen: ¿Lo suficiente como para llegar a criterios?

Kent: Estoy conforme en general... Creo que son ideas comunes...

Allen: Ideas comunes... sí, por desgracia, muchas ideas que merecen una actitud más viva, se estereotipan, pierden su vigor. La defensa hemisférica... nuestra misión... la democracia... el desafío del comunismo... usted, yo, el 99% de los norteamericanos estamos conformes, pero nuestra necesidad actual no es fundamentalmente teórica, sino práctica. Hasta hace unos años, las declaraciones de principios, las denuncias públicas, las cartas abiertas pesaban decisivamente sobre la opinión pública. Ahora la gente ya no confía en las palabras, no hay confianza en los pronunciamientos... Prevalen los hechos... ¡Qué fuerza tiene un hecho consumado!, y la rueda del tiempo casi nunca admite marcha atrás... Quizás otros hechos... Pero de todos modos resulta caro. ¿Qué cree usted?

Kent: Comparto su criterio. Mi profesor de filosofía afirmaba: "Solo hay certidumbre en los hechos, actuemos... y si de nuestra actuación se deriva una injusticia será porque nuestro mundo es severo y cruel." La propia naturaleza suele ser injusta al dotarnos de manera desigual.

Allen: La desigualdad de la naturaleza es sabia, pero claro está, el hombre tiene que intervenir, actuar... En eso los nazis tuvieron la razón en un aspecto muy práctico de su ideología. No quiero justificar la crueldad, pero debo reconocer que ellos siguieron una lógica un tanto razonable cuando pretendieron depurar la raza humana. Creo que actuaron con el mismo criterio de los hombres que se han enfrentado siempre a la naturaleza con el fin de domeñarla y servirse de ella. Tenemos un bosque cualquiera... ese que usted vio a medio kilómetro de aquí. Cada uno de los árboles tiene diferencias, pero todos forman el bosque, eso es lo importante. Por eso el hombre toma su hacha y

corta los árboles enfermos, para que no le roben inútilmente el humus a los demás. ¿Y qué tiene de malo eso? El leñador hace justicia...

Kent: Pero una cosa es la savia y otra la sangre...

Allen: Claro... sólo se trata de una comparación abstracta entre problemas prácticos. Realmente en eso usted acertó... respecto a la práctica... es la médula del delicado tema que quiero tratarle concerniente al trabajo de ambos, pero por encima de cualquier limitación del sentido común, en el memorándum que usted leyó está formulado el problema en sus puntos básicos. Queremos asegurar con usted los detalles relacionados con el área del servicio exterior.

Kent: Sí, estuve leyendo y es un asunto delicado, y para mí especialmente, embarazoso.

Allen: Creo que para todos resulta igualmente embarazoso. Creo que se trata incluso de nuestro futuro como nación libre. ¿Está al tanto de lo que ocurre en Cuba, verdad?

Kent: Claro, eso es parte de mis obligaciones.

Allen: ¿Cuál es su opinión particular?

Kent: Es una situación caótica. Castro hace todo lo que puede por irritarnos. Su nacionalismo se inclina peligrosamente hacia el comunismo y no se sabe cuándo el grado de esa inclinación va a resultar una caída por su propio peso dentro del totalitarismo.

Allen: Castro no es un nacionalista pasajero, es un rebelde peligroso enfrentado a nuestro modo de vida. Ahora a algunos puede resultarle insignificante. Del mismo modo pensaba Batista y ahora se arrepiente.

Kent: Nosotros también pagamos el error de desestimarlos cuando estaba casi solo en el monte... entonces era fácil...

Allen: ¿Y cree usted que no lo intentamos? Nuestra lucha contra el castrismo es más antigua que el propio castrismo. Lo que ocurre es que pactamos con indolentes que sólo pensaban en su riqueza personal, y confiamos en ellos. No podíamos ir más allá de ciertos límites y aun así rebasamos esos límites.

Kent: Nosotros también hemos sido indolentes, incluso respecto a problemas domésticos.

Allen: Cada cuál que cargue con sus pecados. Lo que hablaremos ahora

también será juzgado mañana... Lo importante es lo que hagamos ahora, y sepa que es mínimo el sacrificio que pedimos; menos que cuando sufrimos la Ley Seca... (**risas, sonidos de botellas**). No necesitamos mártires ni héroes, esa necesidad se llena con nuestros fabulosos e insuperables creadores de ficción. Queremos hombres de carne y hueso y les ofrecemos una recompensa terrenal que está no sólo en la paz nacional que defienden, sino también en su propia paz. El desafío es una fanática amenaza, un cáncer que se extiende sobre el mundo. Una vez creímos que no alcanzaría a este continente, ¿se da cuenta de la gravedad del asunto? Allá abajo, en esa Isla que fue para nosotros como un cayo dentro de un lago interno, ¿tenemos que reaccionar! ¿Qué pasaría si alguien dudara de nuestra capacidad de reacción?

Kent: Intentarían pisotearnos.

Allen: Eso; justamente eso.

Kent: ¿Usted prevé que algo así puede suceder?, respetando su jerarquía...

Allen: Perdone, obviemos aquí jerarquías. Necesitamos hablar libremente: esa posibilidad en algún grado existe, no es inevitable; un escudo de fuerza y resolución puede preservarnos.

Kent: La fuerza está en nuestros generales; la resolución, en nuestras instituciones de gobierno. ¿Qué puede hacer entonces un simple funcionario de la diplomacia?

Allen: En nuestro sistema, es decir, hablo de la CIA. Cada pieza del engranaje añade un valor complementario, algunas de esas piezas pueden ser particularmente esenciales. Sin ellas el mecanismo se paralizaría. Nosotros necesitamos un hombre que ocupe exactamente su posición y que nos garantice trámites especiales que sustituyan a los lentos procedimientos de las medidas gubernamentales, es decir, reforzaríamos nuestra capacidad de reaccionar nosotros, usted y otros elegidos...

Kent: Recientemente trabajé con la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado en torno a algunas cuestiones éticas. Recopilamos citas anónimas hechas por funcionarios retirados. Ellos opinaban acerca de esta misma cuestión. Uno decía más o menos esto: “Ninguno de nosotros desconoce los esfuerzos subversivos de la CIA en países

extranjeros. La mayoría de estos esfuerzos fueron erróneos, y dañinos para los Estados Unidos...”. Se abogó por el saneamiento de nuestro servicio... ésos, perdone, eran los términos usados...

Allen: ¿Qué vino después?

Kent: La CIA insistió. Decían que la pantalla de diplomático le resultaba esencial y emprendieron un litigio entre bambalinas: intrigas; extorsiones, personas que bajo una fuerte presión cedían preguntándose dónde estaba la democracia...

Allen: Yo también recuerdo esa época pero de manera diferente. Nos sentíamos incomprendidos. Sí, es verdad, insistimos. Esa pantalla, como usted dijo, era vital para nosotros. Las claves, los archivos, las comunicaciones, nuestros secretos, necesitaban un margen razonable de seguridad. La inmunidad de la diplomacia parecía haber sido inventada para ello, no siempre podíamos contar con un embajador reclutado. Nuestra necesidad empezó a comprenderse, hubo un paso intermedio, nos subordinábamos a la diplomacia... Mera ficción de cortesía, aquí entre nosotros...

Kent: Eso ratifica que nuestro sistema es imperfecto, que carecemos de suficientes herramientas morales y legales para garantizar la paz, la tranquilidad y la seguridad.

Allen: ¿Le preocupa mucho la ilegalidad?

Kent: Tengo miedo de la incertidumbre de no saber qué somos.

Allen: No lleve tan lejos la necesidad de los conceptos. Primero recapacite sobre sí mismo. Usted es un diplomático que trabaja de cuello y corbata, asiste a brindis, tiene su propio auto y una casa confortable: un hombre que ante situaciones difíciles tuvo amigos que le dieron una mano, que lo ayudaron a salir del atolladero; deje otros razonamientos a los filósofos. ¡Qué parecidos son a los pordioseros!, sólo tienen ideas, en un mundo tan material. Lo invito a que recapacite. Ese miedo suyo tiene una connotación patológica. Ningún error nuestro ha dañado al país. No existe una República Popular de Guatemala... Comprendo que la guerra es sucia, pero no tanto como la derrota...

Kent: Eso es cierto.

Allen: Ustedes, además, hacen la política exterior contando con una valiosa base informativa. Hablamos ya en un plano puramente legal.

Nosotros hacemos el trabajo feo y anónimo, conseguimos la información que ustedes necesitan, la conseguimos allí en el terreno, arriesgando el pellejo. Si los políticos y los diplomáticos recelan de la Inteligencia, están recelando de sus propios ojos. Nosotros entendemos la causa de los diplomáticos, pero ¡qué ingratitud!, los diplomáticos no son recíprocos, ni siquiera aquellos que fueron también agentes clandestinos... ¡Beba! ¿Cuba Libre? No es una ironía intencional, es mi combinación favorita. Dígame una cosa: ¿debemos tener escrúpulos con Cuba?

Allen: Aún... sólo tres letras...

(Ruido de papeles.)

De regreso a casa lea esto: es el resumen de un proyecto de documento que se presentará en la Junta Interamericana de Defensa y contiene una evaluación muy interesante. Es bueno reforzar en la conciencia de nuestros militares este espíritu crítico de su misión. Léalo detenidamente. Al final le añado un informe fresco sobre Cuba y la geopolítica, es de un general muy bien informado.

Kent: ¿Ha estado en Cuba?

Allen: Estuvieron por él nuestros agentes... Ellos han sido como sus propios ojos...

Kent: Bien, me siento necesariamente partidario.

Allen: ¿Lo dice de corazón?

Kent: Sí.

Allen: Me alegro, lo esperaba. Nuevamente no defrauda nuestra confianza...

(Sonido de botellas.)

Allen: Comprendo... Lo que importa es la actitud responsable que asume. Eso no caerá en el vacío, se lo aseguro... Brindemos por última vez. Lamento que sea así pero espero a otras personas... Mi ayudante lo acompañará de regreso. En Los Ángeles ya está arreglado su descanso y el regreso por vía aérea.

Kent: Gracias.

(Se diluye el sonido.)

10:45

CENTAURO:

LA VÍA LEGAL EXTERIOR COMA EXPEDITA CON RESERVAS PUNTO CODORNIZ DEBERÁ SER CONTACTADO POR BISONTE COMA QUE ESTUVO RELACIONADO CON SU CASO Y ARREGLÓ SU SITUACIÓN RESPECTO A STAMBUL PUNTO EL PROGRAMA DE ENTREVISTAS CONTINUA SIN OTRA INCIDENCIA NOTABLE COMA Y MURCIÉLAGO PARECE ENTUSIASMADO PORQUE TIENE DEUDAS COMUNES QUE COBRAR PUNTO DE INMEDIATO CODORNIZ DEBERÁ RECIBIR INSTRUCCIONES BIEN CLARAS PUNTO SALUDOS PUNTO

DRAGÓN

*Dedico este capítulo a
la Marina de Guerra
Revolucionaria.*

5

Avante

Efectivamente, la “vía legal exterior” quedaba expedita. La diplomacia multifacética presentaba una cara nueva. La guerra de palabras, la guerra económica ensayaban ya sin mucho éxito su “capacidad de reacción” y un enfrentamiento más crudo buscaba nuevos cauces dentro de la subversión.

Los norteamericanos estaban recibiendo de su gobierno fuertes dosis de preparación psicológica para justificar una agresión “en legítima defensa”.

El 18 de abril de 1960 ordenan imprimir un texto para distribuirlo entre sus residentes en Cuba: “Embajada de los Estados Unidos de América. Se notifica que este edificio o local es propiedad de, o está ocupado por la siguiente persona o entidad norteamericana... Asimismo se hace saber que dicho edificio o local se encuentra bajo la protección de la Embajada de los Estados Unidos de América. Se solicita de todos los guardadores del orden, así como de las personas que estén en condiciones de ayudar cooperen a la protección de esta propiedad. **Embajador de los Estados Unidos de América.**”

Este aviso no fue entregado a los ocupantes de muchos edificios habitados por personas especialmente sujetas a los intereses de la Embajada. Ellos eran conspiradores, espías, agentes clandestinos.

Este aviso no se le entregó a los Medina en su lujosa residencia del Country. Al viejo y ladino yatista se le había ofrecido una pequeña tarjeta blanca, de cartulina de hilo, que decía: “Cuando necesite piezas para su auto, llámeme a la extensión 212, **Gene.**”

Desde luego que no se trataba de un mecánico. Era una contraseña. La otra parte estaba en la memoria: el teléfono de la Embajada, el 30-3151... Allí, para la fachada pública, estaba el despacho de un **Counselor for Economics Affairs**, un hombre de la CIA.

Medina le interesó a la CIA por su dominio sobre el ámbito marítimo y sus contactos en tal sentido. El mar era la antesala obligada. Una madrugada de abril, en la habitación 1004 del Saint John's, Medina recibió instrucciones precisas para actuar. El intermediario era un contrabandista que había hecho fortuna en contubernio con oficiales de la Marina bajo el gobierno de Batista. Sin dejar su antiguo oficio ahora servía además como enlace clandestino.

En mayo, las autoridades navales cubanas empezaron a sentir la presión de las operaciones que la armada norteamericana desataba contra un país con el que estaba relacionado diplomáticamente.

Ensayaban una guerra naval no declarada.

El 6 de mayo a las 22:00 horas, un guardacostas que patrullaba a cinco millas al norte de Matanzas avistó, a la altura de la Bahía de Cádiz, un submarino que se negó a identificarse. Después de un fuego preventivo con ametralladora de 20 mm, la nave huyó apagada y a gran velocidad con rumbo noroeste. Al otro día, a la altura de Faro Cayo Cruz del Padre, se encontraba navegando la fragata USN 42, y a veinte millas de Cayo Sal había otras unidades de superficie, entre ellas un submarino. El día 8, el destructor USN 537 "Sullivan" estuvo merodeando en Hicacos y ese mismo día la tripulación de un helicóptero de las FAR ubicó, a tres millas al norte de Cayo Media Luna, al submarino USN "Barracuda". También el día 8, a las 19:45 horas, dos destructores norteamericanos hacían rumbo 270 al oeste, a diez millas al norte de Cayo Blanco, Cárdenas. El 11 de mayo fue avistado el crucero "Norfolk" en posición latitud 2320 este y longitud 8058 oeste. Eso es dos millas y media al norte de Cayo Blanco. Llevaba rumbo 90 grados y navegaba apagado. Estaba dentro de las aguas jurisdiccionales, y por los canales diplomáticos no se había tramitado ninguna solicitud de permiso para esa travesía.

La lista de incidencias de este tipo es mucho más larga. Pero nos detendremos aquí: el 12 de mayo de 1960.

Nelson era pelirrojo y pecoso como un yanqui. El resto de la tripulación aprovechaba esta circunstancia para fundamentar sus bromas. El muchacho respondía con imprecaciones poco nórdicas, se ponía de mal humor, y se le pasaba después de un tirón, para caer nuevamente víctima de otra chanza, porque no sabía hacer bien algún complicado nudo marinero o porque llevaba el nombre de un ilustre almirante cuyo luto guardaban las pañoletas marineras. Pero él se las arreglaba para no vestir aquel traje tradicional casi copiado del yanqui. Usaba un uniforme verde, como buen “guerrillero del mar” y aprendía, junto a los que formarían años después una nueva marina, las artes de la navegación. Era nuestro sanitario, pero también tenía un lugar al pie de una pieza de artillería. Y como todos eran vigías, él fue quien avistó aquella mañana la mancha gris que privó al horizonte de un pedazo de belleza...

Probaban las máquinas y tenían que hablar a gritos.

—¡Estos motores truenan como los de un avión!

—¡Creo que son aéreos!

—¡Y qué hacen aquí!

—¡Estamos inventando una torpedera!

—¡Manda a parar máquinas!

El rugido se ahogó bajo la propela. Después de algunas sacudidas, la lancha quedó al paio. El humo de la popa se metió de repente en la cubierta, invadió el puente de mando y se extendió después hacia sotavento. El ruido de los motores disminuyó hasta quedarse en un sordo ronroneo.

Mecida por el mar ahora la lancha parecía menos potente. Era gris, de unos sesenta pies de eslora, de viejas pulidas maderas, milagrosamente rejuvenecidas por la pintura. Era una lancha vieja con un alma joven de marineros bisoños. Una torpedera, heroína de la Segunda Guerra Mundial, que después había sido abandonada entre desperdicios de toda clase en una dársena del sur. Desactivada, sin tubos lanza-torpedos, semihundida. Unos oficiales cubanos la descubrieron allí y la pidieron como una limosna bélica destinada a remediar las graves lagunas de una asistencia técnica limitada al interés geopolítico de una sumisión local. Esos oficiales querían equilibrar necesidades defensivas quiméricas y el Plan de Ayuda Mutua no los consideraba en sus cálculos más que como pilares de contención. Para el

Pentágono, la marina en la isla caribeña contaba con lo esencial para mantener el país en manos fiables. La austeridad había resultado un alivio, porque después de 1959 el nuevo Estado apenas tenía con qué defenderse frente a ese poderoso enemigo que merodeaba sus costas día y noche.

El comandante, ese hombre que mandó a parar máquinas, es un testigo de dos épocas. Su honestidad le permitió sobrevivir. Ahora está entusiasmado. Se siente un privilegiado marino de rumbos nuevos. Pasa por alto las miradas de recelo. Ningún prejuicio trunca la paz de su conciencia. Espera mucho del futuro. Las canas en sus sienes, no parecen canas...

—¿Qué te pareció la prueba?

El contramaestre dejó escapar un resuello. Recostado al mamparo de babor, el comandante esperaba por su opinión.

—No está mal... ¿Llegaríamos a las cincuenta millas?

—¡Que va!; treinta y cinco o cuarenta. ¿Qué más quieres? Somos el buque más veloz de la armada.

—Sin cuentamillas, sin telégrafo de mando ni torpedos...

—Y sin embargo...

El comandante corrigió la posición inclinado sobre el girocompás que se hallaba empotrado en un costado del puente. Hizo anotaciones. Con una señal de su diestra, el maquinista, que esperaba asomado en la escotilla, supo que iniciaban nuevamente la marcha. Segundos después, entre el ruido ensordecedor de los motores, los gritos de los marineros y el ruido de las olas, la R-43 embistió el horizonte y dejaba atrás una estela blanquiazul.

—¡Todo adelante!

—¡Máximo!

—¡Artillero, despierto!

—¡Mantenga rumbo!

—¡Por la amura de babor, un palo!

—¡Mire lo que vamos dejando, comandante! ¡Volamos!

—¡Ah!, ¡pero qué tú crees! ¡Esto es una torpedera! ¡Nelson vio algo!

—¡Por proa, comandante!

—¡Mantén la vigilancia! ¡Vivo!

—¡Es un barco grande, de guerra!

—¡Ojo, artillero!

—¡Comandante, un mensaje! ¡Están en nuestro rumbo! ¡Piden que despejemos!

—¿Nos quitamos?

—¡No!

—¡Mantén el rumbo!

—¡Es una fragata!

—¡Como si es un portaviones, carajo! ¡Avante!

—¡Pónganse los chalecos!

—¡Están a unas ocho millas!

—¡Nos piden identificación!

—¡Mándalos al carajo o diles lo que te parezca!

—¡Disparan con M1!

—¡Quieren meter miedo! ¡Eso ya pasó! ¡Qué se han creído! ¡Hay que tener deseos de joder, con tanto mar!

—¡Vienen!

—¡Cuando lance la bengala, todos al agua!

—¡Hijos de...!

—¡Se quitan! ¡Se quitan!

La estrepada del buque sacudió a la pequeña lancha. Sus maderas crujieron aparatosamente. El comandante bajó la pistola lanzabengalas y sonrió. La lancha se bamboleó una vez más. Su motor rugió fuera del agua y se apagó después dentro del oleaje. Una ola barrió la cubierta.

—A tierra... ya es bastante por hoy...

Rumbo a la costa, los marinos cantaban... era una tonada con alusiones marineras, decía de una unión irrompible y de un timón cuyo rumbo nadie podría cambiar...

—No hay nada que hagan más rápido los marineros que arrachar la nave antes del franco...

El comandante dejó de tesar el cabo en la cornamusa y levantó la vista. Los cabos crujieron una y otra vez. Los miró satisfecho. Ahora sí estaba la lancha donde él quería.

—Y no hay nadie más preocupado por esto que un contramaestre...

Rieron. El jefe de máquinas ya estaba listo para salir, pero por una cortés costumbre los esperaba.

Juntos bajaban siempre a Casa Blanca, y desde allí cruzaban en lancha la bahía. Por el camino hablaban de las maniobras, de los tiempos pasados y peores, del curso de los hechos. Compraban cigarros, acosaban a alguna muchacha y en el emboque se separaban después hacia dos destinos: los muelles de Caballería y Luz. El contramaestre y el comandante vivían en el viejo extremo de la capital. El maquinista tenía que tomar un ómnibus hacia las afueras.

Ese día, calle abajo...

—No me mires así, contramaestre. Sé que me quieres decir algo, ¡acáballo de soltar!...

—¡No! ¡Cómo te conocen, mano!

—Y usted viene riéndose... y el que solo se ríe sabe de qué maldad se acuerda...

—Sí. ¿Se trata del barquito ese, verdad?

—Bueno, si usted lo dice...

—Cuando di la orden de mantener el rumbo, noté tu mirada interrogativa...

—No me pareció muy justificado el riesgo. ¿Qué ganamos?

—Tendría miedo, comandante...

—¿Te asustaste?

—A la verdad, al principio... un poco...

—Na, yo también pero fíjate... fiiijate... ¿Qué somos nosotros al lado de los americanos? Un puntico así, un cayuelo, una manjúa al lado de una ballena. ¡Bien!, y cuando nos dijeron “¡quítense del medio! ¡no hagan esa revolución así!”, ¿qué hizo Fidel? ¿Quitarse del medio? ¡No, coño! Les demostramos que éramos chiquitos, pero que con la razón había que...

—Es verdad... si tú lo miras así...

—¡Y así es, mano!

—Creí que íbamos a chocar.

—¡Ellos son muy pendejos! ¡Con tanto mar que hay pa' venir a meterse en el medio a echarnos a perder la maniobra, y la gente trabajando para pagar el combustible y pagamos el salario. ¡Qué va, mano! ¡Tenían que quitarse ellos!

—Seguro que se encabronaron...

—Sí, pero eso, desde hace rato, y no sólo por lo que pasó ahora. Tú no ves que aquí tenían cuatro barquitos guardándoles el traspatio y ahora les jode que tengamos esos cuatro barquitos frente a todos sus submarinos y destroyers y cruceros. ¡Qué va, compadre! ¡Qué va!

En las calles, unos niños coreaban tonadas ingenuas, y bajo la sombra de un portal, recostado a la pared de tablas despintadas, un viejo pescador tejía redes tendidas frente al mar.

6

Cita en el Hilton

Cuando el funcionario de la Inteligencia norteamericana afirmó a su colaborador reclutado dentro del servicio exterior que la lucha contra el castrismo era más antigua que su propia existencia, de ningún modo estaba exagerando. Hablaba con rigurosa exactitud. Se refería a una idea extraída de la realidad. Y esa realidad estaba repleta de ejemplos como éste:

Un miércoles de noviembre de 1958, en el lujoso recinto del salón El Caribe, en el hotel llamado entonces Habana-Hilton, Fred, un hombre de la CIA que operaba dentro del mundillo diplomático, abordó a un funcionario cubano cuidadosamente elegido, con el propósito de hacerle una delicada invitación.

Era una de esas “noches internacionales” en la que los acogedores rincones del hotel cobraban notable animación, alternando actuaciones de artistas de renombre, brindis, cumplidos, reverencias, chistes de rancio humor y el inevitable intercambio de “confidencias” que proliferaban exacerbadas por la embriaguez que soltaba las amarras de la discreción. Aquel lugar vitalizaba artificialmente el medio social. Era como un último reducto festivo dentro de la ciudad consternada. Era una pira trivial del ocio burgués. Y allí también se extinguía al esfuerzo ajeno convertido en moneda de cambio. Hablar y beber entre figuras influyentes, ésa era precisamente el agua ideal para un pez de la especie de Fred.

La referencia de este sujeto le había llegado a Fred mediante un huésped norteamericano del hotel: Sam Miller, agente de un magnate del turismo y de los juegos de azar. El diplomático había hecho inversiones con el propósito de abandonar Cuba y establecerse en la Florida, pero había sido víctima de una “estafa legal” por parte de la propia gente de Miller. Ahora estaba al borde de la ruina. Miller le ofrecía una fachada amistosa al garantizarle

información para su grupo. También se lo propuso a Fred como posible colaborador en trance de cambiar de línea política.

De allí podría salir un disidente de Batista, comprometido a cambio de un apoyo en su litigio económico. La situación se presentaba de tal manera que era fácil timarlo doblemente.

Tan pronto estuvo sumergido entre el rumor aún tenue de las voces y al chocar de las copas, Fred buscó a su presa.

La selecta reunión estaba dedicada este miércoles a la “gran nación”, a los Estados Unidos de Norteamérica, y entre los distinguidos **parties** se hallaban la personalidad relevante del embajador Earl T. Smith, acompañado de su esposa, numerosos súbditos mentales del imperio, algunos genuinos peones incondicionales, agentes de la CIA y gente como Eugene A. Gilmore, José I. Rasco y también algunos plebeyos ligados por intereses circunstancialmente comunes al linaje reconocido.

Fred buscó sin prisa, sin dejar de cumplir los ritos de la cortesía. Su presa estaba allá, al fondo, apoyando los codos sobre una mesa. Solitario. Se acercó a él primero en pose indiferente, después como quien descubre la presencia de un amigo.

—¡Hola, hombre! ¡Cómo le va!

El diplomático extendió la mano inseguro, tratando de hallar en la memoria aquel rostro afable.

—¿No me recuerda?

—No... sí... es decir, lo recuerdo... sé que le conozco, pero... ¿De dónde? ¿De aquí mismo?

—No tenga usted pena, la memoria es así... nos conocemos de una recepción en la embajada... en la americana, por supuesto. ¿Ya cae?

—Ya... ya...

El encuentro forzosamente casual, había resultado. El funcionario respondía afirmativamente, turbado, pero sin sospechar la falsedad del recién llegado... bebieron champán.

Fred ya lo tenía en sus manos. Simulaba desinterés. Daba curso a la conversación interrumpiéndola a menudo con saludos, cumplidos o comentarios triviales.

—Tiene usted buena memoria.

—Cierto, lo tengo que reconocer. ¡Hola, señor Torzo! ¡Diviértase!... Sí, la memoria...

Después el champán hizo el milagro. El hombre también se acordaba de aquel encuentro imaginario. Fred, satisfecho, siguió fácilmente la farsa para mencionar a Sam Miller, inventó un nombre: Gene.

—No crea, yo también cuando hago un esfuerzo... ahora lo recuerdo a usted claramente. ¡Cómo no!

—No me diga.

—Sí, usted llevaba otro traje, una corbata roja... sí... tomamos, tomamos mucho... hablamos...

—Cierto. Había buen ambiente... habíamos bebido bastante y estábamos... estábamos bastante alegres y hablamos de... de...

—Hablamos de béisbol, de las grandes ligas, de finanzas, de negocios y algo también hablamos respecto a los problemas mundiales gravitantes...

—Oiga, ¡eso es memoria! Después mi amigo Gene dijo: “Es lástima que un hombre así... perdone la indiscreción... conozco el asunto del hotel... y pensar que después de esa mala racha financiera le espere el naufragio total... Gene dijo: “este hombre vale, es inteligente y culto. A una gente así da gusto echarle una mano”... Eso dijo dolido por su fracaso en el negocio del hotel y por su actual situación...

—Lo del hotel no fue un fracaso financiero. En nuestras leyes eso se llama estafa, pero no soy un **business man**... Gano y gasto, y tuve esa primera aventura económica que terminó mal porque caí en manos de personas sin escrúpulos.

—¡Ah, no sabía! ¿Cubanos?

—Y norteamericanos. Se buscaron el apoyo torcido de las leyes, tergiversaron, jugaron conmigo y con mi dinero.

—Eso se puede arreglar, hablaré con Gene... ¡Hola, Mrs. Shapiro!... Sí, lo del hotel lo arreglaremos...

—Y el naufragio total... ¿a qué se refiere cuando dice...?

—Usted mejor que nadie lo sabe... sea práctico. Fue fiel hasta el final, pero ¿por qué arrastrar también el fardo de la derrota? ¿Previeron ellos una salida airosa para usted? ¿Al menos una garantía para su vida? No. Ellos sólo cuidan su pellejo y sus pesos. No le tenderán una mano, ni ahora ni en el

exilio. Todo está acabado para usted si no sabe salvarse de este naufragio. Nos duele que un hombre de su clase esté en tal situación. Usted y muchos más... si las fuerzas comunistas continúan su avance, ¿adónde irá? ¿Con ellos, para compartir migajas del botín? A la vista pública usted no es un hombre enteramente comprometido... es... un profesional de prestigio. Le ofrecemos un madero en la víspera del naufragio... un madero seguro... mire a los Bentley, están atentos, parece que hemos puesto caras graves. Hagamos también que nos divertimos...

El hombre sonrió. Miró a la pareja ridícula de los Bentley. Y después a los ojos de Fred.

—¿Y a quién debo agradecer tantas preocupaciones?

—Estoy autorizado para decirle que a la CIA —respondió afectado el agente— y a los Estados Unidos de América.

Todos tenían qué temer y se temían unos a otros. Y de repente, en su cara, le hablaban crudamente de la realidad, le daban su verdadero nombre: la debacle, y le ofrecían una tabla de salvación. Sin embargo le imponían un precio: la jefatura invisible de una red de espías. Aceptó. Tomó un nombre clandestino: **César**, pero la costumbre de la gente impuso otro en respeto a la profesión: el **doctor**. La CIA, en sus cifrados, añadió un apelativo incógnito: **Gacela**.

Cuando la dictadura se derrumbó, la CIA contaba en Cuba con una estación clandestina que sumaba numerosas redes, algunas incluyendo la fachada diplomática. Esa estación existía desde mucho antes. Quizás desde la época en que se escribió esta carta:

“AGENCIA CENTRAL DE INTELIGENCIA

“WASHINGTON, D. C.

”15 de julio de 1955

”Su Excelencia General Fulgencio Batista y Zaldívar.

“Presidente de la República de Cuba.

”Habana, Cuba.

”Estimado señor Presidente:

”Recuerdo con gran placer nuestra reunión celebrada durante mi viaje a La Habana el pasado abril. Para mí fue un honor el haber tenido la

experiencia de tan placentera e interesante visita a usted.

”La creación por el Gobierno cubano del Buró de Represión de Actividades Comunistas es un gran paso adelante en la causa de la Libertad. Me siento honrado con que su Gobierno haya acordado el permitir a esta Agencia, la asistencia en el adiestramiento de algunos oficiales de esta importante organización.

”Como usted podrá recordar, en nuestras conversaciones del pasado abril, yo establecí que esta Agencia se sentiría honrada en ayudar en el adiestramiento del personal que usted enviaría como lo deseara.

”Tengo entendido que el general Martín Díaz Tamayo dirigirá las actividades del BRAC y será responsable de su organización. En este caso me gustaría sugerir que pudiera ser conveniente al general Díaz Tamayo venir a Washington en un futuro cercano, de tal manera que nosotros pudiéramos discutir con él algunas de las técnicas usadas para combatir las actividades del comunismo internacional.

”Estoy seguro de que será útil intercambiar opiniones con el general Díaz Tamayo, como un adelanto al grupo de sus subordinados, que vendrán aquí para entrenarse. El material que ofreceremos al general puede ser una considerable ayuda en su tarea de organizar el BRAC, y para indicarle el tipo de oficial que él debe preferir al seleccionarlos para el entrenamiento.

”En vista del interés que el Ministro de Estado doctor Carlos Saladrigas expresó por este asunto, me estoy tomando la libertad de escribirle hoy, resaltándole las ideas contenidas en esta carta.

”Yo le sugeriré, si le es aceptable a usted y a su gobierno, que extienda una invitación en mi nombre al general Díaz Tamayo para venir a Washington por aproximadamente dos semanas, preferiblemente comenzando el 1 de agosto.

”Confío en que esto será con su aprobación.

”Permítame decirle de nuevo, Señor Presidente, qué gran honor y placer ha sido el reunirme y conversar con usted y confío estaremos en una posición para ayudarle a usted y a su país en nuestro mutuo esfuerzo contra los enemigos de la Libertad.

”Acepte, por favor, Señor Presidente, la declaración renovada de mi más alta y distinguida consideración.

”Sinceramente,
”**Allen Dulles**
”Director.”

7

Mafia fiable

—Me gusta el trato con ellos...

Jim observó cómo el viejo sabueso de la CIA rellenaba de picadura su pipa. Era un tallado indio de nogal su pipa, con la cabeza hueca, donde Joe depositaba puñaditos de aromático tabaco.

—¿Te gusta? ¡Vaya gusto!

—Pues... no es propiamente que me guste... quise decir que vaya, que prefiero... existen muchos motivos por, ejemplo: ellos son muy reservados.

—Están obligados a serlo y no precisamente porque sean unos virtuosos de la discreción.

—¡Ah! Muchos de los nuestros, que también debían de ser circunspectos, en cambio pecan de parlanchines. Ellos están fraguados en una disciplina incommovible, porque está en juego el pellejo propio... y cumplen sencillamente, cumplen.

—De cualquier manera me parece una alianza demasiado sucia.

El viejo resopló. Tenía anchas, rizadas y canosas cejas, revueltas sobre los ojos grises que torcían la mirada al hablar. Finalmente, asintió con un gesto lento de la cabeza, meciendo suavemente el mentón:

—¡Eso es! Lamentablemente, inevitablemente, demasiado sucia, tan sucia como necesaria. ¡Y qué le vamos a hacer! Tú tienes la cabeza llena de ideas bonitas. Te herirán estas palabras... no son bellas quimeras... son realidades tangibles.

—Yo no me acostumbro a esa idea, Joe... No puedo creer que sea el único camino.

—La nación ya se acostumbró, y tú tendrás que despojarte de tus escrúpulos moralistas, comprende, nosotros no queremos ser lo que somos, gendarmes del mundo; pero ese peso ya está sobre nuestros hombros y no nos lo podemos quitar. Para nosotros también está en juego el pellejo. ¿Tú

también te has creído el cuento de que Cuba es una insignificante isla que no puede poner en peligro nuestra estabilidad?

—Somos lo suficientemente poderosos como nación, para no necesitar de ciertas artimañas defensivas.

—Creí que te conocía, pero no es así...

Jim revisó el estuche de diapositivas. Tenía un rótulo en letras pequeñas y doradas: “**special classification**”. Sacó un **slide**, lo observó al trasluz y murmuró:

—Si no me queda otro remedio, lo haré; pero difícilmente podré evitar las náuseas.

—¿Qué rezas ahora?

—Nada, nada... miraba estas vistas. Están bien tiradas, nítidas. No calculé que Cecilio resultara un fotógrafo verdaderamente profesional.

—Su ficha lo dice.

—Las fichas a veces mienten.

El viejo recogía la intención de la frase. Jim siempre usaba esa manera no muy hábil de mostrar sus rencores. Él había advertido al grupo la posibilidad de que Cecilio fuera un agente infiltrado por el G2 cubano. Esa advertencia era a la vez su explicación sobre algunas filtraciones de secretos que, según los especialistas, habían determinado el fracaso de algunas pequeñas operaciones clandestinas en el Caribe. Al principio, se creó un verdadero pánico en la jefatura. Hasta que alguien atinó a poner las cosas en orden. Ya entonces nadie recordaba cómo habían surgido las dudas, ni quién había dado la alarma. Después comenzaron las desordenadas comprobaciones que despejaban el nudo de rumores y sólo quedó el índice de Jim señalando hacia Cecilio. Esta situación se agravó con el descubrimiento y muerte de un agente en Cuba. Pero las verificaciones de la Agencia no apoyaron su afirmación. El detector de mentiras tampoco. Después de la “tormenta”, Jim y otros mantuvieron algunas reservas sobre Cecilio, pero Joe le defendió decididamente y les pidió a todos que, en aras de la unidad, confiaran en el procedimiento con que se había confirmado su inocencia. “No debemos dejarnos minar por la desconfianza”, ésa fue su consigna. Jim siguió preguntando, con todo derecho, cómo se habrían producido filtraciones de informaciones clasificadas cuyo único destinatario había sido Cecilio. Todos

insistían en descartar la eficacia de la Inteligencia cubana como factor en los fracasos. “Ellos seguramente fueron puestos sobre aviso”, aseguraban. Desde entonces, por una directiva específica, las informaciones fueron procesadas de manera que su conocimiento externo llevaba implícita la fuente. Pero aun así, el hecho de que un espía fuera esperado mansamente en la costa no completaba la certeza del quebrantamiento de un secreto.

El estado general de desconfianza no se disipó y quedó en el ambiente un perenne residuo de murmuraciones que incluían también los efectos de las inquinas y rivalidades personales. Sólo unos pocos evadían la cuestión. Joe era uno de ellos. Eso hizo ahora frente a la alusión de Jim:

—Hablábamos de la gente de Aldo... Decía que los compromisos con ellos están garantizados.

—La gente de Aldo. ¡Qué contrasentido! Ellos que están fuera de la ley, nos garantizan...

El viejo dio paseítos por la habitación, con las manos enlazadas tras la espalda; Jim tomó otra diapositiva y la levantó frente a su vista.

—¡La ley! —dijo en tono amargado—. ¡Ya ni sé quién es la ley!

—La ley la escribieron los hombres y a veces los hombres mismos se ven obligados a quebrantarla. Yo no veo contradicción alguna en el trato con la gente de Aldo; hay un fondo de justificación, de una plena justificación. Históricamente es uno de los fenómenos de este incomparable país. Además, para aquellos que están minados de escrúpulos siempre habrá una imagen pública; para los aspectos sucios se guarda la debida discreción.

—¿Y no has pensado tú en lo que ocurrirá si al pactar con un verdugo profesional éste es descubierto en su acción? Suponiendo incluso que no hable... digamos que de la acción misma se infiera el interés de la CIA y que, lógicamente, del interés de la CIA se infiera el interés de la administración que nos gobierna.

Yo dudo que un **boia** se llegue a ver en una situación así, pero en el caso de que sucediera, bueno... hay riesgos; tendríamos que comprobar la inmunidad de la Agencia en situación tan crítica, someteríamos nuestra inmunidad a un “bautismo de fuego”. Necesariamente compartiríamos tales riesgos con ellos, y ellos también deben adecuarse.

—¡Pobrecitos! Ahora comprendo que ellos sentirán también repugnancia al trabajar para la policía.

—¡Déjate de ironías! No te resisto en ese plano. ¿Qué quieres? ¿Qué más da? Es un problema de provecho común; ¿entiendes, alcornoque? ¡De provecho común!

—Tan común que muchos de nuestros métodos se parecen a los de ellos como dos gotas de agua.

—Eso lo admito.

—¿Y qué?

—Son recursos universales.

—¡Más que eso, viejo! Creo que hemos cambiado los papeles. Sí; mientras ellos incursionan en el mundo de las finanzas y hacen inversiones en los negocios limpios, nosotros probamos suerte en la otra cara... en la cara sucia de la moneda; nosotros, creamos a nuestros propios matones o usamos a los suyos... y juntos, apertrechados de una tecnología moderna, nos lanzamos en iguales aventuras. Y así quizás un día hasta tengamos nuestra propia degollina de San Valentín para igualarnos completamente.

—Eso también puede suceder.

El viejo se asomó a la amplia ventana. Afuera había sol y pocas nubes en el cielo. La fresca brisa de abril peinaba los arbustos.

—Entonces... ¿Quién se ha equivocado? ¿Quién se metió en el campo de quién?

—Tú, Jim... Tú te has equivocado. La vida no es así como la expone el cine. Tú sabes que eso es un engaño; los buenos y los malos... nosotros, los héroes de la libertad, con puños y quijadas de acero, con una puntería milagrosa... y ellos, sicilianos de raza inferior, torvos, asociados en una diabólica hermandad, con un código impenetrable que incluye la muerte de los “traidores”; pero detrás de los telones está la realidad,

—¿En qué bando pondrías a un tipo como Lucky Luciano?

El viejo aspiró el humo de la pipa. Miró hacia arriba, como navegando entre el humo que subía.

—A Lucky Luciano. ¡Qué tipo!

—¿Ves cómo todos estamos confundidos en la misma alberca?

—No tanto. Formalmente no es así. ¿Por qué no tomar un ejemplo más actual?

El viejo fue hasta el archivo. Sacó enseguida un file gris... “**LANSKY, MEYER. CUBAN AFFAIRS**”. Se lo extendió a Jim.

—Lansky en La Habana... 1933... y no precisamente como un turista. Esa ciudad era entonces un campo virgen para los negocios de turismo. Hizo importantes inversiones, sobre todo seguras, y echó a andar su pequeño imperio: carreras de caballo, un casino en el hotel Nacional. En 1944 hubo elecciones en Cuba. Para la Casa Blanca estaba muy clara una situación: reelegir a Batista podía exacerbar, desencadenar brotes de rebeldía. Roosevelt necesitaba que alguien llegara al oído de Batista para decirle: “No juegues en ésta, no nos conviene.” Grau fue electo y Batista vino con nosotros.

—¿Cómo pudieron convencerle?

—Fácil. No fue ninguna proeza. Al principio, algún teatro. Fingió ofuscamiento, pero él mejor que nadie sabía quién era quién; le soltamos algunos papeles y le ofrecimos garantías para su futuro. En 1948 Prío resultó presidente de Cuba y nos creó un nuevo problema en el área. Su incapacidad era como un peligroso vacío en la silla presidencial; para nosotros existía el peligro de un cambio político. Y la gente de Lansky también temía. Veía florecer una mafia cubana, pistoleros criollos que terminarían por controlar los negocios del país... Así que también en eso anduvimos confundidos; nosotros temiéndole a los furibundos nacionalistas... y ellos también, aunque se tratara de gánsters...

—Sus negocios legítimos también peligraban.

—¡Ah! Me olvidaba de eso...

—Algunos pensaron que el suicidio de Chibás nos devolvería la tranquilidad; pero mientras, nuestros agentes nos enviaban negros reportes. Las riendas de Cuba estaban sueltas. Es increíble, ya desde entonces Castro se movía dentro de la insurrección. Quizás en aquellos tiempos alguien como tú, lleno de escrúpulos, dudó en eliminarlo... y ahora ya ves qué trabajo nos cuesta a nosotros. Y antes de que se celebraran las próximas elecciones decidimos colocar a nuestro hombre en el poder. Ese hombre era Batista. Ésa era su gran oportunidad; le pagamos a Prío para que cediera mansamente. Era la oportunidad de Batista... y de nosotros...

—Y la de Lansky.

—La de todos, pero no supimos preservar. Entonces en los últimos días de 1958, en el mapa electrónico de Columbia, empezaron a alumbrarse más y más posiciones rebeldes por todas partes y a las 02:30 horas del 1ro. de Enero, ya no había gobierno...

—Y el Montecarlo de Cuba soñado por Lansky estalló como una pompa de jabón.

—Y la gente se ensañó precisamente con los negocios del turismo y del juego...

Jim cerró un ojo para ver mejor la transparencia a color...

—Y Batista quiso volver nuevamente a su refugio de Daytona, pero ya su época había pasado. No lo dejamos. Al árbol caído, hacha con él...

—No fue así... lo preservamos de la jauría del exilio...

Entonces Jim dejó de mirar diapositivas y se concentró en la conversación:

—Según las informaciones que tengo, ellos pretenden arreglárselas sin Cuba. Están mudando sus planes a otra parte del Caribe. ¿Con qué propósitos se suman a nosotros?

—La mudanza hacia las Bahamas es un remedio solamente. Además, a la mafia no le agrada dejar deudas pendientes. Es una exigencia de su código. No se pueden permitir esa debilidad. Igual que nosotros, finalmente, ellos esperan un regreso...

Joe archivó de nuevo el **file** y dijo:

—Esta ficha no miente.

Jim sonrió y contrajo la mirada. Repentinamente aludió directamente a su principal preocupación:

—¿Quién hizo las verificaciones respecto a Cecilio?

El viejo se puso serio:

—El equipo.

—No... ¿Quién responde por ellas?...

—Respondo yo.

Jim se acercó a la ventana para mirar la última diapositiva. La guardó y cerró el estuche. Después caminó hasta la puerta.

—Ojalá que tu ficha diga verdad.

—Si miente —dijo el viejo— nos quedarán otros recursos.

Cuando Joe quedó solo, buscó la ficha de Cecilio. Se sentó frente a ella en el buró, y leyó y releyó cada párrafo, cada frase, cada palabra:

C-2045-330

To verify before April 2

“ANTÍLOPE”

LÓPEZ CARTAGENA, CECILIO LÁZARO, Alias: “CONGO”

Nacido en La Habana, en 1924.

Mestizo.

Instrucción: Primaria.

Otros oficios: chofer, vendedor de pólizas, fotógrafo, telegrafista.

Padres: Orfelio, chofer de alquiler. Bárbara, sin ocupación. Estado civil, divorciado en 1953.

1943. Sospechoso en una actividad detectada en el reparto Kohly de La Habana, donde una red, mediante la intercepción de los mensajes radiotelegráficos, suministraba información a los nazis acerca de los movimientos navales en el Caribe. No le fue radicada causa debido al resultado negativo de las investigaciones previas, pero se le mantuvo “bajo control”. El Servicio de Investigaciones de Actividades Enemigas no lo nominó en los listados que fueron entregados al FBI y al Intelligence Service de Londres, pero mediante un agente nuestro recibimos los pormenores del asunto. En mayo, después que las autoridades cubanas lo eliminaron de la lista de sospechosos, el FBI hizo contacto con él considerando “su posible responsabilidad” y bajo presión se brindó a cooperar en las investigaciones. Suministró informaciones útiles, y no vaciló cuando se le pidió que ocultara ciertos detalles ante las autoridades cubanas.

1945. Vinculado con el gansterismo cubano en el sector costero de Marianao.

1946-1953. Como chofer de turismo suministró numerosas informaciones y cumplió una misión específica con resultado óptimo.

1959. Miliciano de la Triple A.

Nota: Conoció a Sánchez Arango, líder de este grupo, a través de la familia Hernández Catá, a la que prestó servicios de índole doméstico.

En abril contactamos con él (B. Miller, en el Rosita de Hornedo) y aceptó su reclutamiento a condición de que su familia viajara a USA y se depositaran aquí sus asignaciones económicas. En mayo, su esposa e hijos viajaron a USA vía legal.

En junio un exiliado allegado a José I. Rasco informó que López Cartagena había pertenecido, al G2 entre enero y abril. Se le planteó directamente el asunto y respondió que efectivamente cumplió misiones represivas contra connotados batistianos y que junto a él había otros milicianos de la Triple A, pero que los comunistas tomaron la jefatura y “depuraron” al grupo. Posee certificado de licenciamiento en mayo.

1960. Solicitud de verificación.

En Cuba: negativo.

En USA: negativo.

Comprobación técnica especial:

Interrogatorios intensivos: negativos.

Polígrafo (Keeler): negativo.

Filiación: negativo.

“Sueros de la verdad”: negativo. Aunque mostró esfuerzos inhibitorios.

Joe escribió debajo, a puño y letra:

“Reconsiderar confidencialmente.”

Después, guardó la ficha y aspiró el humo de la pipa. Por la ventana miró cómo Jim salía bruscamente en su auto.

A León:

POSICIÓN DOS (2) CMA FASE UNO (1) URGE INFORMACIÓN SOBRE MOVIMIENTOS PORTUARIOS CMA UBICACIÓN YES SISTEMAS ALMACENAMIENTO CMA YES MOVIMIENTOS DE MERCANCÍAS DIVIDIENDO ALIMENTOS CMA MAQUINARIA AGRÍCOLA YES MATERIAL BÉLICO X PRINCIPALES PROYECTOS RAMA MARÍTIMA CMA PROBLEMAS ACTUALES YES MEDIDAS ADOPTADAS PARA SOLUCIONARLOS X POSIBILIDADES CONCRETAS X JEFES NAVALES CON CORRESPONDIENTES CURRICULUM VITAE CMA YES ASESORES RUSOS O DE OTROS PAÍSES X MOVIMIENTOS NAVALES DE LA ARMADA EN MARIEL YES CASA BLANCA X PASOS ENCAMINADOS A ADQUIRIR NUEVAS UNIDADES DE SUPERFICIE X PERSONAL ENCARGADO DE NEGOCIACIONES CMA PAÍS YES PRONÓSTICOS DEL CONTENIDO DE LOS PROTOCOLOS X ESE CENTRO DEBERÁ COMPLETAR REDES PRINCIPALES YES EL RESULTADO YES LISTADOS ENVIARLOS EN LA PRIMERA OPORTUNIDAD X LOS PROYECTOS ESPECIALES

CMA PRINCIPALMENTE OPERACIÓN “ALMIRANTE” DEBEN CUMPLIRSE COMO INDICAN INSTRUCCIONES VÍA LEGAL DIPLOMÁTICA X AHORA ESTA VÍA SERÁ MENOS USADA CMA PERO AUMENTARÁ AYUDA CLANDESTINA X GARANTIZADO BUEN RESPALDO DE DOCUMENTACIÓN X OJO X OJO X OJO X MUY IMPORTANTE X ESPERAMOS INFORMACIONES SOBRE TRASLADO Y DESCARGA DE ARMAMENTOS CMA NOMBRE YES NACIONALIDAD DE LOS BARCOS CMA PUERTOS RECEPTORES CMA POSIBLES LUGARES ALMACENAMIENTO YES SUPUESTOS PUNTOS DÉBILES SEGÚN SU CRITERIO SUSCEPTIBLES DE SER SABOTEADOS X GARANTICEN COMPARTIMENTACIÓN X “ANTÍLOPE” VIAJA VÍA ILEGAL X RESPONDO POR ÉL PERSONALMENTE YES EN CASO DE ERROR IRÉ PERSONALMENTE A COMPARTIR CONSECUENCIA X ÚLTIMO ENVÍO DIPLOMÁTICO ES GELATINA SEIS (6) CMA PETACAS DIEZ (10) PARQUE (45) CUARENTA Y CINCO MIL (1000) Y SIETE MIL DÓLARES (7000) VERIFICAR X ME DESPIDO CMA CON USTEDES SIEMPRE CMA SALUDOS CMA ABRAZOS CMA FIN X FIN. X FIN X FIN.

CENTAURO

8

El comienzo

—Rachmaninov... ¡Rachmaninov! Escucha, ésa es su inconfundible **Segunda sinfonía en mi**; ésa sí es música clásica, incomparable. La buena música le añade a la vida algo así como un elemento vital, un impulso armónico.

En el parabrisas se va consumiendo rápidamente la interminable cinta plateada del camino.

—De todas las sensaciones, yo me quedo, decididamente, con las que nos permiten disfrutar de los sonidos. Se puede vivir sin mirar, mudo... y hasta sin manos se puede vivir... sin pies, pero ¡la música! ¿Te das, cuenta? ¡Qué inmenso vacío llena la música!

Mira de soslayo los pinares tupidos, interminables; de verdes pinos apretados casi en haces, sugiriendo la impresionante riqueza boscosa de la comarca.

—Los violines ¡fabulosos! Y pensar que esos maravillosos tonos salen de unas simples cuerdas, un arco... y claro, un talento. ¡Bendita la suerte de poder disfrutar de estas sonoras perfecciones!

Estira la mano para elevar el volumen y la devuelve enseguida al timón para torcer el rumbo por el camino estrecho hasta elevarse sobre un promontorio desde donde se columbra el llano en un asombroso paisaje lleno de colores. Pero él no parece aprovechar ese alimento estético. Ni los colores ni los olores frescos de la campiña a esa hora en que el sol despierta sobre el rocío de la madrugada...

—En casa tengo buena música. Selecta. En mi discoteca puedes encontrar todo lo que se conoce aquí de Nat King Colé, el “príncipe azul” de la canción romántica... **Jai fai**... Sinatra y Benny Goodman... Tengo una cinta tomada directamente del cine y hace poco me hicieron un regalo único. Verás, tiene anécdota. En marzo del 52... ja, marzo del 52, ¡qué casualidad!, Arturo

Toscanini estuvo en el Carnegie Hall de Nueva York. Toscanini tenía ya ochenta y cinco años. Allí grabó la **Novena sinfonía de Beethoven**... ¡con la orquesta de Filadelfia! ¡Fantástico! Y tengo a todos los clásicos; por supuesto, no creo que me falte ninguna pieza importante. Como mi discoteca no hay dos; ocupa ya prácticamente toda una habitación.

Los acordes distorsionados se dispersan entre el aire que bate. Ahora el Pontiac ruge y embiste el camino cuesta arriba, entre los pinares y la costa.

Benito, al lado del alférez, revisa algunos documentos trabajosamente, en constante lucha contra el viento y hace lo posible por escribir algunas anotaciones en los márgenes. Él tampoco hace mucho caso al paisaje y menos aún a las acostumbradas peroratas de su jefe. El alférez supone que es así y por eso se incomoda, porque no concibe tamaño desdén, y casi en tono de regaño, le dice:

—¡Deja ahora esos papeles, hombre! Disfruta algún momento de la vida. ¿No ves que los minutos cuentan? Hace falta dejar también un espacio para el descanso, para ver qué ocurre a nuestro alrededor. Hoy es domingo, un día para pasear, para oír música, para salir a ver las cosas de este mundo.

—Los minutos cuentan, alférez; por eso mismo... —Y levantó el bulto de papeles.

—Eso puede esperar, Benito. ¿O es alguna cuestión de vida o muerte? Sigue mi consejo: vive, después que te despejes la mente podrás trabajar mejor, tendrás ideas más claras: goza de la vida ahora a plenitud; no dejes escapar el tiempo. Mira, hoy vas a conocer un lugar inolvidable: el famoso valle de Viñales; en sus farallas van a pintar un mural gigantesco.

Benito sonríe. Descansa de nuevo su vista sobre el paisaje. Sólo unos segundos. Piensa que su jefe no tiene derecho a suponerle ignorancia sobre el valle de Viñales, o sobre sus apreciaciones musicales. Y piensa que no puede haber lugar aún para el descanso, que los domingos bíblicos y las tradiciones de ocio por ahora deberán pasar de moda, que en estos primeros tiempos sí es de vida o muerte, mientras contemos nuestros años con los dedos de una mano, que no hay derecho... Pero se lo reserva todo. Y calla, no por exceso de subordinación; quizás sea porque le resta importancia, o porque comprende que es inútil rebelarse ante la locuacidad desmedida de su jefe. Después de todo, el alférez habla y habla. Sencillamente, no necesita

respuestas. Desliza su conversación hacia un monólogo interminable. Parece que se siente como el núcleo alrededor del cual gira todo el universo. Habla sin esperar asentimientos o rechazos de las maravillas derivadas del petróleo, del infame, terrible y temido Iván; de los wiskis de Escocia, del espionaje y las drogas en Estambul y Shangai; de las delicadas geishas; de las hazañas portentosas de Rommel y De Gaulle...

—¿En pinturas? No hay opción: Rembrandt. Fue el maestro de Goya. Bueno... y no es que lo diga yo. Él mismo lo admitía. No tenemos más que ver esa joya pictórica que se llama **El encarcelamiento de Cristo**, para darnos cuenta; digo, si somos unos entendidos en la materia, porque si no sabemos distinguir un óleo de una acuarela...

Habla del hermetismo de los chinos; de su profusa reproducción; del impenetrable secreto de la Coca-cola, del conejo Buggs; de los cuatro grandes; de los homosexuales ingleses; de Lassie; de Maurice Chevalier; de Cristina Jorgensen; de Joe Dimaggio; en fin, ¡del arte de la conversación!

Mira hacia los pinares y habla de los exuberantes bosques canadienses; mira hacia el cielo y se inspira en él para exaltar las maravillosas posibilidades astronómicas de Monte Palomar... mira la esfera de su reloj y habla:

—Este Movado es superimpermeable. Es el reloj de los marinos. Una vez lo llevaron sumergido durante una travesía del “Ille de France” ¡Ida y vuelta! ¿Te das cuenta? En la ruta marítima Nueva York-El Havre. ¡Más de once mil millas! ¡Y ni siquiera se humedeció!

Y Benito, mientras ordenaba sus papeles, pensó que la versátil imaginación de su jefe se estaba remontando ahora hasta los límites más ambiciosos de la credulidad...

Así todo el camino.

Ya en las cercanías del valle, el alférez sacó a relucir algunas impresiones más íntimas:

—Ayer volví a visitar a Verónica. ¿Sabes quién es ella?

Benito, como respuesta, arrugó el ceño y siguió leyendo.

—Sí, claro, sabes quién es. Te la presenté. Es bonita, ¿verdad? Sí, es bonita. Y simpática. Y es amable como una azafata. Sonriendo siempre. Ella es así. Contagia a todos su alegría. Y verdaderamente resulta muy fácil

enamorar de ella. Y es muy joven. Casi una niña... ¿Qué edad le calculas? Diecisiete, creo yo, o quizás menos; pero su carácter y su juventud están acompañados de una gran seriedad, de una madurez insospechable. Es graciosa, moderna, culta, encantadora, no se puede pedir más, ¿verdad? ¡Qué chiquilla! Adorable. Después tal vez se convierta en una esposa como todas, regañona y desaliñada. Los hijos vulgarizan, la mujer pierde la línea, pero en estos momentos ella es una criatura encantadora que parece salida de las páginas de un cuento. Yo me siento especialmente bien cuando estoy cerca de ella.

Por fin, Benito pareció terminar con sus papeles. Levantó la vista...

—¿Ya están comprometidos?

El alférez le respondió sombrío:

—No... Todavía...

—¿Qué pasa?

—Pues... No sé qué pasa... A lo peor ni llegamos a comprometernos...

A veces me parece que la tengo conquistada, pero de repente comienza a rechazarme, como si se acordara de algo. Entonces empieza con las ironías y las burlas, y el blanco predilecto de sus ataques, invariablemente, es mi uniforme... Mi blanco uniforme de alférez, que parece mortificarle especialmente. Se muestra mortificada, sin razón y yo no estoy dispuesto a soportar, es injusto, es una actitud improcedente... Es así: conversamos amigablemente, las cosas marchan bien... y enseguida que si el uniforme, que si le desagrada, que no lo puede evitar, que parezco un esbirrito, de esos que bombardeaban su casa y la casa de sus vecinos en la Sierra... de los que asesinaron a su hermano y a los compañeros de su hermano... que si sería uno... ¡Te das cuenta! Es irresistible... ¿Por qué se comporta de esa manera insensata? Por qué, Benito, ella sabe que yo...

La idea no se exterioriza. La idea parece diluirse en el pensamiento. En el pensamiento se queda también la respuesta de Benito:

“Ella sabe que tú subiste a la Sierra vistiendo ese odiado uniforme salpicado de la sangre rebelde, de la sangre de los jóvenes, de los mártires, de los inocentes. Que subiste por la parte enemiga, junto con los avituallados marinos de las fragatas homicidas y junto a los infantes vestidos como marines... Ella sabe que no se supo de ti por mucho tiempo en tu barrio, que

algunos decían que te habías alzado, que eras rebelde, “mau mau”, pero que otros decían que no, que andabas lampiño y aseado por los llanos y los caseríos, llevándote cada día algo caliente a la boca en los campamentos de casquitos. Impecable, rasurado, durmiendo siestas largas en los puestos navales o en los sollados de las fragatas americanas que bombardeaban incesantemente hacia la línea de la costa para aterrorizar a los habitantes entre la playa y la montaña, para sembrarles el terror y también para arrancárselo ellos, porque ya sus raíces se extendían a bordo, se enredaban en los camarotes, se arrastraban por cubierta de popa a proa y de babor a estribor, llenaban de sudor las camisas blancas y las chamarretas y hacían pronunciar alardes cada vez más estériles... Las fragatas que bombardeaban allí donde su hermano cayó para levantarse enseguida en el ejemplo de otros... Pero nada en concreto se sabía de ti. Ni una carta, ni un mensaje, ni un recado, ni una nota, ni nadie que dijo que te vio, nada. Y eran los días en que los rumores lo explicaban todo. Eso pasó entonces en tu barrio y ella lo supo. Que tu madre retiró de la sala el pesado cuadro con el retrato del General. Todavía puede notarse en la pared el espacio más claro del cuadro donde dio mucho menos la luz solar, donde la figura odiada del tirano mostraba una sombra extrañamente sospechosa en la mirada, socarrona, irónica, y una increíble sonrisa de estudio, un gesto, una caricatura de bonanza, sobre un cuello almidonado. Tu padre, ladino y taimado, siguió patentizando su entera lealtad al gobierno... y casi nadie notó el cambio en la pared de tu casa. El 1ro. de Enero vieron que ya no estaba allí... y pasó el tiempo y antes de que el repudio echara raíces frente a tu casa, volviste un día con el uniforme de los vencedores. Aseado y lampiño, sin bandoleras sobre el pecho, sin melena, como recién salido de pase en la fragata; pero con el uniforme de los vencedores. A dos manos recogiste junto a ellos alabanzas y honores. Eras, sencillamente, uno de ellos, ni más ni menos.”

—Yo no sé, Benito, cuánto tiempo resistiré. Ella no es la única mujer sobre esta tierra.

—¿Y la rubia?

El alférez se volvió sorprendido.

—¿Qué rubia?

—La de los ojos grises y el crucifijo de plata...

—Ah, sí... Sussy... ¿Ves?, por ejemplo, Sussy... Ella no tiene ese complejo, y no hay razón para tenerlo. Éste es un uniforme internacional.

—Algunos marinos jóvenes lo rechazan también...

—Sin motivo... la marina no fue un cuerpo represivo y el traje es una tradición... el luto de Nelson... por un capricho de alguien, ¿lo van a suprimir? Y ella debe comprender eso...

—¿Qué es una tradición?

—Eso, Benito, que es una tradición...

El Pontiac se descolgaba ahora desde una encumbrada senda zigzagueante. Por breves momentos, el programa de música selecta quedaba interferido. El alférez tarareaba entonces, parodiando con creces a Mario Lanza, un desafinado **Mon Amour** que Benito tuvo que soportar tres interminables minutos...

Habían llegado a Viñales.

9

Precio para un hombre

—Aquí no se está bien...

Rudi trató de acomodarse sobre el maltratado sofá. Los muelles pugnaban por quebrar los tapices vencidos.

Frank descansaba al otro extremo, pero no parecía preocuparse. Con apariencia indiferente rasgaba el cordaje de una guitarra desafinada.

—¿Qué quieres? ¿Un bar refrigerado?

Rudi no se refería solamente al calor. Sin embargo, al escuchar la insinuación irónica del otro, no pudo evitar la evocación nostálgica de un lugar... La Arboleda del Nacional... su rincón predilecto de años pasados pero no olvidados.

Sí, había calor, demasiado calor para un otoño. Después quizás llovería...

El doctor, se deshizo del saco y desabotonó su camisa en lo alto del cuello...

—No me molesta el calor —protestó molesto Rudi— sino estos muebles, esta casa. Mira las paredes, y el piso... las camas... no sé a quién se le ocurrió. Tenemos suficiente dinero como para haber alquilado en un buen hotel, como unos turistas normales y corrientes.

El doctor buscó entre su stock demagógico una cara buena para el asunto:

—Lo del calor no estaba previsto, pero resultó un verdadero acierto de la naturaleza, porque alquilamos aquí en otoño buscando soledad, y ahora, además, gracias a este capricho del clima, podremos disfrutar de un buen chapuzón. ¿Saben lo que vale un día de verano con la playa vacía? Necesitábamos soledad. En un hotel bueno, malo o regular, estaríamos sujetos a muchas limitaciones y riesgos. Éste es un sitio ideal; pero Rudi tiene razón, las camas parecen pesebres, las paredes las de un barracón. Es el precio que debemos pagar...

Rudi se levantó dispuesto a servirse otro jaibol, de paso miró hacia la playa solitaria. El mar estaba casi blanco bajo el reflejo del sol. En el horizonte, donde el cielo muy azul ofrecía un contraste notable, un carguero en lastre inclinaba su rumbo hacia el norte. El doctor se sentó en un butacón que los demás habían esquivado. El esqueleto metálico se asomaba sobre las roturas de la gruesa tela. Los demás esperaron una queja, una expresión de incomodidad, pero él los defraudó.

—Esta tranquilidad vale cualquier sacrificio. En la ciudad el calor se puede aliviar en un buen hotel si no salimos de la habitación acondicionada, pero afuera está el ruido, el humo, la gente... la gente —recalcó. Después, revisó los objetos que descansaban sobre la mesita y tomó algunos en su mano. Eran botellas de wiski y gingerale, cigarrillos rubios, goma de mascar y revistas pornográficas; eran tres, de brillantes colores, norteamericanas. Las envolvió en forma de rollo y se las alcanzó a Rudi.

—Toma, y ten presente que entre nosotros hay una dama.

—¿Qué noticias nos traes? —preguntó la muchacha tratando de aliviar la tensión...

El doctor estiró las piernas y recostó la nuca. Habló con lentitud. Con un tono cavernoso. Pronunciando cuidadosamente cada palabra.

—Todo está marchando conforme a lo proyectado. Pronto, muy pronto, desencadenaremos los hechos. Golpearemos de manera contundente... una vez tras otra. Con precisión y coraje. Desataremos el pánico entre los que ingenuamente piensan que ya el juego terminó.

Frank dejó a un lado la guitarra y le preguntó:

—¿Por dónde empezaremos?

Sin mirar al muchacho, el doctor pareció buscar cuidadosamente cada palabra de su respuesta:

—Primero la proposición de Rudi. Eso nos probará, nos sacudirá los inútiles escrúpulos y nos dejará como desnudos ante la verdad... Ya cuando nuestras manos huelan a pólvora nada nos parecerá difícil. El propio Rudi seleccionará la mano ejecutora.

Rudi movió el mentón indicando:

—Va Frank... pero yo lo ayudaré. Cazar una pieza así no es fácil.

—Después —continuó el doctor— veremos la ocasión para abordar al almirante de Sussy. Lo sé bien, porque he vivido lo suficiente como para comprobarlo: cada hombre tiene su precio.

Lo dijo, tratando de imprimirle a sus palabras un acento especial, un signo de rigurosa certidumbre. Habló observando con disimulo la impresión que dejaba en los otros. Terminó la frase mirando fijamente a Cecilio:

—La flaqueza humana... quien no se deslumbra ante el oro se deslumbra ante el vidrio, pero cada hombre tiene su precio...

No dijo qué iba a hacer Cecilio en esta primera etapa, pero mencionó la necesidad de que todos se mantuvieran listos para emprender nuevas iniciativas. Hizo exagerados halagos a la entusiasmada muchacha.

—Es nuestro oasis.

Sussy depositó en el doctor una mirada contaminada de simpatía. Él se la devolvió extendida a toda su existencia material.

Él zafó otro botón de la camisa. Sí, había calor. Sussy tenía gotas de sudor resbalándole por la piel, sobre el buen maquillaje de las mejillas, sobre la frente, por los cauces rosados bajo el crucifijo, y que le teñían de marrón la ajustada bikini roja.

Todavía no era un hombre viejo el doctor. Tenía cierto aspecto de aristócrata. Realmente había sido, era, un ilustre burgués. ¿Qué hacía allí? Justamente defendiendo una clase junto a los plebeyos que se creían sumados a sus propios intereses.

Era un sacrificio necesario que había dejado una secuela en sus nervios. Ahora no está en su chaise-longue apurando copas. Ahora, desde el fondo de un butacón desvencijado estiraba el cuello, aparentemente para aliviarse del calor; en realidad cautivo de un tic nervioso escapado de su quebrantada estabilidad síquica...

—No hallo cohesión en los proyectos —comentó Frank—, parecen palos a ciegas.

Rudi defendió su proposición:

—¿Palos a ciegas? ¿Sabes a quién vamos a eliminar? No, no lo sabes... compartimentación... vaya la compartimentación a la mierda. El que se equivoque aquí no hace el cuento. Te lo voy a decir... vamos a mandar al infierno a un verdugo de la inquisición: a un fiscal comunista... ¡Qué golpe

de efecto! El hombre que mandó a Leslie para el paredón. ¿Te acuerdas de Leslie? A él y a otros, ahora le vamos a pasar la cuenta...

Leslie, un hombre de la CIA... un hombre de guerra... un hombre de iniciativa... En unos de sus últimos mensajes —al centro solicitaba autorización para dinamitar una escuela... una escuela primaria...

—¿Y no podemos evitarnos los hechos de sangre?, digo, por lo menos al principio, hasta que seamos fuertes.

Ahora el disidente había sido Cecilio. Hubo silencio. Sus ojillos se movieron bajo las cejas hirsutas buscando el parecer de los demás. Primero fue el doctor:

—No estamos aquí para jugar. Resulta dramático, sí, pero la sangre que le ahorremos a esa gente será remplazada con la nuestra. Ahora sobran los escrúpulos, Cecilio.

—No son los escrúpulos —casi gritó Rudi, mirándolo agresivamente—, se trata de otra cosa. Si tienes miedo, si no te conviene, te largas mañana mismo; te largas y le dices a tu padrino que te busque un trabajo, más suave.

Cecilio se le abalanzó. Rodaron por el suelo hasta que un lance de judo dejó inmóvil a Cecilio, pegado contra el suelo, y los demás, apelando a la cordura y a la discreción, lograron separarlos. Por fin se aquietaron los ánimos.

Sussy había sintonizado música a todo volumen. Al final de un chachachá, irrumpieron consignas revolucionarias y el doctor se apresuró a disiparlas con un gesto brusco sobre el botón.

—Así que con cuota pero sin amo... con OEA o sin OEA... —Y rio junto a Sussy...

—Sin azúcar no hay país... es cuestión de razonar simplemente. ¿Qué va a hacer esta islita solitaria cuando los americanos no le compren su azúcar? ¿Qué va a hacer privada del abastecimiento de petróleo? ¿Qué va a ocurrir si le suprimen sus relaciones mercantiles básicas? ¿A dónde va a ir si la aíslan del resto de América? ¿Si la cuarentenan? ¿Qué podría hacer este gobierno de barbudos ignorantes frente a la OEA, la SIP, la Junta Interamericana de Defensa, la CIA? Sólo hay dos caminos: la asfixia o la rendición.

—¿Y los rusos?

El doctor miró a Frank de arriba abajo:

—¿Los rusos? Ellos tratarán... están tratando de meter sus manos, pero no, la ecuación no es tan simple. Existen otros aspectos más complejos, existe la geopolítica. El criterio regional que prevalece de ella no consiente el asentamiento del comunismo en estas latitudes: es imposible. Además, militarmente no hay probabilidades logísticas. Sería un desastre para ellos, y en lo económico, si se destruye una estructura hay que levantar otra. ¿Y mientras? ¿Es costeable? ¿Es rentable? ¿Y después? Ellos no pueden mantener aquí una vida artificial; ellos tienen sus problemas allá y saben que ésta es la parte del pastel que corresponde a los americanos.

—¿Y si el pueblo se deja llevar por la propaganda? ¿No has visto como empiezan a florecer los comunistas?

—No llares comunista a todo el que veas con un panfleto bajo el brazo. Ellos gastan toneladas de papel, pero la gente no se fiará de sus quimeras de igualdad. Los jóvenes inmaduros, quizás al principio, se dejen arrastrar por el entusiasmo y la anarquía; buscarán lo nuevo, lo que resulte totalmente distinto... y después se cansarán y volverán al quehacer de sus padres y de sus abuelos; éste es un pueblo muy educado en el libre albedrío. Batista fue sólo una nube que ya pasó, y en última instancia... bueno, en última instancia una bandera roja no duraría veinticuatro horas sobre una casa de gobierno de este hemisferio, porque si aquí caemos en ese precipicio los americanos intervendrían sin miramientos...

La muchacha invitó a un chapuzón.

—Corramos —dijo—, vamos a quitamos la calentura dentro del Caribe...

RUDI:

MODÉRATE.

EVITA CUANTO PUEDAS LAS CONTRADICCIONES. DECIDE Y OBRA DE MANERA CONVENIENTE PARA TODOS.

RESPONDES PROVISIONALMENTE A ELLOS, PERO NO LIQUIDAS LOS COMPROMISOS DE LA "FAMILIA". TU GENTE ANDA BIEN. TU MUJER PREGUNTA POR TU REGRESO Y NO CREE EL CUENTO DE LA NUEVA COMPAÑÍA DE BUQUES. LE DI LOS \$2000.00 QUE NOS INDICASTE.

LO DE LOS DÓLARES ESTÁ BIEN, PERO NO MEZCLES ESTE ASUNTO CON TU RESPONSABILIDAD... ¿ENTIENDES?

RESPECTO A SI DEBES FIARTE DE NUESTRO ANTIGUO BARMAN, ESO SERÍA ASUNTO NUESTRO PARA LO CONCERNIENTE A NUESTROS NEGOCIOS. SI SE TRATA DE "LO OTRO" DECIDEN ELLOS Y DEBÍAN DE CONSULTAR A LANGLEY. SI LO HACEN ME

COMUNICAS EL RESULTADO PARA SABER SI NOS PUEDE SERVIR. PERSONALMENTE NO TE RECOMIENDO CONFIANZA EN ÉL.

CUÍDATE EL PELLEJO.

EL ASUNTO DE LOS RESCATES CLANDESTINOS TIENE BUENAS PERSPECTIVAS, PERO NO NOS INTERESAN. RECHAZA LA PROPUESTA SIN ELIMINAR LAS POSIBILIDADES. PIENSO QUE SERÍA IDEAL PARA UN EVENTUAL TRASIEGO DE DROGAS.

EL ASUNTO DE PIETRO SE LIQUIDÓ. FINALMENTE SE DOBLEGÓ CUANDO LE PROMETIMOS UNA RAZZIA. SOLTÓ LO QUE TENÍA. NOS DIO LOS NOMBRES DE DOS CUBANOS QUE LLEGAREN AQUÍ HACE POCO Y SON APTOS... Y NOS DIO PARTICIPACIÓN.

TODO LO QUE ELLOS TE PLANTEEN Y QUE TENGA POSIBILIDADES EQUIVALENTES PARA NOSOTROS ACÉPTALO Y COMUNÍCAMELO.

ESTE CONTACTO VOLVERÁ A VERTE DENTRO DE TREINTA DÍAS.

CHAO, SALUDOS DE ALDO.

10

Bala perfumada

Ciudad Libertad.

4/II/60

“AÑO DE LA REFORMA AGRARIA”

SECRETO

Arch 5531-1/960

Ast: “Barlovento”

1. Cumplimentando órdenes de esa jefatura, el agente “Abel” en 3/II/60 23:30 **h** informó que su objetivo “Charlie” penetró a las 20:00 **h** al cine Rodi junto con otro sujeto cuyas señas son: aprox. 5'8 y 145 lbs, unos 20-22 años, pero de pelo canoso, y con una cicatriz en la mejilla izquierda que le llega hasta la boca.

Este ciudadano vestía pantalón azul de mezclilla con los bajos anchos de otro azul más claro, **pull-over** amarillo a rayas y botas de vaquero.

En el Rodi estaban exhibiendo el filme **La historia del FBI** (USA) y en un momento de la función, precisamente cuando aparecía en la pantalla un muchacho que mientras se cuadraba y saludaba militarmente decía: “Acabo de ingresar en la Infantería de Marina de los Estados Unidos de América”, y teniendo esta escena como fondo musical las notas del himno de los marines, un grupo donde estaba ubicado el sujeto, a unas cinco filas delante de ellos, comenzaron a aplaudir, produciéndose un desorden al sentirse ofendidos los otros espectadores. Entonces, un obrero del cine procedió a poner en esos momentos el disco de nuestro Himno Nacional, haciendo poner de pie a todos los presentes, y una vez terminado, algunos se intercambiaron palabras, y Charlie y su acompañante salieron apresuradamente del lugar; pero esta vez iba junto a ellos un individuo de más de cuarenta años, encorvado, de aspecto

endeble y algún aire de afeminado, vistiendo totalmente de negro y usando un paraguas viejo como bastón. Este hombre parecía indignado y comentaba que era una falta de respeto usar nuestro Himno para liquidar una algarabía. Siempre intranquilos y mirando hacia todas partes, los tres tomaron calle abajo hasta la esquina donde los recogió un auto de alquiler con la siguiente matrícula...

Después del sonido intermitente, Hernández puso a un lado el informe que leía, colocó su pipa apagada sobre éste y tomó el teléfono:

—¡Ordene!

“¿Quinta y Catorce?”

—Aja...

“Quiero reportar un hallazgo interesante...”

—¿Quién me habla?

“Yo también quiero saber quién me habla.”

—Así no nos vamos a entender...

“Mire, quiero hablar con Hernández o con Vidueiro... quiero reportar un hallazgo interesante.”

—Está bien, está bien... habla Hernández, ¿quién tú eres?

“Soy el marinero de la lancha que utilizaron ustedes ayer... ¿recuerda?... en la bahía...”

—Recuerdo, ¿qué sucede?

“Después que ustedes se fueron... ya por la noche... en la avenida del Puerto encontré algunas balas... son calibre 45, pero no son unas balas cualesquiera...”

—¿Ah, no?

“No, primero, porque están manufacturadas este año y son norteamericanas; segundo, porque tienen como un perfume...”

—¡Balas perfumadas!

“Así mismo, perfumadas... y yo pensé...”

—¿No se lo comunicó a su jefe?

“Se lo comuniqué, compañero.”

—Entonces... ¿por qué no espera que tome las medidas adecuadas?

“El alférez no me hizo caso... me dijo que si yo leía muchas novelitas policíacas... ¿comprende?”

—Comprendo...

“Entonces yo pensé... bueno, y si estas balas estaban dentro de alguna mercancía, alguna materia prima de productos de belleza, no sé... la aduana, los almacenes están cerca... y si la contrarrevolución está pasando armas, parque... ¿comprende? Pero mi jefe se rio de...”

—Comprendo... tú mismo escribe un informe y tráelo aquí.

“Ahora mismo.”

—No, ahora no... mañana.

“Mañana temprano, está bien...”

Hernández colgó el teléfono y exteriorizó un gesto de alivio. Recogió su pipa y la colmó de picadura. Vidueiro lo observaba como esperando un comentario, y ante el silencio sostenido del jefe, preguntó:

—¿No era bueno el hallazgo, eh?

—Probablemente no... o sí. Contó algo original: algunas balas de 45 nuevas y ¡perfumadas!... norteamericanas...

—¡Buen observador!

—Bueno... dice que su jefe el alférez no le hizo el menor caso.

—¿Y usted?

El jefe movió la cabeza sonriente. Él comprendió enseguida lo que pasaba por la mente de su subordinado.

—Sé lo que estás pensando ahora mismo —le dijo.

—Adivina...

—No, intuyo... mentalmente me reprochabas mi in-diferencia ante esta llamada y pensabas: “reacciona como el alférez...” y venían a tu mente las recomendaciones del oficio... y la frase nunca poco reiterada de que todo tiene importancia, cualquier detalle por insignificante que nos parezca. Tenemos que analizar todas las posibilidades. Debemos saber escuchar a todos, preguntarlo todo, tomar notas y después estar al tanto del sesgo que van tomando las cosas. Eso es, Vidueiro, lo que reiteradamente recomendamos... y algún día tendrá que ser cotidiano; pero ahora debemos

también tener en cuenta circunstancias transitorias. Se presentan muchos problemas y debemos priorizar. ¿Ves estos papeles? Eran indicios claros, sólo había que salir a investigar, seguir un proceso seguro. Pero situaciones como la de esa balita, que puede o no puede resultar no nos podemos sumergir en un mar de suposiciones.

Vidueiro asintió con un gesto, con un suspiro, sin embargo:

—Este pueblo padeció durante muchos años una tremenda sed de justicia, y ahora la busca afanosamente en todas partes, hasta en las pequeñeces. Todos quieren indicarnos dónde debemos tocar. Ellos tenían que comprar delatores, y ni así. A nosotros nos invaden los... ¿cómo llamarlos?; ¿colaboradores? Ni siquiera colaboradores... porque ellos se sienten como nosotros mismos, somos los mismos...

—Sí que teníamos sed de justicia, Vidueiro, por eso tú cogiste un día el monte, por eso yo viví escondido en la ciudad, perseguido; por eso murieron asesinados muchos compañeros... pero ¿qué hace precisamente un desesperado sediento al que le alcanzan finalmente un porrón?... Sencillamente lo alza sobre su cara y bebe bañándose bajo el chorro. No le interesa que el porrón se vacíe y después vuelva a padecer de sed. Nosotros no nos vamos a desesperar. La justicia tendrá que llegar a todas partes... trabajaremos y esperaremos... incluso cabe la posibilidad de que sobre ese cúmulo de trabajo el enemigo intente poner en circulación rumores, pistas falsas, para confundirnos y para desviarnos de nuestros verdaderos objetivos. ¡No lo digo por el muchacho que llamó, que conste!

—Comprendo... pero en la guerra, en el monte, cada ruido del bosque era importante para nosotros...

—Pero cuando estaban frente al enemigo y sus ruidos mortales no se dedicaban a escuchar otras cosas, ¿verdad?

—Yo creo que está bien lo que tu dices, pero que además debemos ocupar algún tiempo en estas pequeñeces...

—Eso ya es otra cosa. Algún tiempo... quizás. Mira, mañana voy a llamar al muchacho, tal vez le dé alguna instrucción para que él mismo despeje el misterio de su balita perfumada. Creo que ésa es una solución.

Miró la esfera de su reloj y bostezó. Eran las tres de la madrugada. Vidueiro bostezó también. Comentaron que era contagioso. Se ajustaron las

pistolas en la cintura y salieron al pasillo. Allí el centinela se cuadró.

—Mañana continuaremos...

—¿Mañana —preguntó Vidueiro sonriente— ¿Es que tenemos libre el día de hoy?

Tres horas después volverían a la lectura del informe...

11

Rudi

Rudi libró sus pies de las pesadas botas. Estaban enfangadas de arcilla colorada. Y él, empapado... Empezó a acariciarse los pies, a frotárselos. De esta manera pretendía encontrar algún alivio a su cansancio. Después encendió un cigarro que casi se le deshizo entre los dedos mojados. El doctor trató de consolarlo. Le habló de la irremediable sucesión de las estaciones:

—Octubre... ¡todo lo pudre!

Pero Rudi, enojado, descargó su inconformidad sobre otros cauces:

—Por segunda vez no pudimos hacer la práctica de tiro. Primero, la semana pasada, esos desgraciados milicianos con sus fusiles de palo y hoy, para colmo, la lluvia. Oye, aquello se convirtió en un pantano.

En un pantano... el doctor trató de hallar en las pupilas de Rudi la imagen de un pantano... en un pantano de Corea, o de Cuba, o de cualquier parte. Quizás Rudi no estaba tan enojado. Era su rostro desvirtuado por el gesto de amargura involuntaria que le impone la huella profunda de una herida en forma de cuarto menguante, que le cruza la mejilla izquierda hasta la comisura de los labios.

“Un recuerdo de Corea”, “una esquirla de obús”, eso explica a los que le preguntan.

Y cuando va a sonreír, le sale ese gesto incontrolable de amargura. En la postguerra cargó con eso y con un sobrenombre muy en boga entonces: **el Coreano**.

Los niños y las muchachas de su barrio, mestizos lugareños del más profundo rincón californiano, lo creían un héroe fantástico, dueño y señor de quién sabe qué tesoro de aventuras. Ellos soñaban con sus hazañas y con gusto lo hubieran llevado en la solapa, como a los personajes de los **cómics** en los sellitos que venían confundidos dentro de las cajas de cereales.

Cuando se disipó la emoción algunos llegaron a dudar incluso del obús. No había medallas en su pecho. Sólo quedó la cicatriz...

Mientras llovía afuera, Rudi continuó con sus amargas recriminaciones.

—La lluvia, los milicianos, todas estas calamidades y otras peores las hubiera podido evitar Batista cuando lo tenía todo; cuando tenía las armas, los soldados, los tanques, el dinero y el apoyo incondicional de un poderoso y fiel amigo...

El doctor sintió un pequeño sobresalto ante la invocación del sátrapa.

—Lo tenían todo, ¡todo! Hasta la última cantimplora, pero dejaron que los sacaran a puntapiés, y huyeron como perros cobardes. De perseguidores se convirtieron en perseguidos, de chacales en presas. Y después vino esto... merecido, desde un punto de vista, porque muchos se alegraron.

—¿Y quién no se alegró en los primeros días, Rudi? ¿Quién no dijo “Gracias, Fidel”?

—¿Gracias de qué? Ahora estaríamos en paz haciendo lo que estábamos haciendo.

—Lo que estábamos haciendo... cuánto hemos cambiado... ¿Puede saber qué hacías tú?

—Vivir... Y yo le llamo vivir a que no me falte nada. Yo vivía en el Rosita de Hornedo cuando estaba en Cuba. Una habitación con terraza hacia el océano, aire acondicionado, olor a limpio, a nuevo. Me llamaban sobre las once de la mañana, iba a nadar a la piscina y después al bar. Pasado el mediodía y el baño, un almuerzo exquisito. La tarde era para las amigas, o para tomar con algún amigo, o salir de paseo, o dormir. Una buena merienda y sobre las siete me recogía Eddy. Entonces salíamos a trabajar en su auto. Íbamos a las casas de juego, a los cabarets... era la recaudación...

—¿Cuánto ganabas?

—¡Ja! No te pudiera decir, pues yo nunca lo supe. Mi jefe, Eddy, era un verdadero excéntrico. Llevábamos el dinero en sacos; los billetes, en sacos de **US Mail**; sin orden, billetes de a uno, de a diez, de a cinco, de a veinte... y cuando terminábamos en la madrugada me decía: “Cobra”... y cobrar era meter la mano, una sola mano en el saco... y ese puñado era mi salario del día. ¿Veinte?, ¿ochenta?, ¿cien? No sé. A mí me sobraba.

—¡Vaya finanzas!

—Yo también lo gastaba a puñados, y tenía mi harén. Los dólares sí los separaba, los guardaba para gastarlos en el Norte... el Norte... quizás...

—Quizás mañana, después que digamos “Gracias, americano”, nos volvamos a arrepentir y volvamos al mismo lugar; quizás estamos alucinados igual que el año pasado ante los barbudos que veíamos bajar como reyes magos desde las montañas.

—No. Yo no estoy alucinado. Ni lo estuve jamás. Nunca dije gracias.

—Yo tampoco, pero hubo un momento de euforia.

—Y de éxodo.

—De huida cobarde mientras que nosotros y los americanos les sacamos las castañas del fuego. Mañana vendrán por su lasca a pedir lo que les quitaron y también lo que no les quitaron.

—Bueno, doctor, el éxodo de los primeros días estuvo justificado. Usted lo sabe bien. Después huyeron los cobardes, pero el gran culpable es Batista, no le quepa duda. Regateó con los americanos la salvación de Cuba... parece que le faltaba “de aquello” al hombre fuerte...

—Seguramente pensó que mejor era disfrutar de una vejez tranquila, a la sombra de un cómodo exilio, mientras que los demás nos las arreglábamos como podíamos. Y así, algunos de sus más fieles sirvientes terminaron en el paredón.

—Yo siempre me pregunto: ¿por qué menospreciaron el problema de la Sierra? ¿Por qué se le dejó crecer? No era un juego; debieron cortar por lo sano...

—La Sierra no se dejó crecer, sino que creció a pesar de todo.

—No se hizo todo lo que se podía, ¡me consta! Tengo amigos que vinieron con proyectos muy definidos, con soluciones. Ellos fueron menospreciados.

—¡Qué bien informados estamos!

—Eran mis amigos, trabajaban apoyándose en mí. Yo los acomodaba en los hoteles, les ofrecía facilidades, protección. Uno de ellos, Dick, llegó a decirle:

«Mire, General, usted debe actuar con urgencia, decididamente, y si la guerra irregular le dificulta tomar la ofensiva, usted debe ponerse al nivel de esas condiciones y aplicar métodos más efectivos...»

—Dice mi amigo que notó engreimiento y molestia en la mirada ladina de Batista, pero que insistió. Él debía cumplimentar su misión y continuó expresándole sus criterios, todavía con más ahínco, para ver si impactaba su arrogancia, y le dijo que...

«Usted tiene que aterrorizar al enemigo, acorralarlo, arrinconarlo o él terminará por arrinconarlo a usted. Ésos son los requerimientos de la guerra irregular. Ésa es la experiencia acumulada por todos los buenos soldados antiguerrilleros, sean franceses contra árabes o americanos contra japoneses... Ésos son los objetivos básicos de la lucha, matar a los rebeldes, matar a los rehenes, mutilarlos, quemarlos con fosfato y con napalm, todos los días y todas las noches; llenar de heridos sus hospitales de campaña y después sabotear o bombardear esos hospitales, golpear a los forajidos, torturarlos. No como hacen sus policías en la ciudad, a escondidas, no. Que la gente lo sepa con claridad... arrastrarlos por las calles de los pueblos, atarlos sobre el techo de los jeeps, matarlos y dejarlos colgados en los lugares más públicos o frente a las puertas de sus propias viviendas. Tienen que agarrar a los líderes y crucificarlos, clavarlos allí en las puertas de sus hogares. Tienen que envenenar los suministros que van a la Sierra y enviar espías; es jugar sucio, pero ésa es la ley de las guerras irregulares...»

—Mi amigo Dick también sacaba conclusiones económicas. Él decía que solamente una veintena de comandos especializados podía dar cuenta de trescientos o cuatrocientos rebeldes en sólo tres semanas. El gobierno tenía paracaidistas no muy bien entrenados, porque economizaban demasiado el coraje; pero en condiciones especiales se podían tirar, y los americanos ofrecían sus helicópteros. Ellos hicieron formalmente esa oferta, pero querían, lógicamente, una garantía de acción. Allí estaban los aparatos listos, sólo tenían que remover las insignias y pintar las cubanas... y los pilotos, Batista podía contratarlos, incluso en países donde iban a resultar más baratos. Se podía guardar mejor la apariencia nacional y, en fin, con un insignificante presupuesto se podía penetrar las líneas rebeldes para después golpearlas despiadadamente; desarticular toda su logística y desbaratar su moral...

—Pero huir era más cómodo.

Afuera seguía lloviendo.

—Y ahora nosotros pagamos.

—Yo, realmente, no considero que Batista haya escatimado muertes o torturas.

—Me parece que perdonó a demasiada gente, doctor. El doctor tendió sobre un banco su impermeable empapado. Paseándose por la habitación se arreglaba el traje humedecido, se peinaba...

—Ventura y Laurent se sentirían ofendidos con tus palabras.

—Tal vez... pero sólo hubo un Ventura y un Laurent. Por eso fueron célebres, ¿no? Y en la montaña, igual... con un Sosa y un Sánchez Mosquera no podían ganar la guerra. El asunto no era liquidar a un par de sospechosos cada noche; se precisaba algo más: el exterminio sin escape para nadie, con su margen de inocentes incluso, en la Sierra y en el llano. Eso es lo que convence... un callejón sin salida... la muerte... ¡Miren que perder una guerrita así, apoyados por los americanos!

El doctor no pudo evitar un recuerdo involuntario: la imagen de Corea en 1952. Y respondió:

—Miren que perder una guerrita así...

Rudi terminó de secarse los pies y tomó un periódico con la intención de cambiar el tema de la conversación.

—¿Qué noticias nos traen los periodistas hoy?

—Dicen que Washington va a suspender las importaciones de azúcar cubano.

—¡Por fin!

—Y hay un alboroto en Inglaterra; la reina está muy preocupada por el problema de la refinería Shell.

—¡Bueno!

—La OEA se reúne...

—Ajá...

—Miró Cardona fue destituido...

—Jmmm...

Rudi no siguió leyendo titulares, ya que las noticias restantes no añadían justificación a sus anhelos optimistas. Esas noticias, que eran las respuestas contundentes a las primeras, anunciaban la confiscación de las propiedades de Viriato Gutiérrez y de otras figuras igualmente conocidas en el mundo de

los siquitrillados; anunciaban la llegada de los buques “rusos” con petróleo “ruso”; el juicio del espía aéreo Powers en Moscú; la guerra de Argelia; el entusiasmo creciente del pueblo...

Dobló el periódico y lo tiró sobre el banco... El doctor miraba fijamente hacia la ventana golpeada por el chubasco. Llovía con fuerza y un torrente de agua se agitaba por las calles arrastrando las hojas de los árboles y las basuras...

12

Cecilio

Cecilio lanzó los caracoles sobre la mesita, después de las invocaciones necesarias. Los caracoles brincaron ruidosamente sobre la madera... contó las aberturas y los recogió... la traducción vino después de una mirada al techo... Frente a él, la muchacha apretaba las manos. Cecilio volvió a lanzar los caracoles, que rodaron otra vez sobre el gastado pulimento de la mesita y leyó:

—¡Abre esa mano!... ¡ajá, caraj!

La muchacha estaba pensativa pero no parecía impresionada. Los caracoles traían buenas noticias; eran buenos los refranes lucumíes. La mano abierta enseñaba un iró... haría falta una ofrenda y no un sacrificio; dar gracias y no aplacar la ira...

—¿Y cómo se le dan gracias al santo?

Cecilio sonrió y esperó en acecho, calculando el momento para pedir su recompensa.

Pero ella halló una evasiva:

—¡Ah! ¡Ya sé! Te pagaré con la misma moneda...

—¿Con la misma moneda?

—Sí... ¿No sabías que soy sibila? Tú me hablaste con los caracoles y yo te voy hablar con los naipes...

Buscó en la mesita, bajo la mirada decepcionada de Cecilio.

—Aquí están: unas barajas ordinarias. Huelen a sudor. ¡Por cuántas manos habrán pasado! Pero sirven porque el arte es fácil. Ayúdame, o mejor no, mejor que sea yo... así saco los números dos, tres, cuatro y cinco, a ver... ajá... quedan treinta y dos naipes. En las combinaciones se complican las ideas, se forman los vaticinios. Corta ahí... ajá... ¡as de bastos! El as es siempre de alto rango. Noticias halagüeñas venideras; quizás algún dinero; algún acontecimiento feliz... huy, ¡más felicidad!, zota de bastos... y rey de

copas... alegría... pero... ésta es una persona en la cual tú has puesto tus ojos... ¿Ves? Al lado del seis de copa...

—¿Qué es eso?

—Que esta persona es optimista. Le desagradan las cosas lúgubres... y éste parece un enemigo pequeño...

—No hay enemigo pequeño.

—No sé... lo dicen estas barajas...

—¿Qué más?

—No más... —Apiló los naipes y se alisó los cabellos. Después se levantó y caminó pausadamente hacia el portal. Él la siguió.

—¿Te acompaño?

—No, recuerda que somos conspiradores... de esta casa, uno a uno...

—Pero es muy tarde... voló el tiempo.

—No importa. Mira, ahora tendrás compañía. Ese auto que tomó el camino debe ser el de Rudi.

—Buena compañía voy a tener: un enemigo pequeño.

—Es un buen muchacho.

—Yo sé que él no piensa lo mejor de mí... y es injusto.

—¿Y tú de él?

Lamentó haber sido explícito con ella. La mujer, ese bello animal de largos cabellos y cortas ideas, quién sabe adónde nos puede llevar... La vio perderse en la penumbra. Su auto se cruzó a la entrada con el de Rudi; se saludaron con varios cambios de luces.

El muchacho frenó sobre la arena y caminó aprisa hacia la vivienda. Cecilio le cedió el paso en la puerta; fue directo hacia la habitación. Miró la cama destendida, las botellas, los naipes, los caracoles... Cuando se volvió, Cecilio interrumpía el paso por la puerta...

—No es lo que piensas...

—No me importa. Para acostarme con una mujer sé a dónde tengo que ir. Allá tú y el doctor...

—Qué va... perdí todo mi tiempo. Sólo se dejó manosear...

—Ya vendrá lo otro... pero a mí no me interesa.

Volvieron a la sala. Cecilio se recostó a la ventana y sin mirar al otro comenzó a hablar despacio:

—Lo del otro día... he pensado que no debe repetirse.

—Deja eso.

—No, así no se arreglan los problemas. Sólo somos cuatro gatos que luchan por sobrevivir. Yo sé que en tu mente existe una predisposición... hablemos claro...

—¿Tú quieres hablar en plata, verdá? Te voy a complacer. Un hombre puede tener muchas virtudes y muchos defectos; pero hay algunos que solos se bastan para definirlo. Hasta que tú no recibas un bautismo de fuego; hasta que tú no dispares un arma y veas saltar los sesos de un comunista, yo no me fiaré de tu hombría. Después de esa prueba, únicamente después de esa prueba, yo borraría de mi mente las sospechas que han estado rondándome... tú sabes de qué hablo... ¿Quién entregó a Leslie? ¿Quién sabía en qué casa estaba la noche cuando lo fueron a buscar? Nuestros jefes... y tú... ¿Quién te lo dijo a ti? ¿Dónde se rompió la compartimentación?

—Él mismo la rompió, Rudi. Ya lo he dicho mil veces y no puedo saber a cuántos más les dije lo mismo. Ésa es una acusación falsa, un mal entendido y yo creía que ya se había resuelto, que nadie más me iba a sacar en cara...

—Te dije que te iba a hablar en plata, ¿no? Por ti responde Joe, pero por mi vida respondo yo, y el que esté conmigo tiene que estar probado. Primero va Frank y después tú... Frank va a matar a un comunista, y después tú, ¿entiendes?

—Tú no eres el jefe; no me puedes obligar...

Rudi pensó decirle muchas cosas, pero contó hasta diez... Se sintió frenado por las recomendaciones de Aldo y por la certeza de que realmente él no era el jefe ni podría obligarlo formalmente. Al mismo tiempo, una pregunta castigaba su conciencia: ¿y si en realidad Cecilio es un traidor...? ¿Por qué está en el grupo si no es capaz de disparar contra un enemigo?

—¿Por qué estás en el grupo si no eres capaz de disparar contra un enemigo?

Ahora Cecilio era quien contaba hasta diez... la experiencia que tenía acumulada le enseñaba que muchas ideas que no se callan, más tarde se vuelven como un boomerang. Sin embargo, ¿de dónde sacar argumentos contundentes? Seguramente debía hacer concesiones, y las hizo. Lo que le dijo aquella noche a Rudi solamente estaba en su expediente secreto de la

Agencia y muy pocas personas tenían derecho a saberlo. Organizó sus ideas lo más pronto que pudo y dijo:

—Estoy aquí por muchas razones. En primer lugar, porque éste es el bando en que me encuentro bien, y me encuentro bien porque, recibo todo el dinero que necesito para vivir y porque tengo asegurado un regreso a Estados Unidos. Y allí pensé vivir desde hace muchos años. Si yo hubiera vivido en los tiempos de la Guerra de Independencia, hubiera sido anexionista. Cuando la Segunda Guerra Mundial... cuando eso, yo... el FBI solicitó mis servicios y dije “sí”. Mis servicios no eran matar gente... no, yo no maté nunca a nadie. Yo era un espía, y el FBI me enseñó a trabajar. La policía cubana jamás adivinó que yo era un agente de los americanos. Quizás los grandes jefes sí; no sé. El caso es que trabajé bien. Después que terminó la guerra y sin liquidar mis relaciones con el FBI, entré en negocios grandes con los americanos. Era contrabando. Yo no sé si llamarle contrabando o mejor “libre comercio”, porque con dinero comprábamos a las autoridades... Después, en la segunda etapa de Batista, en 1952 y en adelante, mis responsabilidades como espía aumentaron. Últimamente ya no estaba enrolado en el FBI, sino en la CIA y la última misión que recibí fue la de apoyar al grupo de Sánchez Arango en la lucha contra Batista... en 1959, bueno, ya se sabe... sobreviví hasta abril... lo que viene después, tú lo sabes. Nunca disparé un tiro, ni siquiera usé las armas que me entregaron; prefería enterrarlas. Y no soy un cobarde. Podría estar al frente de un modesto negocio allá, esperando la vejez, tranquilo; pero estoy aquí, con ustedes... y parece que tengo que unir a los riesgos del enemigo, también amenazas de mis compañeros...

La versión de Cecilio no coincidía plenamente con la realidad. Ni siquiera con los papeles de su expediente. Había un desajuste mental en sus pensamientos, un recurso evasivo, cierta cobardía y a veces inventaba una situación y la situaba en el lugar de una verdad susceptible de parecer mentira.

Pero Rudi no tenía en sus manos elementos para hacer correcciones. Él también guardaba sus cartas, le diría que estaba bien, que confiaría en sus palabras... cualquier cosa... y abriría más los ojos respecto a él. En caso de comprobar una traición, podría ajusticiarlo y huir. Para eso no tenía que contar con la Agencia ni con Aldo.

Cuando esta conversación tenía lugar una noche en La Habana, casi a la misma hora, en Langley, el agente conocido por Larry entregaba al grupo de acciones encubiertas de la CIA un análisis de las fotos entregadas por Cecilio. Los negativos habían sido tratados cuidadosamente y se habían sacado ampliaciones de cada uno. Las copias logradas eran nítidas y de un contenido pictórico que demostraba el sentido profesional del fotógrafo, pero...

—Hay cierta decepcionante pobreza desde el punto de vista inteligencia...

Joe tomó una de las fotos y la observó detenidamente. Sobre sus hombros, Larry señaló:

—¿Ve? Se dice que ésta es una unidad militar... fotografía de la portada sin otro elemento que indique la ubicación ni siquiera en qué tipo de terreno está y así todas.

—¿Qué piensa usted de eso? —preguntó Joe.

—¿Se lo digo sinceramente?

—Se lo pido.

—Puede ser que no le hayamos dado a Cecilio un suficiente entrenamiento de espionaje, y puede ser que estas fotografías hayan sido tomadas para cumplir supuestamente una misión ocultando sus verdaderos objetivos...

—Quizás prevaleció su vanidad como profesional de la fotografía.

—No sé... creo que él nunca se dedicó tan enteramente a la fotografía. Además, ¿dónde metió su vanidad como profesional de la inteligencia?

—O tal vez actuó con negligencia...

—Sí puede ser. En fin de cuentas no es más que un **nigger** pretencioso, pero bien... Eso es asunto de ustedes. Mis criterios están en este análisis. Para cualquier valoración, termino diciendo que “en los aspectos dudosos, preferí ser conservador al juzgarlo”... Me retiro.

Cuando la puerta se cerró, Joe volvió a mirar las fotos y apretó los labios en un gesto de impotencia.

13

Sussy y los Medina

La idea fue del primo Cristián. Había terminado sus estudios de pintura y estaba ansioso por demostrar su habilidad y su iniciativa. Le propuso al tío:

—No tenemos por qué respetar los esmaltes heráldicos tradicionales. Podemos esbozar varios diseños; por ejemplo, me gusta mucho esta idea...

Tomó un carboncillo y dibujó.

—Los Medina, un león rojo con fondo de color dorado... lo separamos en un blasón, así... y los León... también lleva un león rojo, pero ahora el fondo es plateado. Lo encerramos en otro blasón y ambos, dentro del escudo de armas...

Sussy se tendió sobre su espalda y le preguntó hablándole al oído:

—¿Y qué color llevará el fondo de todo el escudo?

Y el primo, que siempre tartamudeaba al sentir aquel roce carnal de su familia:

—E... el... color... se... sería el rojo... porque... lo... los Medina son... la ca... cabeza de familia... ¿no?

Y desde entonces está ahí el pergamino enmarcado en oro, sobre la apagada chimenea. Como estamos en invierno, lo adornan con flores de pascuas, plásticas.

El verdadero león rojo, inclinado sobre una biografía de Rommel, desatiende a las quejas de la leona, que despachó a la criada para hablar libremente.

El cachorro no está presente y es el objeto de las quejas. Por fin, el viejo león rojo no tiene otra salida que rugir:

—Eres, sencillamente extemporánea... Sussy es una muchacha moderna y nada más. Mejor ocúpate de cuidarte de esos nervios que te están conduciendo muy lejos...

La mujer se sintió muy ofendida. Habló entre sollozos...

—Cuando era una muchacha, me sentía llena de vida y de confianza. Dejaba a mis padres los grandes problemas y vivía; no pensaba en lo que podía considerarse un desequilibrio mental. Para mí los enfermos mentales eran sencillamente locos. De muy niña les temía, de adolescente me servían de tema para la burla y de adulta los ignoré. Cuando murió mamá me sentí como aquella persona que se refugia bajo un árbol de troncos muy fuertes y follaje copioso y que de pronto ve secarse y caerse de un golpe ese follaje. Cuando murió papá, entonces no tuve dónde asirme; nos casamos y renació la confianza. Pero la luna de miel también tiene fases, como la otra... y a medida que se acercaba al cuarto menguante, crecían los problemas. Tuvimos un solo hijo. Yo decía: cuando sea mayor, ella me dejará tiempo para jugar canasta; pero no fue así. Yo nunca le di tantos dolores de cabeza a mis padres. Tú estabas en tu mar sin que nadie te hablara de esos problemas, ni siquiera mis cartas... y la angustia crecía en mí. El médico decía: “los nervios”; las amigas: “caprichos”; los astrólogos se equivocaban; el siquiatra me vaciaba el bolso. Mi sufrimiento no es orgánico, es moral, y los que me rodean son cómplices suyos...

La paciencia del hombre mostraba signos de agotamiento. Cerró el libro y se dispuso a interrumpirla:

—¿Hasta dónde pretendes llegar nadando entre tus propias conmieraciones? ¿No ves que te haces daño? ¿No te lo ha dicho aún ese siquiatra tuyo? ¿Qué ha sucedido? ¡Nada! Absolutamente nada. Y tú despilfarras el sufrimiento. ¿Qué lágrimas vas a guardar para el día en que el destino te depare una verdadera desgracia? Si no sabes lo que te espera mañana, no te esfuerces en ser infeliz hoy. Si no tienes ahora suficiente motivos para sufrir, no crees tus propias desdichas artificiales. ¡Te lo juro: soy yo quien está perdiendo ya la razón y la paciencia...!

La mujer se mordió los labios mojados de lágrimas. Fue hacia las ventanas y corrió las cortinas. No quería testigos de esa polémica. Él también se preocupó y bajó el tono de la voz.

—Nuestra hija no es ninguna tonta. Ella sabe lo que hace. Conoce el bien y el mal... comprende...

—Pero, ¿cómo crees que puedo acostarme otra noche sin saber de ella? ¿Cómo puede una madre hacer eso? ¡Claro!, a ti qué te da. La madre siempre

es la madre. Bueno, pues yo no me quedaré cruzada de brazos. Tendré que hacer algo. Si no sales pronto a buscarla, saldré yo... o llamaré a la policía y tendrán que encontrarla en alguna parte. Y si le ocurrió algo, ¡Dios mío!

—Nada le ha ocurrido. Las noticias malas vienen a uno solas, no hay que salir a buscarlas. Y no se te ocurra llamar a la policía. No te puedes imaginar la vergüenza... La veríamos mañana en la crónica roja incitando conjeturas... ¿Sabes que sería un escándalo? No te atrevas... —Dejó definitivamente el libro y caminó hacia su habitación. Desde la puerta intentó otra vez inútilmente, calmar a la mujer—: Seguramente fue a jugar canasta a casa de alguna amiga. Después llovió y tal vez se quedó a dormir y después... bueno, después...

—Las he llamado a todas...

—Está bien, está bien... ahora me visto y salgo a buscarla.

—¿Por qué no voy contigo?

—No hace falta. Ella puede venir mientras la busco y...

—Pero ¿cuánto me vas hacer esperar?

—Espera aquí; la traeré... te lo prometo, pero no se te ocurra llamar a la policía ni hacer cualquier otra locura...

Era el último sábado de noviembre y poco después sería el último domingo. Sussy faltaba desde la mañana del viernes. Era la primera vez que lo hacía sin advertir. Pero el viejo Medina sabía adonde tenía que dirigirse para encontrarla. Sin embargo; torció el rumbo de su auto en sentido contrario, hacia el litoral oeste.

Mientras guiaba no podía evitar recriminarse, y revolviendo las ideas trató de comprender la liviandad de su progeñe...

“Qué complicada es la vida. De pronto se hizo mujer, casualmente en una época tan escabrosa. Siempre ocurre un divorcio entre las generaciones, pero ella... yo... Al principio la ganó el entusiasmo de la Revolución... no insistí en llamarla a la cordura... halló su primer amor... perdió su pureza... su madre ni siquiera lo sospecha... y perdió el entusiasmo, se desvaneció junto a ese primer amor, y volvió a nosotros... La creí más madura y le hablé de esto... quiso... me siguió... cuando se interesaron en el alférez ella lo conocía, se brindó... Pensé que era fácil comprar a un hombre, pero no; ellos que son los especialistas dicen que no es simplemente extenderles un

cheque... hay que buscar los puntos débiles, excitar el ego, usar el sexo... Ella se brindó... ya nada le importa... ya no cree ni en Dios ni en el diablo... dejó las muñecas y despertó plenamente a la vida... ya no está en nuestras manos, ya nada podemos hacer... Ahora, además de mi hija... es una del grupo... eso jamás lo comprendería la madre... Cuando todo esto pase las cosas volverán a su lugar.”

Subió por la ranfla de la gasolinera y pidió al muchacho un servicio completo. Adelantó la propina para garantizar la calidad del trabajo y se dirigió a la cabina telefónica. Allí, marcó el número de su casa. Mientras escuchaba el timbre, llenó de aire sus pulmones y sonrió.

—Querida... sí, soy yo... ¡claro!... no la molestes, está dormida en el auto con unas amigas. No, personalmente te explico... no, antes debo pasar por mi oficina. Allí tiene donde descansar, te lo aseguro. Sobre las cinco o las seis estaremos allá. Cálmate... adiós... —Después marcó otro número—. Paloma... sí, yo... ya lo sé... tú madre está insoportablemente desesperada... a las seis te recogeré... De eso hablamos después... suerte.

Nuevamente al volante parecía más calmado. Sonreía. Algo tarareaba cuando entró en el túnel... era una canción de sus años mozos.

14

Frank

—¿Todo está claro?

Frank asintió con un movimiento del rostro.

—Sí, okey —dijo Rudi, chasqueando sus dedos.

Medina vestía un abrigo con cuello de armiño que le daba cierta apariencia juvenil.

—El éxito dependerá de que cada cual cumpla su parte al pie de la letra. Cualquier mínima variación puede conducirnos a todos al fracaso. ¿No hay preguntas?

No hay preguntas. Todo está claro. Cada gesto ha sido previsto.

—¿Todo está claro?

Al parecer, todo está claro. Sólo hay que salir a cazar a la presa. Los halcones abren sus alas prestos a volar. La víctima, resultado de una cuidadosa selección, será un oficial rebelde, un barbudo de la Sierra. Lo propuso Rudi. “Para que pague por los que mandó al paredón.” Si se descartan los imponderables designios del destino, este oficial, confiado y sin prisa, agotado después de una larga jornada de trabajo, ensimismado en sus asuntos, pensando quizás en su mujer y en los niños que esperan arriba en un apartamento del segundo piso, o revisando en la mente los problemas que dejó sobre su mesa para resolver al día siguiente aparcará su Ford en un costado de la Quinta Avenida. Subirá los cristales de las ventanillas con el ritmo acostumbrado, demorándose en el de la derecha delantera que no funciona normalmente. Saldrá afuera después y cerrará la puerta. Mirará instintivamente hacia el balcón y se volverá para tomar el camino de la entrada. En esos momentos sus ojos se llevarán su última imagen de este mundo. Su cabeza quedará unos segundos encentrada en el punto de mira del francotirador. Un, dos, tres segundos en la antesala de la muerte. En uno de esos segundos, desde el lugar exacto y adecuado, Frank apretará el gatillo una

vez, dos, tres si es absolutamente necesario. El verdugo saldrá entonces de su escondite y huirá en su auto a lo largo de la Quinta Avenida, rumbo a la Universidad Católica de Villanueva. Entre aquellas bocacalles apartadas estará esperando Rudi para clausurar la operación que inauguraría con sangre y fuego un extenso programa agresivo encargado por la CIA.

Medina tendría que informar por la vía rápida el resultado.

En el Norte, los encargados de la subversión en Cuba esperaban este impacto más psicológico que operativo. Los hombres de la CIA pensaban comprobar la efectividad de aquel grupo. Sus aliados esperaban que después de este golpe resultaría mucho más fácil recabar el respaldo económico de la emigración apátrida.

Pero no estaba claro.

Hasta los oídos del viejo conspirador habían llegado los ecos de la desconfianza. Entonces había tomado una determinación “justa”: probarlos a todos. Frank se apostaría en el lugar elegido y Rudi esperaría en Villanueva; pero ninguno de ellos sabría de la presencia de otro miembro del grupo, Cecilio, que como un transeúnte corriente presenciara el atentado. En el futuro también él sería objeto de un contrachequeo.

—Entonces todo está claro... mejor... asunto liquidado... esta noche nos volvemos a ver. Si salió bien brindaremos por la muerte de ese rojillo. Hasta entonces... —Antes de llegar se volvió de nuevo—: Éste será nuestro bautismo de fuego: nos probaremos; sabremos qué somos. Existiremos a partir de esta acción. Ahora solamente somos ilusorios, ¿comprenden? Necesitábamos los hechos, hechos reales, irreversibles. Le diremos al mundo, a los compatriotas que esperan ansiosos una clarinada redentora, a nuestros aliados, que estamos aquí y actuamos. Y le diremos a nuestros enemigos que ya no podrán dormir tranquilos, que ya hemos llevado el plomo y la muerte hasta sus jardines, hasta sus casas... y a nuestros amigos poderosos les diremos que merecemos ese crédito que nos dan... —Se aclaró la voz carraspeando y concluyó—: No tengan ni un segundo de vacilación. Sean decididos y osados. Así es que... manos a la obra y ¡suerte! —nada dijo de la inseguridad y desconfianza reveladas al tomar las medidas de contrachequeo. Y se fue por fin.

Dos horas más tarde, Frank espiaba desde una entreabierta y desvencijada ventanilla el ir y venir de la vida en la Quinta Avenida de Miramar.

Para hacer menos tediosa la espera, tomó el fusil, apuntó hacia afuera y empezó a jugar con las imágenes, acercándolas a su mirilla telescópica y de esta manera se entretuvo revisando los alrededores. Había ventanas cerradas, techos rojos o verdes sembrados de antenas de televisión, verjas negras y ferrumbrosas; cercas de puntas afiladas; gatos que hurgaban en los tambuchos de la basura; jardines descuidados y silenciosos y, muy raramente, autos veloces que cruzaban por la Quinta Avenida hacia el túnel o la playa...

Bajó el fusil. Abajo, a la izquierda, en una calle secundaria, jugaban unos niños. Sus voces infantiles llegaban con nitidez hasta el derruido aposento del verdugo. Los miró un rato. Jugaban desordenadamente, sin reglas ni árbitros, un béisbol minimizado... Sencillamente jugaban, saltaban y corrían en medio de una abrumadora algazara...

Volvió a levantar su fusil y trató de enfocarlos en la mira. Era imposible, pues cambiaban constantemente de lugar.

Con asombrosa tranquilidad, como si no se encontrara emboscado para asesinar a un semejante, para cazarlo a sangre fría, siguió revisando aquellos rincones sobradamente conocidos.

Horas antes, él y Rudi habían inspeccionado el lugar y calculado cada ángulo de tiro posible. Ahora ya él conocía hasta las sombras del lugar, hasta los sonidos de las ramas y el curso caprichoso de los gatos...

Era fácil suponerse el resultado de la emboscada...

El confiado francotirador recostó su cuerpo sobre la pared y se dejó resbalar hasta el piso. Cuando terminó de acomodarse, dispuesto a esperar resignado, notó que sus ojos habían quedado casi al nivel de la calle y que su campo visual le ofrecía una nueva perspectiva. Desde esta situación jamás podría consumar el atentado, luego entonces, atendiendo a las peculiaridades de su postura como tirador, los investigadores podrían calcular el curso probable de los disparos. Pese a todas las precauciones tomadas, pese a todos los cálculos, ellos conocerían casi de inmediato la posición exacta desde donde había disparado el asesino, deducirían la altura del tirador y quién sabe cuántos datos más; pero ninguna advertencia en tal sentido hubiera causado efecto. Ellos se creían inmunes, superiores, subestimaban la inteligencia de la

policía, se burlaban de su predominante origen campesino, equivocaban el sentido de su respetuoso proceder, vituperaban, trataban de ridiculizar su nobleza, hacían chistes a costa de su bajo nivel intelectual, de su inexperiencia... y lo peor: llegaban a creerse sus propias falsedades...

Oscureció.

El emboscado pudo ver cómo las figuras tridimensionales y coloridas iban perdiendo sus tonos, sus detalles, y se convertían en siluetas.

No muy lejos de aquella madriguera, un Volkswagen azul pálido se confundía entre el follaje de las plantas ornamentales. Al timón, abrigado con un jacket negro de piel echado sobre la espalda, esperaba Rudi lleno de impaciencia.

Estaba al acecho de alguna señal que le anunciara el momento de la ejecución. Pero el tiempo transcurría lenta y tranquilamente. Más de una vez observó contrariado la esfera lumínica de su reloj.

Nada.

Agudizó el oído.

Nada.

Los minutos se estiraban y parecían horas.

¿Qué eslabón del plan había fallado? ¿Un cambio dentro del itinerario de rutina? ¿El descubrimiento de la emboscada? ¿El miedo? ¿La traición? Era tal la ansiedad, que tuvo alucinaciones. Y creyó escuchar, confundido entre el viento, el chirriar de las gomas de un auto, o la sirena de un patrullero, o los esperados disparos... pero después de las suposiciones, volvía a imponerse la realidad, y de nuevo la espera consumía su paciencia.

Desde el minuto preciso, la mirada sobre el pavimento de la avenida, el motor del VW encendido, el seguro de su arma liberado, la puerta delantera derecha abierta... pero su compañero de fechorías no acababa de irrumpir en la avenida anunciando que había dado en la diana. Rudi vigilaba el curso del tiempo. En la esfera lumínica las agujas parecían inmóviles, pero al llevar la muñeca al oído comprobaba su tic tac...

Intentó nuevamente tranquilizar sus nervios. Tomó el último cigarro de la cajetilla estrujada de Camel y la devolvió al portaguantes, bajó la cabeza para acercar el cigarrillo al encendedor.

Finalmente aspiró el humo. Al levantar la cabeza vio en el espejo retrovisor, ya casi en penumbras, la imagen de su rostro desencajado, su cicatriz que ahora parecía mucho más profunda... y su mirada amarga envuelta en humo...

Conectó la radio. Una voz monótona se quejaba de que los ya tradicionales trastornos del Medio Oriente, las revoluciones anticoloniales de África y el experimento latino de Castro, traían al mundo libre desvelado. Escuchó la hora y desconectó. Ajustó la diferencia en su reloj.

Si seguía al pie de la letra las instrucciones aprendidas de memoria, aún debía esperar allí otros veinte minutos interminables... En el cielo ya rutilaban las estrellas. La víctima elegida ya debía de estar cenando entre los suyos, o bajo la ducha, o leyendo en pantuflas el diario... o muerto... recordó las arengas barrocas de Medina y esperó...

15

Después de la noche

Después de la noche

El doctor sintió que una flamígera tenaza le mordía las entrañas. Despertó de repente con esa molesta sensación. A un lado, las botellas vacías y los vasos sobre la mesita de noche le recordaron la causa de su malestar. Al otro, la desnudez desafiante de Sussy le produjo un nuevo sobresalto.

Aturdido, tendió la sábana desde los pies pequeños hasta el pecho palpitante de la muchacha. Ella despertó asombrada por ese asomo tardío de pudor; él se justificó señalándole la ventana por donde penetraba toda la luz de la mañana.

—¿Qué hora es?

—Las nueve.

—¡Las nueve! —se incorporó dejando caer la sábana hasta la cintura—. Me voy enseguida. Mi madre ya debe de haberse alarmado y no quiero que vuelva a ocurrir lo de la otra vez... deja... déjame ir...

—No importa... ya arreglaremos eso... ven acá... Después de un breve forcejeo se dejó caer nuevamente asediada por el peso de su amante. El sol entraba de lleno y pudo verse en sus pupilas...

—Sí; pero antes cierra esa ventana...

A las once bajaron al jardín. El activo sirviente había dispuesto el desayuno sin olvidar un detalle.

—Un buen desayuno a la sombra... ¿Te parece bien? —¡Magnífico! Lo mejor que podía desear.

Eran vasos gélidos, tintineantes, llenos de jugo de melocotón, de humeante café con leche, rodeados de panecillos tostados, lascas rosadas de jamón y rodajas de piña...

En la piscina cercana, el agua coloreada por el fondo azul claro añadía frescura al ambiente.

La brisa del otoño revolvió las hojas secas dispersas, las arrastraba en largos remolinos y las arrinconaba sobre los tragantes. Había un sol benigno y un cielo claro.

Pese a la brisa fresca, había gente en la playa. Quizás no fueran bañistas, sino paseantes en busca de asueto, en busca de un lugar tranquilo, solitario. Desde allí venían las notas melancólicas de un bolero criollo en la voz del Benny. La muchacha lo identificó enseguida y recitó una de sus frases:

—Oh vida, si pudiera... vivirla feliz...

—¿Qué dices?

—Eh... nada... que me agrada esa canción que viene de la playa...

—Ah... de la playa... es una lástima que nos hayan quitado el club. Era una cosa buena. No te puedes imaginar cuánto trabajo nos costó levantarlo, cuánta dedicación y cuánto dinero, por supuesto... hasta tu padre dejó plata allí... en la madera de los bancos, en el granito de los pisos, en los adornos del bar, dondequiera hay un pedazo nuestro, pero llegaron éstos y todo lo pusieron de cabeza... hasta los nombres les cambiaron. Esto aquí ahora se llama Siboney, así es que vamos hacia atrás... hacia los indígenas...

—Qué nos importa el nombre. De todos modos la gente seguirá llamándolo de la manera original. Se dejarán arrastrar por la costumbre y harán resistencia a lo nuevo.

—Claro, el nombre no importa mucho, lo malo es lo que lleva detrás. Ya nada será igual. Se nos acabó la privacidad. ¿Sabes qué me impulsó a comprar este chalet?, precisamente la privacidad. Anhelaba vivir en privado, lo suficiente lejos del vecino más cercano, apartado del resto de la vecindad, fuera del ámbito citadino, de los ruidos, de la gente. Así quería yo que fuera mi espacio vital...

—Aquí todavía te puedes sentir en privado.

—Todavía... ya tú lo dijiste. ¡Todavía!... pero pronto cambiará. Cuántas cosas no han cambiado ya. Yo me considero prácticamente viviendo otra vida completamente distinta. Soy otro hombre. De ayer sólo me quedan recuerdos y añoranzas, pero no me rindo. Yo pienso en un futuro reivindicador, en un regreso a mí mismo, en el ocaso de esta pesadilla...

Sussy lamentó que después de un desayuno tan agradable la conversación hubiera desembocado por aquel cauce sombrío. Sus recuerdos y añoranzas, involuntariamente, pertenecían a otra generación. Sin aquerencias ni odios profundos, gozaba de la vida tal como se le presentaba... como una aventura sin pasado ni futuro, fascinante e inevitable. De aquel club perdido ella solamente guardaba la impresión fastidiosa de las tardes en que fue sacada de su ambiente de **teenager** y que debió seguir obediente a su madre entre comadreos y murmuraciones interminables, mientras que sus amigos y amigas, muchachos de su edad, llenos de vitalidad y alegría, se divertían libremente, contorsionándose bajo el ritmo delirante de Elvis Presley o practicando el campismo exaltado de los adolescentes.

El doctor, con ese lastre de los años, continuaba hablando de los cambios, de lo de ayer y lo de hoy, de lo perdido, y trataba de sumarla a sus motivaciones.

—No puedes hacerte una idea, Sussy, del giro que han dado las cosas. Ni yo mismo comprendo a veces cómo ha sido posible que todo haya cambiado así, de la manera más drástica. Una mañana cualquiera hemos despertado en medio de otro mundo, de otra vida. Parece ficción. Lo que ayer era blanco, hoy es negro, lo que era sí, hoy es no, lo que era mío ahora es de todos...

—¡Qué pena! Es una situación deprimente. Aunque, no lo creas, a mí también me afecta. Si estuviera a mi alcance tripular una máquina del tiempo, retornaría hasta cualquier invierno antes del 1959, y una vez allí clavaría bien el ancla para no irme jamás... ¿y tú, qué harías? ¿Hasta dónde regresarías?

—Lo tomas como una broma; es natural a tu edad.

—No me burlo. Es interesante especular. ¿Qué hacía yo un día como hoy hace dos años?

—¿No guardas tus diarios?

—Nunca escribí diarios. Siempre lo consideré una tontería. Mi padre sí escribía un gran libro... como un “debe” “haber”, pero no financiero sino moral... y cuando lo empezó dijo que había escrito demasiadas confidencias y lo quemó. Hizo bien, ¿para qué queremos el pasado?

El doctor extrajo del bolsillo una pequeña pero abultada agenda azul. Se la extendió a la muchacha.

—Es de 1958... aún la conservo por la pequeña guía telefónica que tiene detrás. Busca un día como hoy... lee a ver qué pasó...

—¡Qué fantástico! Así que tú sí escribes diarios...

—No, ¡qué va! Son solamente notas...

—A ver... a ver... remates... ¿qué es eso?... “la escritura de Gómez Mena... llamar a la cancillería... subasta... reservar Pan American... visita a Mr. Hershey”... ¡Qué lenguaje! No hay quien lo entienda...

—Pronto ni yo mismo entenderé estas notas... son otras personas, otros escenarios, otros litigios los que se imponen. Esas palabras fueron todo lo que quedó y ahora solo queda sobrevivir...

—La situación no es tan dramática. Te queda bastante; sobrevives rodeado de todo este prado verde, junto a la piscina, servido con eficiencia y sin que te falte alguna compañía que alivie la ausencia de tu mujer fugaz...

Casi instintivamente, el doctor miró hacia un árbol. No era un árbol cualquiera... era un viejo y firme pino, con sus ramas bajas tendidas sobre la tapia del jardín. Era un mudo testigo de una de sus más amargas penas. No le dijo a Sussy que allí, sobre ese viejo tronco ennegrecido y nudoso, en una tarde feliz de aquel invierno de la agenda, él había tallado un nombre de mujer y una fecha... la muchacha no podía sospechar siquiera un asomo de romanticismo en aquel hombre vencido...

—Sí... algo me queda... esta casa casi siempre vacía... vacía de la gente que lloró y rio en ella, sin esas personas que dispusieron dónde irían los muebles o qué color tendrían las cortinas... ¡Cuánta vida cobijó esta casa... cuánta vida!

—¿Por qué hablar ahora de sobrevivir? ¿Por qué no dices vivir?

—La juventud arregla las cosas de manera fácil, y no es fácil vivir con el comunismo a las puertas de la ignorancia supina de la masa...

—Cuando estamos en el grupo no se te ocurren estos pesimismos.

—Mi optimismo en el grupo es “profesional”, es también una manera de sobrevivir...

—Entonces... ¿No crees en la victoria?

—En la victoria sí creo. Ellos no van a saber manejar el país. Y en otro factor creo: en la ayuda poderosa de los americanos, pero no puedo evitar

estas torturas íntimas, este sentimiento de impotencia... más graves son las vacilaciones en el grupo...

—No te entiendo...

—Son vacilaciones peligrosas... la desconfianza mutua no nos deja trabajar libremente; pero, además, ¿está o no está justificada? Cuando estamos entre personas inteligentes las verificaciones no son fáciles. No se puede decir: éste es de los nuestros, se le nota en la cara. Después de la muerte de Leslie sospechamos de Cecilio. Se hicieron numerosas comprobaciones... todas negativas, pero quedó la duda... ¿Por qué tu padre no empezó por comprobarlo a él? Fue un error. Ahora las sospechas se extienden, quizás innecesariamente...

—¿Crees que Frank...?

—Ni sí ni no... cuando se siembra la duda es difícil de extirpar, se prende como la hiedra. Quizás Frank tuvo un momento de debilidad. Si analizamos fríamente tal vez podamos llevar ese calificativo a cobardía, pero no veo elementos de traición evidentes... digo simplemente: no veo... porque Cecilio y él pudieron haberse puesto de acuerdo... y sin embargo, ¿quién me hace creer que en un grupo de seis el G2 es capaz de infiltrar dos? No... no los creo capaces...

—Frank tiene su argumento.

—A Rudi no le hubiera pasado. Fríamente se hubiera puesto a analizar: ¿qué nos interesa un grupo de niños cuando está en juego la felicidad de todos los niños? Rudi hubiera disparado, no nos hubiera traído esa coartada...

—Rudi es feroz...

—Somos feroces por imposición, es una necesidad de esta cruzada contra el comunismo; pero lo peor es que estamos minados por el individualismo. Nuestra unidad es aparente...

—Yo a veces no sé dónde vamos, y avanzo por imitación...

—Ésa es una tendencia natural. Nuestra entelequia está muy lejos, y no es una meta común sino individual... Por eso no me preocupo... además, yo finalmente confío en el sentido común y en el sentido práctico de los americanos. Si hace falta un nuevo Hitler lo habrá... todo menos comunismo...

—Me preocupa que esta rebelión se está ganando a las mayorías... eso es palpable, innegable...

—Nosotros tenemos la fuerza del idealismo. Somos una selecta minoría que se impondrá aun a las futuras generaciones. Esa mayoría materialista que ves crecer desgañitándose, enronqueciéndose con las consignas revolucionarias se silenciará fácilmente cuando le saciemos ese instinto adquisitivo que nosotros mismos le hemos creado. Vivirán al margen y admitirán nuestros privilegios siempre que le demos su parte y le mantengamos vivas las quimeras... es así... crudamente... no me mires así... no es una invención mía... Yo, como tú, siento conmiseración por los pobres... pero esta desigualdad es tan vieja como el mundo... forma parte de este milagro maravilloso de la creación... son las condiciones indispensables de la vida...

—Sus consignas son incitantes. Los criados no quieren volver a serlo.

—Eso es transitorio. Terminará cuando los americanos quieran; cuando decidan cortar los abastecimientos, cuando cuarentenen esta utopía soberbia, los criados no querrán dejar de serlo...

Sussy miró instintivamente al hombre que acarrea la cortadora de césped...

—Él vive feliz. ¿Quieres preguntarle?

—No es necesario. Se nota en su semblante.

—Disfrutemos pues...

—¡Oh! ¿No oíste? ¿No sentiste?

—¿Qué?

—Una explosión... ¡Eso fue una tremenda explosión!

El hombre detuvo la podadora y se volvió hacia el horizonte... El doctor y la muchacha se levantaron de sus sillas y miraron también...

—Una explosión... y grande... mira allá lejos...

Sobre la tierra se elevaba un hongo negro.

16

Explosión

Dedico este capítulo a
Benito S. L., personaje real.

—¡Afuera! ¿Oíste?

—¡Una explosión!

Benito y el alférez tomaron sus armas y corrieron hacia la ventana. Abajo, donde la calle San Pedro desemboca en la avenida del Puerto, los transeúntes se detenían turbados, se miraban unos a otros buscándole explicación al estruendo y a la vibración experimentadas... intuían que algo gravísimo había sucedido, esperaban cotidianamente un zarpazo criminal, pero no sospechaban siquiera dónde ni cómo...

—¡Mire, alférez... es allá!

Un hongo oscuro, revuelto, enorme, se levantaba sobre la techumbre de la Habana Vieja, allá dónde los muelles se aprietan en sus últimos rincones.

—¿Será Tallapiedra?

—No... eso fue en los muelles —respondió certeramente el oficial—. ¡Vamos allá!

Bajaron apresurados. El ascensor se demoraba y optaron por usar la escalera, saltando de tres en tres los escalones de granito; a un guardia que subía ajustándose las cananas, le preguntaron al paso:

—¿Qué fue?

Jadeante, haciendo caso omiso a la cortesía militar, solamente respondió:

—No sé.

En la posta, otro soldado, con la ametralladora terciada sobre el pecho, estaba igualmente sorprendido:

—No, compañero... sería una explosión...

Y en la calle había la misma incertidumbre. Nadie sabía nada. Únicamente ese presentimiento de la grave situación hasta que van apareciendo las primeras versiones minadas de especulación: unos aseguran que el hongo es semejante al que producen las explosiones atómicas, otros creen que volaron Tallapiedra; otros suponen que fue una bomba lanzada desde un avión pirata, todos coinciden señalando al presunto culpable, al vecino poderoso que amenaza desde otro lado del canal... nadie teme. Hay una indignación creciente que ocupa el espacio de todos los sentimientos. Es un valor colectivo salido de la certidumbre que proviene de la dignidad humana, y por eso, después de aquel instante de sorpresa y confusión, todos corrieron hacia allá, hacia eso que comúnmente llamamos “lo desconocido”...

No le resultó fácil al alférez abrirse paso con su auto. Tuvo necesidad de hacer ulular la sirena de alarma, de dar cortes bruscos, de subir sobre las aceras. Asomado por la ventanilla delantera izquierda, Benito daba voces pidiendo vía. Sus gritos se apagaban entre las demás voces. La gente cerraba el paso marchando apretadamente a lo largo de las calles aledañas al puerto, hasta que cerciorada de que se trataba de autoridades, abrieron el camino. Más adelante, algunos combatientes, milicianos y colaboradores civiles, empezaban a poner orden y a regular el tránsito. Ellos tampoco sabían qué había ocurrido y subordinaban al sentido común, el deseo de correr junto a los otros...

Cuando pudieron avanzar, el alférez tomó el micrófono...

—P-35 para control... adelante, control...

—Aquí control, aquí control... adelante P-35...

—Control: comuníqueme enseguida... comuníqueme enseguida... ¿qué sucede en el cuadrante 12?... ¿qué sucede en el cuadrante 12?...

Un momento de silencio... de nuevo el ruido del audio... pero no sale ninguna voz...

El alférez se impacienta:

—¿No copio, compañero? ¡Aquí P-35!

Y por fin:

—Control para P-35... copiamos, compañero, pero no le podemos informar nada de lo que nos solicita... adelante...

—Control... P-35... ¿No puede esclarecer un poco su respuesta?

—P-35... aquí control... absolutamente no, compañero...

El alférez colgó el micrófono de un tirón, sin despedirse... Un sonroseo le subió al rostro... ¿por ira? ¿por indignación?

A duras penas el auto siguió avanzando hacia el hongo oscuro que se dibujaba en el cielo, rodeado de un remolino de gaviotas... de gaviotas asustadas.

La realidad fue haciéndose visible...

—Eso fue el barco... ¿por qué usted sabía que era en los muelles?

—Yo no sabía... supuse... parecía en Tallapiedra, por un engaño óptico... y un marino debe ser inmune a tales engaños, Benito... Llegaron hasta donde la masa humana en función de rescate impedía el paso. Allí se tropezaron con la imagen dantesca de humo y sangre. A pie buscaron acercarse a la tragedia, que con una tuerza brutal estaba en todas partes...

Bajo los escombros, la mitad de un hombre agonizaba. Sus venas estaban dilatadas y fuera de órbita sus ojos. Abrió la boca en un gesto doloroso. Parecía que iba a hablar, que iba a quejarse o a pedir ayuda... apretó los dientes... parecía que iba a desvanecerse, pero continuó erguido, apoyado en la planta de las manos... con su otra mitad sobre los hierros humeantes. Alguien dijo que ya estaba muerto, pero él seguía allí, negándolo con su postura, hasta que fue cediendo y se apoyó en los codos, y no pudo decir nada y terminó desplomándose. A la izquierda, en medio de un torso abierto, palpita inexplicablemente un corazón... más adelante hay otro moribundo. Está sereno. Pregunta por su hermano. Después pide que lo dejen, que muelle adentro hay heridos... un muchacho que cayó al agua sube nuevamente al muelle, lo hace asiéndose a unas vigas candentes y se abrasó las manos... llevan a un marino ensangrentado... es francés... va lamentándose de sus hijos que perderán su abrigo. Donde quiera hay destrozos materiales... humanos... hay sangre salpicada... maderos ardientes... hay una mano púrpura, chamuscada, solitaria... un cerebro disperso matiza de rojo la pared que resistió.

Saltando sobre vísceras, jarcias, maderos y cables, Benito y el alférez llegaron hasta la nave herida. Está humeante, recostada de popa, sujeta a los cables tensos, rechinante... parece un potro salvaje cautivo, haciendo

esfuerzos por escapar de los lazos fuertes que le atan a las bitas de tierra... restallan los cabos... el barco tiene totalmente sumergido el Ojo de Plimsoll, que ya le es inútil, y el portalón desvencijado cruje y flota como una extraña bandera de tablas, haciendo un ruido parecido al de una gran portada que la tormenta zafó y azota. Por la amura de estribor, el humo no deja ver un cielo claro, limpio, donde las gaviotas agitadas revolotean.

Abajo, flotando entre el agua grasienta, hay una gorra verde olivo, unas granadas sin estallar, retazos ensangrentados, maderos sueltos cubiertos y recubiertos de escaramujos.

Saltan a la escala y suben a bordo. Benito va adelante, sorteando los obstáculos, tratando de ver entre el humo. La escala da bandazos bajo las botas de los militares...

Adentro, los camarotes están revueltos y solitarios. Sobre las camas, las maletas yacen abiertas, cerradas; algunas sobre el suelo, desordenadas. Sobre el piso pulido hay montones de objetos, cartas selladas en Marsella, Burdeos, París... piezas de ropa, libros, piezas de ajedrez... y pisoteado muchas veces hay un **Le Monde** con los últimos partes llegados de Argel y una revista que muestra en la portada, el rostro encolerizado de un militar que parece haber probado el amargo sabor de la derrota. En una pared, paralela al barómetro, ajena al trágico momento, sonrío impúdica una inédita y policromada Bardot desnuda.

En el cuarto de derrota, todos los cristales están empañados por el agua, el humo y el salitre y a través de ellos el humo aparece más disperso; en el puente de mando también está todo en desorden. Sobre la plataforma inclinada por la posición del buque, hay una carta náutica abierta, calzada entre reglas de acero, en la que está trazado minuciosamente, con todos los detalles, con todas las anotaciones de rigor, el rumbo de esta última travesía... el punto de recalada es la bahía habanera... sobre el mapa, la casualidad ha querido que un reluciente peón de marfil quede apuntando hacia Amberes... Dentro de una gaveta semiabierta, entre partes meteorológicos, documentos, tablillas de cálculos y libros, está la foto de un niño rubio que juega con un pequeño barco velero... con tinta azul, está dedicada en francés, "a papito"...

En el comedor, las sillas están tumbadas y hay numerosas botellas de Martini y Cinzano volcadas sobre el piso alfombrado... hay un menú, impreso con letras doradas y algunas cajas azules y estrujadas de Gauloises que llenan el ámbito con el persistente aroma de su picadura, que a ratos es remplazada por el vaho caliente de pólvora y fuego que el alisio hace penetrar por la escotilla desgarrada.

Camina por el pasillo de estribor hasta lo más cerca posible de la popa. Benito, decidido, equilibrándose con la ayuda de la baranda, llega hasta el abismo abierto por la explosión... ofrece un panorama impresionante...

En las bodegas hay un cementerio de Renaults, muy juntos, sin pintura ni neumáticos... al final se ve un torso humano desnudo... una espalda cribada... un cuerpo descabezado.

Volvió al lado del oficial... conmovido...

—¡De qué son capaces! —dijo.

Con menos énfasis, el alférez repitió:

—De qué son capaces...

Regresaron al auto. Las ambulancias llegaban y salían con nuevas misiones. Sus choferes dejaban encendidos los motores para ahorrar tiempo. Enseguida, nuevas víctimas emprendían el veloz camino hacia los hospitales.

Los combatientes y los milicianos trabajaban incansablemente tratando de mantener a distancia al público. Los milicianos recién uniformados... recién entrenados con fusiles de madera...

—Se están portando bien... ¡Como verdaderos soldados de la Revolución!, ¿verdad?

—Como soldados está por ver, Benito.

—Alférez... -ya yo los he visto...

—Allá tú si los has visto... a mí no me gusta ver más allá de donde piso. De otra manera, puedo tropezar... y caer... y recuerda: un soldado no se hace en tres días... —Puso en marcha el auto.

Benito trató de comunicarse con el control, infructuosamente...

—¿Adónde vamos?

—Al Estado Mayor...

—Fidel está para allá...

—¿Ajá?

—Fidel no debió arriesgarse viniendo a los muelles...

El alférez no respondió. Cuando quería, tomaba la apariencia de estar completamente ensimismado o dedicado, hasta en su última célula, al mecanismo de la conducción. Sacó el auto de entre la muchedumbre, se abrió paso entre los que se disputaban un lugar en el peligro, y se alejó rumbo al sobrio paseo de la alameda de Paula.

Todavía la gente corría hacia los muelles cuando nuevamente se estremeció la ciudad... el alférez miró por el retrovisor... la masa de gente había retrocedido y vuelto a avanzar...

—Otra... cuántos muertos más...

—Son armas... tienen que explotar.

Nuevamente es difícil avanzar en sentido contrario. Los que vienen preguntan ansiosos a los que van: ¿Qué ha pasado?, ¿dónde fue?, ¿hay muchos muertos?... Una mujer que llora corre también hacia los muelles... ella lleva un niño a la zaga que clama por su padre... una miliciana cuida un desvío del tráfico... llama a la mujer y trata de tranquilizarla... lo logra...

Una y otra vez el alférez aminora la marcha, se aprieta contra la acera, la sube para dejar pasar a una ululante ambulancia...

Benito lleva en su mano una diminuta pieza del buque... un pestillo macizo... otros pedazos han volado sobre los muelles y han caído a centenares de metros de allí...

—Ahora Gregorio y tú regresan al barco... tengan cuidado... puede haber nuevas explosiones... yo me quedo en el Estado Mayor... cualquier instrucción la viabilizo por la planta... manténganse en el aire... —El alférez parqueó el Pontiac suavemente...

Desde allí miraron de nuevo al hongo que había ensombrecido la tarde...

—¿Sabes de qué es el preludio?

Benito se colgó del hombro el M3 antes de contestar... Entonces hizo como si buscara ideas dentro de sus cananas y respondió:

—De que tenemos que buscar un lugar más seguro donde conseguir nuestras armas...

—Ése es el nuestro... pero... ¿el de ellos?... que están dispuestos a todo, que no transigen... que no nos dejarán aquí mansamente, que hagamos lo que

querramos desconociéndolos a ellos... éste ha sido el comienzo... solamente el comienzo...

—Es natural, alférez... no nos sorprende... ningún explotador ha dejado de serlo así porque sí, voluntariamente... darán lucha... y no preparamos milicianos para que marchen en paradas militares... los preparamos para pelear...

—Yo lo que te digo es que detrás de esto...

¿Qué iba a decir? ¿Qué se le quedó enredado en el pensamiento?

La sonrisa abierta de Benito con su mano serena sobre el M3, o la cercanía de la posta, o la improvisada marcha revolucionaria que traía el viento desde la lejanía... quién sabe... algo hizo que dejara inconclusa esa oración...

Al otro día, en el entierro de las víctimas, una frase marcó el epitafio de los caídos: **P ATRIA O MUERTE**

17

Huyendo

El 20 de abril de 1960, la Cámara de Representantes de Estados Unidos suprimió la “ayuda” norteamericana a Cuba.

El 21 de junio las empresas norteamericanas Texaco y Standard Oil of New Jersey, instaladas en Cuba, se negaron a refinar petróleo adquirido por este país, meses antes, en la Unión Soviética.

El 5 de julio fue suspendida por Estados Unidos toda la importación de azúcar cubano.

El 6 de julio...

—¿Falso techo?

—No me engañes, papá... no lo resisto... Tú no estabas haciendo ningún arreglo... Nunca te has preocupado por esas pequeñeces... ¿Me dejas ver dónde guardamos las joyas? Quiero saber si están allí o si las acomodaste en el falso techo...

Medina bajó de la pequeña escalera sudoroso, con los nervios visiblemente alterados...

—¿Por qué no eres sincero conmigo?

—Por ser sincero contigo, quizás ya te he hecho demasiado daño... mejor es que tengas tus propias ideas y que no me sigas una vez más en la frustración, en el fracaso.

La muchacha movió la cabeza con gesto compasivo...

—No te entiendo, papá... creo que por primera vez... ¿no?... sí, por primera vez... ¿o es que te mandó a buscar el centro? ¿Hay algún problema especial?

—No me mandó a buscar... me voy... por un tiempo...

—¿Nos llevarás a nosotras?

—No... primero iré yo... si al cabo de unos días, unas semanas, esto no se define, irán ustedes y allá nos juntaremos hasta que todo pase...

—¿Allá? ¿Dónde?

—A España quizás... a México...

—Y si cuando te vayas hay crisis. ¿Qué haremos? ¿No has pensado en nosotras?

—No será mi primer exilio... ustedes recibirán toda la ayuda necesaria... no habrá peligro, son mujeres...

—¿Y qué temes tú?

—Se acerca la hora cero... no se me ocurre pensar qué pasará...

—¿Miedo?

—No es precisamente eso... los americanos marchan a pasos acelerados... quién sabe qué hagan para acelerar el final... y yo no me quiero manchar de sangre las manos... —Medina se derrumbó en la butaca vencido, parecía muy afligido. Se sujetó las sienes y miró al suelo—. No sé qué hacer, Sussy, no sé...

—¿Qué le dirías al centro?

—Que fui a atenderme una dolencia repentina, y tú, naturalmente... tendrías que alejarte un poco de las actividades para atender a tu madre...

—Caray, caray... así que ahí están las joyas... guardas tus Lucy Jagers y tus Wesseltons, y tu oro y tus dólares en un falso techo. Me dejas cuidando a mamá y huyes para no mancharte las manos de sangre. Dices que no es miedo; yo no quiero acusarte de cobarde, pero cuando se habló de ejecutar a alguien tú no rehuiste mancharte las manos de sangre... y ahora sí...

—No es lo mismo hacer justicia a un verdugo que verse mezclado en una masacre repugnante como la de “La Coubre”... en el primer caso se puede decir: cumplir el deber... en el segundo...

—No fuimos nosotros, ni tuvimos que ver...

—¡Quién sabe!... el centro pidió informaciones... y nosotros se las ofrecimos...

—No fueron informaciones específicas... qué sabíamos nosotros de eso...

—Éramos... somos eslabones en una misma cadena. Ellos pidieron informaciones sobre las armas, sobre los movimientos portuarios. Ellos están

muy interesados en el asunto del armamento. Unos días antes, un periodista, un periodista nuestro, hizo insinuaciones...

—Eso fue sensacionalismo...

—Está bien, pero no dude ni un instante en que esa explosión fue el resultado de un sabotaje preparado por el centro... quizás algo salió mal... quizás prepararon una carga para que explotara por el vaivén de altamar... tuvieron buen tiempo, no estalló... y entonces fue aquí, en tierra, con tantas muertes y tanta sangre...

—No veo por qué temes verte mezclado en algo así...

—¡Ya estamos mezclados, Sussy!

—Te has debilitado, papá... creíste que era fácil, que era un paseo, como la otra vez... y no tienes coraje para resistir. Si el centro no te autoriza el exilio, de nada te servirá esperar que alguien saque las castañas del fuego... ni aun dejándonos aquí, papá... ¿no lo comprendes?

—Quizás sea que huyo de mí mismo...

—Sí; pero ¿piensas pasarte la vida huyendo de un lugar a otro?

—No me agrada... lo hago a pesar... yo conocí a un hombre en mi último exilio... trabajaba en el edificio Chrysler. Llegaba antes de la salida del sol con su periódico bajo el brazo y su cajita de merienda. Todos los días, seis veces a la semana. Era como un reloj... Si lo veías, ya no necesitabas mirar un reloj para saber la hora. Al terminar su trabajo, bajaba por 43. Los sábados, él daba un rodeo por Grand Terminal Central... le agradaba sentir aquel bullicio, sumergirse en él con el periódico bajo el brazo... tomaba la avenida Vanderbilt y se sumaba a un pequeño grupo, en un club... creo que era el Yale Club... sí, ese mismo... allí hablaban y hablaban, trataban de arreglar el mundo, pronosticaban el desenlace de las grandes ligas... y eran felices... así se iban muriendo, y otro venía a llenar la butaca que dejaban vacía... eran unos privilegiados... tenían un santo lugar para estar quietos... Yo no he tenido suerte. Nunca he vivido en paz. Ningún gobierno me ha traído esa posibilidad de paz. Parece que tengo vocación de opositor...

—Se puede vivir la vida de muchas maneras, papá... además de esta que mencionas y además de la que sigues; pero es inútil que nadie te aconseje, ya tienes demasiada edad para reiniciar una vida. Sin embargo, debieras reconocer que mejor sería estabilizarte frente a este nuevo reto y resistir. No

hace falta ser héroe, no... ni mártir... con un poquito de entereza... ¡qué paradoja! En el centro, unos a otros se incriminan, buscan a un flojo o a un traidor y no sospechan que la soga se quiere partir por la parte más gruesa. Está bien... aquí me quedo... yo sí cumpliré mi parte... para quedar bien con Sussy Medina León...

—Tu parte... Yo tampoco te comprendo... no sé cómo siendo tan liberal consientes hacer un papel de carnada...

—¿De carnada? ¡Qué risa! Me agrada mi parte y no me quejo. Además, no tiene nada que ver con hechos cruentos... —La muchacha se despidió con un beso, como si nada hubiera pasado allí...

—Falta un detalle, Sussy... ¿cómo sabías que a esta hora estaba aquí en la biblioteca?

—Fácil, papá... haces ruido, no te portas como un buen conspirador... ¡ah!, y no olvides que a las once tienes transmisión... lo sé por la agenda que dejaste al lado del teléfono...

Después del portazo, el viejo cerró los ojos y recostó la cabeza a la butaca... “sí, a las once tengo transmisión”.

18

Imágenes de la traición

Los murmullos en inglés se interrumpen tras el ruego de silencio.

—Presten atención, por favor...

Oscuridad.

Quedaron expectante en sus sillas, dominados por un morboso sentimiento de curiosidad... algunos fumaban...

Repentinamente, junto al zumbido característico del proyector, un halo de luz iluminó la humareda de los cigarrillos y estampó en la pared el cuadrado de una imagen fílmica:

Vieron letreros invertidos y después números... 6, 5, 4, 3, 2, 1, y **Top Secret**... y finalmente la imagen pequeña y clara de un ámbito campestre. Es una elevación brusca y una colina suave en su falda... hay mucha hierba, crecida... se ve claramente que el viento las bate, las acuesta en oleadas de brisa... Al fondo, dominados por la altura, se notan los retazos diferenciados de los cultivos... por un trillo muy usado, se acerca un grupo de personas... la imagen da saltos... a veces aparecen contraluces fugaces... las personas hablan, gesticulan, ríen, a ratos se acercan... algunos se detienen, pulsán sus cámaras y se quedan atrás para encuadrar los paisajes... En el sonido se mezclan confusas las conversaciones... sólo algunas palabras llegan claras... “casi, casi”... “espérate, hombre”... “es maravilloso”... “yo no había venido”... “al subir la cuesta”... “ésta es la pura verdad”... “aprisa, aprisa”...

Después de un corte brusco, el grupo empieza a verse desde un plano superior. La brisa despeina las cabezas y bate las ropas; las muchachas no saben qué atajar, si las faldas o los cabellos y ríen nerviosamente. Por momento desaparecen los sonidos, se produce un desenfoque, oscuridad, y nuevamente la imagen clara que se va acercando a una pareja separada del grupo. Se escucha claramente una prolongada risa de mujer, y aparece en el marco luminoso una muchacha alegre, vestida con ropas claras, despeinada;

trata inútilmente de alisarse los cabellos que también son claros. El joven que la acompaña, a veces le habla en el oído. Él también viste ropas claras. Ahora se ve mejor... es un uniforme... es un oficial de marina... una voz bronca señala a los espectadores:

—Ése es nuestro hombre... nuestro “almirante”...

Ahora las imágenes y los sonidos se comportan completamente nítidos... el oficial sostiene la gorra de plato en sus manos... ella se empeña en desenredar la cabellera... sus voces completan el argumento ingenuo de la cinta... “claro, pero si es que el viento no me deja”... “no intentes, si es inútil”... “ahora”... “déjalo para cuando bajemos”... “está bien, en el auto”... “¿a que no sigues hasta allá arriba?”... “a que sí”... “ven”... Ahora la cámara se corre en un rápido paneo, después aparecen los jóvenes subiendo, registrados en un tiro largo, mal encuadrado... después de un **dolly in** exagerado, la imagen se estabiliza y los sonidos vuelven a entrar normalmente... “y si vieras el respeto que me tienen”... “¿ah, sí?”... “como te digo”... “entonces debo preocuparme”... “no, no temas”... “no tendré que arrodillarme ante ti, ¿verdad?”... “no, de ninguna manera”... “gracias, almirante”... “no tanto”... “para mí ya lo eres”... “gracias, pero estoy bien así”... “¿no eres ambicioso?”... “depende”... “Entonces, quién sabe”... “vivimos en una época convulsa”... “los de arriba, abajo; y los de abajo, arriba”...

Ríen, se abrazan...

“Y tú... ¿dónde estás ahora? ¿Arriba? ¿Abajo?”... “es que, algunos siempre nos la arreglamos para mantenemos en el medio, a ver qué pasa”... “¿no serás un león vestido de oveja?”... “no tanto, no tanto”... “te invito a que te sumes a los más atrevidos”... “dejemos esa conversación para otro lugar”... “como quieras... hablaremos en tu almirantazgo”... “¿te gusta mi almirantazgo!”... “sí, es acogedor”... “ya no tenemos mucho lujo ni mucha comodidad... eso fue al principio... ya no está bien, ya todo está deteriorado... predomina la anarquía... dondequiera te encuentras a alguien echado en el piso o con las botas sobre las barandas... en los pasillos pulidos y decorados te tropiezas con mochilas, platos de campaña, cananas, el desastre”... “eso no va a ser toda la vida”... “yo sé que no, pero mientras lo arruinarán todo, irremediamente... es lamentable”... “dímelo a mí”...

“¿bajamos ya?”... “espera, déjame tomar un poco de este aire tan puro”...
“está bien, hombre, toma tu aire”...

La imagen y el sonido se diluyen y las luces vuelven a encenderse...

Okey, Okey...

Ahora los sonidos son reales como las imágenes que los provocan. Son choques de vasos, botellas descorchadas, apretones de mano, felicitaciones, palmadas en el hombro...

—Esto está bien.

—Es un buen trabajo.

—Las informaciones son muy completas.

—¿Esta noche hay trasmisión?

—A las 23:00...

—Comuniquen la orden de pasar a la etapa “c”...

—Ellos estarán esperando ansiosos...

—Digan que son veinticinco mil allá y veinticinco mil acá... y asegúrenle el cumplimiento de las condiciones...

—Por nuestra parte, le prepararemos una recepción a la medida de su decisión...

—Nada de prensa ¿eh?

—Quizás más tarde... Primero será material confidencial; después que lo exprimamos podemos pensar en la propaganda...

—Ésa es cosa nuestra. Ya veríamos qué hacer para sacarle provecho según nuestros intereses publicitarios.

—Esperen... una de las condiciones no será cumplida...

—Ya me imagino, jefe... la de traer a los padres ¿eh?

—Naturalmente. Con ellos allá será mejor. Si le damos todo ahora, puede resultarnos menos fecundo ¿Entendido?

—Ahora sí...

—¿Cómo marcha “nuestra isla”?

—Mal...

—Eso decía, hombre... ¿Ves?...

—Nuestra isla se nos escapa de las manos... cuántos problemas... En otras circunstancias hubiera sido una competencia rutinaria del FBI. Ahora, ni con nosotros basta...

—Se está creando un clima...

—Ya veo... mire estos informes... ¡y son síntesis!

—Mirábamos temerosos a Europa. No nos ocupamos de nuestras espaldas ¡y aquí tiene!

—Señores... el Expediente Almirante está a punto de cerrarse... gracias por todo... felicidades.

CENTAURO:

NO VEO CLARO EN TORNO A LA MARCHA DE PROYECTOS ZONA CARIBE UNO PUNTO HAY EVIDENCIAS DE AVANCE COMA PERO EL RUMBO ES PELIGROSO E INSEGURO Y LOS INTERESES PERSONALES QUE ASOMAN AGRAVAN LA SITUACIÓN PUNTO ESTO TENDRÁ REPERCUSIONES QUE NOS AFECTARÁN A TODOS PUNTO ME PREGUNTO SI ESTA CRISIS ES FORTUITA COMA O SI RESPONDE A UN TRABAJO DE INFILTRACIONES DEL GDOS PUNTO NO INSINÚO NI DOY NOMBRES COMA PERO YO COMPROBARÍA A CADA UNO PUNTO SI NO PUEDE USTED CONTROLAR DESDE EL CENTRO COMA NO TENDRÁ MÁS REMEDIO QUE COMISIONAR A QUIEN LO REPRESENTA O ACTUAR USTED MISMO SOBRE EL TERRENO PUNTO RECUERDE QUE POR LO MENOS QUE LO QUE SE CUESTIONA AHORA COMA USTED PROMETIÓ ACUDIR AL ESCENARIO DEL CARIBE PUNTO EL JEFE NECESITA RESPUESTAS A LO QUE SIGUE PUNTO PUNTO. PLANES PERSONALES DE LEÓN COMA ALCANCE DE SUS INTENCIONES COMA SI VIAJARÁ CON SU FAMILIA COMA QUÉ MÉDICO LO ATIENDE ALLÁ COMA CUÁLES SON SUS CONTACTOS EN MADRID PUNTO SOBRE EL FALLIDO ATENTADO COMA PARTICIPACIÓN INDIVIDUAL COMA RESPONSABILIDADES COMA Y AÑADA SU PROPIO CRITERIO PUNTO CUÍDESE QUE ALCE INTENTE REACCIONES PERSONALES EN CASO POSITIVOS COMA Y BUSQUE LA VERDAD ENTRE LOS RUMORES Y LAS DESAVENENCIAS INDIVIDUALES PUNTO PARA AYUDARLE COMA INCLUSO COMA DESISTO DE MI POSICIÓN RESPECTO A ANTÍLOPE PUNTO A FIN DE CUENTAS COMA USTED RESPONDE PUNTO OTRA PREOCUPACIÓN DEL JEFE COMA ES QUE SI PALOMA VUELA JUNTO A LEÓN VÍA MADRID COMA DEBE CANCELARSE ESTA POSIBILIDAD HASTA TANTO QUEDE CONCLUIDO EL CASO ALMIRANTE PUNTO LES FELICITA POR ESTE TRABAJO PUNTO AQUÍ EN LANGLEY HAY CORRESPONDENCIA PARA GACELA COMA VA POR VÍA DIPLOMÁTICA PUNTO NO ME GUARDE RENCOR COMA ES MI TRABAJO PUNTO SALUDOS PUNTO CODORNIZ

19

La primer indisciplina

Unas detonaciones irrumpieron en el ámbito apacible del atardecer.

Una mujer canosa que guiaba su auto europeo a La Habana volteó rápidamente el rostro y alcanzó a ver al muchacho de la camisa a cuadros disparando una Thompson desde la ventanilla de un Simca, aparcado en la carrilera. Sin titubear ella presionó su pie derecho sobre el acelerador y penetró velozmente en el túnel.

Un jardinero que cortaba el césped al otro lado de la avenida, se echó de bruces sobre el suelo y desde allí trató de ver qué pasaba. La visibilidad para él era bastante difícil. Entre los hierros de la verja pudo observar los impactos de las balas contra la pared de enfrente.

Desde el balcón de una residencia, otro hombre asomado vio claramente el cañón de la ametralladora que disparaba desde el auto y el oficial que se lanzaba al suelo y disparaba en represalia desde éste. Vio cómo desde un Chevrolet plateado que estaba detenido frente al garaje, por lo menos otras dos personas respondían al ataque con sus pistolas. También vio cómo una ráfaga estallaba en la fachada blanca de la casa y quebraba ruidosamente los cristales del ventanal.

Desde un balcón aledaño, otro vecino, visiblemente alarmado, también fue testigo del hecho. Después de mirar unos segundos asombrado, bajó aprisa a la calle y puso en marcha un Ford rojo del 58. Cuando salió a la avenida, ya el Simca del tirador había dado un giro sobre el paseo, y colocado en dirección contraria se perdía en la entrada del túnel.

El Ford lo siguió. Su chofer observó fugazmente por el retrovisor cómo, al parecer recuperados de la sorpresa, los de la casa tiroteada habían sacado el Chevrolet plateado haciendo un giro aparatoso.

El hombre del Ford, decidido, se interpuso velozmente y alcanzó la garganta del paso bajo el río. Casi al llegar a la salida, el Ford frenó con

brusquedad, giró hacia la izquierda haciendo rechinar las gomas y quedó atravesado en la vía. Su conductor saltó al pavimento y corrió unos metros hasta la calle. Desde afuera vio cómo el otro auto se impactaba contra su Ford; corrió. De una calle aledaña salía un taxi. Se le atravesó delante y después le dijo al chofer:

—Rápido, vamos a Guanabo...

Por fin el hombre suspiró, recostado al mullido asiento. Pensó que si habían salido ilesos, sus perseguidores habrían llegado a la calle donde ya no existían rastros suyos ni del Simca, y sonrió.

Medina se hallaba evidentemente alterado. Se preguntaba apretando los dientes: “¿Por qué tenían que ocurrir estas complicaciones cuando menos se deseaban?” Preguntó si estaban todos. Después de la respuesta afirmativa, explicó que trataría el asunto con brevedad e individualmente. Pidió cooperación y sentido de responsabilidad. Dijo que de otra manera asomarían complicaciones innecesarias, y que era peligroso dejar pasar las cosas así. Mandó pasar al primero.

—Con permiso —dijo el doctor cortésmente, e inclinó la cabeza frente a Medina.

—Cuénteme, César, cuanto pasó...

—Es muy poco lo que sé. Frank llegó a las 7:10. Entonces Rudi escuchaba la radio y Frank entró y le dijo: “Para que veas que me basto solo”, y soltó la ametralladora sobre el sofá; todavía olía a pólvora. Rudi le dijo: “¿Qué hiciste?” Y él le respondió que había “liquidado al tipo ese”... Le dijo que no había necesitado tanta gente ni tanto chequeo, y que estando solo, no había tenido que dudar de la entereza de nadie. “Simplemente tiré y ya”, le dijo. Después fueron al auto, que tenía detrás cinco impactos de bala; incrustado en el asiento trasero hallaron un proyectil de 9 milímetros. Frank habló después, renegando por la falta de acción y de recursos. Yo le dije que debía dedicarse a tapar los agujeros, que te iba a informar. Rudi estaba muy disgustado... dijo que daría una vuelta por el lugar. En eso llegó Richard, te llamé, y aquí estamos...

—¿Qué contó Richard?

—Venía alarmado, nervioso. Dijo que como la semana pasada habían suspendido la orden de chequeo, se había descuidado casi totalmente del objetivo... pensaba incluso que lo mudarían de allí, pero que al asomarse a la ventana...

—¿Te dijo por qué se asomó? Precisamente en el momento exacto...

—Dijo que algo le llamó la atención y se asomó... que entonces vio que disparaban del Simca y que reconoció el carro, y casi instintivamente actuó como se había acordado...

—Mientras esperaban por mí, ¿de qué hablaron?

Rudi estaba empeñado en verificar los resultados... Frank estaba satisfecho... Cecilio no sabe nada aún... ni su hija...

—¿Y usted qué piensa?

—Que ha sido una indisciplina grave...

—¿Qué sanción recomienda?

—Ninguna. Por lo menos en el plano personal...

—¿Cómo que ninguna?

—Frank no es el culpable. Seguramente actuó por impulsos, con el ánimo de salvarse de la desconfianza. Nosotros mismos hemos ayudado a crear esta molesta situación, y si actuó así para demostrar su lealtad a la causa, ¿además lo vamos a castigar? No lo creo justo, no; si tiene que haber una sanción, me parece que tendrá que analizarse colectivamente. Desde luego yo si soy partidario de una reprimenda a solas donde usted le haga saber que actuaciones como ésa ponen en peligro a todo el grupo.

—Está bien... dile a Rudi... no, mejor que pase Richard primero.

El hombre estaba nervioso aún. Estrujaba entre sus manos temblorosas el sombrero impermeable. Se sentó frente a Medina...

—¿Qué pasó?

—Fue todo muy rápido, sorpresivo. Pensé que me avisarían, jefe... nada sabía en absoluto... pensé que ya no íbamos a... entonces me asomé a la ventana.

—¿Casualmente? ¿Qué hacías en la ventana?

—Bueno, este... no recuerdo... algo me llamó la atención...

—Haga memoria... sin prisa...

—Sí... ya sé... algo me llamó la atención... la gente de la casa chequeada... el objetivo no llegó solo como de costumbre... venía con tres o cuatro... hicieron algún escándalo... parece que venían de alguna fiesta... entonces por un reflejo involuntario, parece que por tantos días de chequeo, pues... enseguida me asomé... y ¡qué sorpresa!, vi el Simca... inconfundible... enseguida salté a la calle y puse en marcha el Ford... aún no me explico cómo pude hacerlo todo tan rápidamente... respondí como si hubiera estado avisado... ¡gracias a eso!... y me atrevo a asegurar que sin mi intervención, a esta hora, Frank fuera ya cadáver...

—Cuando saliste, ¿todavía disparaban?

—No.

—¿Cómo te dio tiempo...?

—Ni yo mismo sé... eso no pasa dos veces. Yo actué como si se tratara del plan original... me asomé, vi aquello y salí... por la escalera aún sentía los disparos... cerré la puerta... ya el Simca giraba sobre el paseo... entré al Ford, lo puse en marcha y salí estropeando todo el jardín... ya Frank se metía en el túnel... cogí la vía y miré hacia atrás... los tipos se habían recuperado y salían... empezaron a disparar nuevamente... las balas me pasaban silbando... entré al túnel y al final atravesé el carro... después hui y vine hacia acá...

—¿Cuándo supiste que era Frank?

—Lo reconocí al girar sobre el paseo...

—¿Sabes si hubo heridos?

—A mí me da la impresión de que sí... porque tiros hubo... vi como daban en la pared, en los cristales, en todas partes...

—Está bien ya... no vuelvas a la casa... el doctor te dirá adonde debes ir... dile a Rudi que pase...

Rudi se quedó de pie frente a Medina. Rechazó con un gesto su invitación a acomodarse.

—Está bien... ¿Qué pasó?

—¿Ya no se lo dijeron los demás?

—Quiero tener tu criterio...

—No tiene sentido... si sucedió realmente, es una indisciplina... si nos trata de engañar... yo sé qué debo hacer...

—¿Caer en otra indisciplina?

—Primero esperaría la represalia del grupo... si no funciona, entonces haría justicia, y no sería una indisciplina...

—¿Y si él actuó precisamente así? Primero esperó que se disiparan las desconfianzas en el grupo y después... actuó para demostrar su lealtad...

—Quizás...

—¿Cómo tú crees que nos podría engañar?

—Hay efectos pirotécnicos suficientes... esos trucos los utiliza el cine...

—Esta gente ignora todo eso... exageras las posibilidades del enemigo... les das demasiado valor...

Unos toques en la puerta. El doctor se asomó. Hizo un anuncio que agudizó la tensión:

—Con permiso... ha llegado el hombre del chequeo...

—Que pase... espera, Rudi, no te vayas...

El hombre vestía de verde olivo y usaba gafas oscuras. Cruzó las manos a la espalda y levantó el mentón...

—¿Cómo fue?

Pidió permiso para sentarse y después habló pausadamente:

—Pasé tres veces... las dos primeras, despacio... las evidencias son positivas... las ventanas están destrozadas y hay balazos en las paredes, en la casa... hay muchos guardias... dentro de la casa, afuera, en el jardín, hasta en la calle... a una cuadra de allí le pregunté a un viejo y me dijo que habían matado a un oficial y herido a otro... eso es todo...

Medina miró significativamente a Rudi y se despidió del otro.

—¿Ves? Parece que no fue pirotecnia...

—Ojalá.

—Bien... que pase Frank...

Tan pronto el muchacho entró, Medina se levantó de su asiento y lo increpó:

—¿Qué te has creído? ¿Que estamos en un partido anarquista? ¿Qué le informo al centro? ¿Que tuviste ganas de tirar unos tiros y saliste?

—Mire, Medina, díglele al centro que no estoy dispuesto a estar arriesgando mi vida dentro de un grupo que pierde su tiempo en sospechas...

—¿Y usted cree que el centro sólo tiene que rendirle cuentas? ¿Y los demás? ¿No comprende que una cosa no justifica la otra? Si cada uno responde por sí solamente, ¿para qué nos unimos?

—Usted sabe bien para qué y por qué nos unimos... pero se lo voy a recordar: nos unimos para conveniencia, para alcanzar nuestros objetivos personales... ésta es una unión necesaria y no admito que se actúe ambiguamente. El centro debió garantizar la pureza de esta unión. ¿No lo hizo? Contésteme, ¿no lo hizo?

—Lo hizo...

—Entonces lo peor que se ha cometido aquí es la inseguridad sembrada con las sospechas, y sepa usted que si vuelvo a ser objeto de una... soy capaz de volar la ciudad sin ayuda de ninguno de ustedes...

—Cálmate, Frank... en ningún momento hemos sospechado...

—Falso. Durante el primer intento Cecilio vigiló mi participación. Además, él mismo ha sido objeto de sospecha. Usted sabe de qué hablo... se ha vuelto sistemático dudar de todos, y conmigo no va...

Medina creyó prudente no someter a un interrogatorio al muchacho. Paulatinamente fue aminorando el tono de sus reproches hasta que la conversación pareció más amigable. Entonces, en un esfuerzo, por neutralizar su ira le indicó:

—Habría acción y confiamos en ti... pese a lo sucedido, prefiero a la gente osada. Es la que necesitamos. Ahora te voy a demostrar que no desconfío de ti... voy a encargarte un trabajo especial para el centro. Ellos me piden un informe acerca del primer atentado fallido. Tú mismo lo harás y yo no revisaré tus criterios... creo que podemos trabajar también en una explicación de este segundo intento. Estoy en disposición de comunicar que fue ordenado por mí sin informar a los otros. Todo lo que pido es discreción y que colabores conmigo más de cerca en esta difícil responsabilidad... ¿De acuerdo?

Frank le extendió la mano.

—De acuerdo.

20

Soleando

Brama el motor. Los neumáticos rechinan durante el despegue hasta que la nave queda libre de todo contacto con el suelo. Los techos van quedando atrás, abajo... primero las placas, después los tejados y en los límites de la campiña las cobijas de guano... primero, en segundos, van quedando atrás... después, más demoradamente, en un vaivén suave, como si se tratara de un papalote y no de aquella pesada figura metálica.

Las palmas, los riachuelos, las vaquitas, los caminos, los lagunatos parecen desde allí delicadas maquetas, juguetes. Es la vida vista en otro tamaño, desde afuera. El joven piloto parece gozar de un enorme privilegio.

“¡Qué agradable es! ¡Qué sensación! Me siento Lindbergh, Orville Wright, ¿Bascaró?... Ja... No; realmente no me siento Bascaró. No fue un héroe, fue solamente un negro con suerte. Nada más... Su hazaña no fue hazaña, pero ¿cómo podría? ¿Influencias? Quizás un amigo, un político... o una hermana... ¡quién sabe!... porque para llegar a cadete, para entrar en la Academia, no podía ser negro. ¡Qué va!... Le escribían sobre la planilla, al ver la foto: ‘no procede’... Ser negro era interpretado como ‘fealdad repulsiva’... Es lo que yo digo: ¡un negro con suerte! Y la hazaña... dicen que fue el primer cubano que rompió la barrera del sonido... ¿aquí? ¿Allá en los Estados Unidos? ¿En Pensacola? No sé, pero dicen que la rompió primero... un negro precursor... pero después se puso fatal. Él pensó que por aquello de la barrera iba a estar en la élite; que su esfuerzo, sus estudios, su audacia, lo iban a excluir del estigma de la raza; pero es imposible: no se puede contradecir a la naturaleza. Tuvo que ir a la guerra... y no era un paseo como parecía... lo tumbaron en la Sierra, creo que fue en el Segundo Frente, no recuerdo... estaba bombardeando... no sé si se lo llegaron a comprobar... él lo negaba... era inteligente al defenderse... y otra vez tuvo suerte... aquí no podía quedarse... no por negro... ahora eso no interesa, pero lo hubieran

rechazado sus propios hermanos de sangre y de color... y él quizás prefirió ser discriminado por blancos que le pagaran bien... y está de nuevo allá... ¿volando?... no lo creo... ya no es un piloto de Batista... no entra en ningún punto de la Ayuda Mutua... ¿Qué estará haciendo ahora?... dicen que fregando platos en el aeropuerto de Idelwild... no lo creo, será la envidia... pero ¿volando? no; no debe estar volando... ni siquiera de sobrecargo... es el estigma de la raza...”

Asido a los mandos, el alférez hacía volar sus pensamientos tan altos como la nave que pilotaba. Sentía un placer inmenso, creído superior a sus semejantes, y por encima del burdo mundo. Volar para él era escapar de la realidad que detestaba. Ese singular libre albedrío lo colocaba por encima de su misión trivial de piloto. Obraba por el impulso de ilusiones casi infantiles.

“La soledad es una situación ideal... incomparable... sentirse lejos del mundo, ajeno a la multitud... no sé cómo alguna gente puede sentir melancolía, añoranza, cuando debía gozar del encanto de la soledad... qué pocos son los que no pueden vivir solos... y volar... es una experiencia insuperable... desde que te acomodas dentro de la carlinga, ya te sientes amo y señor del espacio... tú eres el amo soberano y el avión es tu fiel servidor... tu siervo... tiras de él adonde quieras ir como si montaras un potro amaestrado... volar es una maravillosa aventura... después de un brusco y rápido despegue, se deja atrás la tierra y se penetra en una nueva dimensión espacial... en tu memoria se graban imágenes antes insospechables... abajo queda tu mundo cotidiano y lo puedes mirar de conjunto, como a través de una límpida capa de cristal... ves a la gente moviéndose de un lado a otro, como pequeñas hormigas locas... los sembrados con sus diferentes tonalidades... el curso plateado de las carreteras... los meandros de los ríos... los pastizales... los montes... como un insólito espectador de un acontecimiento inigualable...”

Tiró fuertemente de la palanca de mando y la nave levantó la nariz, cabeceó hacia arriba, trepó hacia el cielo. Después hizo una guiñada hacia la derecha, otra hacia la izquierda y sobrevoló unas nubes oscuras. Recordó las informaciones que le había suministrado la sección de meteorología minutos antes de partir. Con un banqueo pronunciado se reintegró a su curso inicial.

“Si Newton hubiera vivido hasta estos días... si hubiera conocido la aviación... si pudiera ver este crepúsculo sin obstáculos... pero somos de nuestro tiempo... mañana otros hombres alcanzarán otras dimensiones y nosotros nos empequeñeceremos en la historia... ya nadie se acordará de estos trastos volantes...”

Consultó su reloj. Pocos minutos después de la hora prevista en el plan de vuelo, apareció, imponente, el macizo montañoso del Escambray, envuelto en un verde neblinoso y pálido, acariciadas sus cimas por pequeñas nubes huidizas. Ya los débiles colores del crepúsculo tenían los tableros dentro de la cabina. Entonces, frente a las montañas majestuosas, el piloto abandonó los ensueños y se dedicó a tantear la realidad.

“Escambray... Escambray... déjame conocerte bien... desde todos los ángulos... déjame desentrañar tus misterios selváticos hasta conocer cada vereda...”

Sobrevoló varias veces rasando los picachos; metiéndose entre las nubes merodeantes. Y al regreso, sobrevino la noche. Nuevamente una experiencia extraordinaria, inquietante... la tierra, abajo, se colmó de luciérnagas nerviosas y arriba rutilaban las estrellas... volaba suavemente. Ahora no había quimeras en el pensamiento del piloto, sino inquietudes. El bello atardecer se había convertido en penumbras, en noche. La oscuridad no le inspiraba razonamientos poéticos. Ni siquiera las lucecillas de los poblados ni las estrellas. Le dominaba el sentido de lobreguez... en el fondo, transpiraba el miedo... Con frecuencia revisaba los instrumentos. Las esferas daban indicaciones satisfactorias. Por un instante la aguja de una de ellas se salió de su límite normal y el alférez se sobresaltó, pero después de unos segundos, la aguja volvió a la normalidad y el piloto dejó de sudar, sonrió, volvió también a la normalidad. Volaba sobre el mar, esquivando a los “caza-avionetas que le tiran a todo”... esquivando a los artilleros que se mantenían en perenne vigilia esperando a las naves piratas...

Trató de dominar el miedo que le rondaba las entrañas. Recordó cuando por fin sus progresos en el dominio de la nave le permitieron ganar ese ansiado derecho de solear; de salir un día sin la tutela del instructor; de enfrentarse a los problemas y buscarle solución sin consultar a nadie. Realmente sus vuelos solitarios habían sido monótonos, algún golpe de

viento que balanceó la nave, o como esta vez, una aguja dislocada que enseguida volvía a su lugar y nada más... quizás porque sabía cumplir al pie de la letra todo lo aprendido. Quizás porque siempre la suerte lo acompañó, pero lo último que escuchaba la torre en cada regreso, era su voz serena que avisaba su aterrizaje “sin novedad”...

Solear además, constituía otra ventaja muy conveniente. No confiaba en la “fidelidad” del instructor. Aunque era un hombre maduro, había sido “ganado por la plebe”... ni siquiera el fantasma del comunismo lo había sacado de sus convicciones. Así se lo explicó a Sussy:

—Mientras no salga solo, nada podré hacer. Ese hombre es un fanático. No cree en la infiltración comunista... o no quiere creer... Sus enfoques políticos son ingenuos.

—¿Entonces?

—Entonces alargaremos los proyectos y yo trataré de ganar tiempo con el aprendizaje. Diles que a lo sumo dentro de un mes...

Veinte días más tarde, la muchacha recibió una respuesta afirmativa, y el centro le hizo llegar al piloto las primeras instrucciones.

Sussy las recibió a través de su padre. El cifrado era en estos términos:

LEÓN:

CONSENTIMOS VUELO DE GAVIOTA SEGÚN PROPONE X PRIMERA ETAPA CMA RECONOCIMIENTOS PARA FAMILIARIZARSE CON AMBIENTE GEOGRÁFICO X VARIOS VUELOS BASTAN X FIJEN ITINERARIOS CON ESCALAS VARIADAS PARA EVITAR SOSPECHAS X SEGUNDA ETAPA CMA ENVIAREMOS POR VÍA DIPLOMÁTICA LOS MAPAS MARCADOS CON NUESTROS OBJETIVOS X SUPONE PLENO CONOCIMIENTO DEL LUGAR X SEÑALIZACIÓN DE ALZADOS YES OTRAS INDICACIONES OPERATIVAS CMA VIAJARÁN JUNTO A LOS MAPAS X CARPETA AZUL CMA SUMINISTROS X VERDE CMA ESPIONAJE X GRIS CMA PROTECCIÓN X OTRO ASUNTO X SE DEVUELVEN DATOS BIOGRÁFICOS QUE NECESITAN PROLIJIDAD X VERIFIQUEN SIN LA PARTICIPACIÓN DE GAVIOTA X MANTENGAN COMPARTIDO X CODORNIZ ARREGLÓ ASUNTO SOLICITADO POR GACELA Y OFREZCAN A GAVIOTA FACILIDADES FAMILIARES POR LA VÍA DE CODORNIZ X FIN FIN FIN.

21

“Mire, compañero...”

A María y Urbano,
cederistas.

—Mire, compañero... yo no voy a andarle con rodeos, ni con tapujos ni con paños calientes. Yo sé muy bien cómo es esto y nada más le voy a hablar la realidad, porque este comité no se abrió por gusto, no... ni para hacer alardes. Yo sé que alguna gente se ha equivocado con nosotros. Creen que estamos jugando, y es que estas ideas nuevas no le caben en la cabeza. ¿Cómo la gente que siempre estuvo humillada...? no, no es posible, pero sí... Ésta es una Revolución con R mayúscula. Yo sé que alguien dijo: “estas viejas se van a meter debajo de la cama tan pronto suene la primera bomba; pero se equivocaron. ¿Qué te parece? ¡Aquí no se mueve nadie! Y no es que nos guste estar vigilando detrás de la puerta o que nos guste desvelarnos. Es una necesidad. Mire, compañero... aquella gente dejó aquí muchos malos recuerdos: la bolita, la prostitución, el desempleo, las perseguidoras y, sobre todo, entre las cosas más odiadas, los chivatos. Usted puede ser mi hijo, pero recordará... eran víboras agazapadas... en la punta de sus lenguas estaba la muerte... con decir una palabra, un nombre... con señalar a alguien... Entonces, en los primeros días, con aquella imagen, yo trataba de evitar... no es que creyera que se trataba de lo mismo, no, de ninguna manera. Ahora es para salvar vidas, para evitar que un inocente vuele con la metralla; pero no sé, no me convencía... Si tenía que hacerle frente a cualquier problema le hacía frente, pero, vaya... y mi esposo igual... Me decía: “el hombre debe ser hombre a todo”... Era una falsedad... Ahora lo comprendemos. La cosa se fue poniendo... Fidel señaló el camino y él no se equivoca. y cuando dijo: “a cerrarles el paso, a no dejar que se muevan, a cuidar esto que es de nosotros”,

pues ¿qué le parece?... y este CDR fue de los primeros. Y no es para jugar... somos o no somos... entonces, al tema... el hombre está raro, raro...

Sí, habían entrado en el tema y el oficial abrió su agenda, preparó su bolígrafo y esbozó una sonrisa comprensiva.

—¿Por qué dice usted que está raro?

—Bueno... a simple vista, usted dice: es un rebelde ... y si lo ve en sus trajines, ¡la candela!... y el traje verde... sabe lo que le digo... pero el hábito no hace al monje. Si usted lo mira bien y lo oye hablar, dice: no, a éste le falta o le sobra algo... ¿qué le parece?... una cosa que... pero al grano: yo no sé por qué ustedes preguntan por él, si por bien o por mal... Mejor que no me lo diga, porque sin querer una se puede ir por el camino que le indican, y si es por mal, le sacamos todo lo malo; y si por bueno, todo lo bueno. Y no quisiera equivocarme... después la conciencia no me dejaría tranquila...

Vidueiro, comprensivo, volvió a sonreír...

—No se preocupe... no tiene que temer, compañera. Usted no acusará ni defenderá... lo que usted diga formará parte de todo un proceso investigativo, se unirá a otras opiniones. Sus sospechas serán verificadas ¿comprende?... Diga todo lo que piensa... aunque le parezca que no tenga importancia...

—Bueno, yo le decía que... mire, el martes... no, el lunes... eso es, el lunes vinieron a buscarlo dos hombres, y desde que se asomaron a la calle fue: mira para arriba, mira para abajo... Yo dije: es que buscan una dirección, pero no, sabían, fueron derechitos a su casa... y uno tocando la puerta y otro mirando... y yo arreglando las maticas del jardín. Mire qué bien cuidado está. Entonces él salió y conversaron... No pude oír nada, pues queda demasiado lejos; pero vi que se fueron los tres en el carro de él... y dos horas más tarde regresó solo, con cara de fiesta. ¿Qué le parece?... éstos nunca habían venido, y él no es muy sociable... Al poco rato vinieron a buscarlo los compañeros de trabajo, esos que siempre vienen... normalmente... yo pasé por allí y saludé... los compañeros estaban jaraneando con la vieja y tomaban café... pero éstos no habían venido... entonces uno de ellos, anote: unos cuarenta años, pero conservado, de pelo lacio, de traje, volvió de noche... con una muchacha... no pude ver bien a la muchacha... no sé si en el carro se quedó alguien...

—Apuntó la matrícula, por supuesto...

—No pude... la chapa estaba como doblada. Yo no me acerqué mucho, pero vi que era un VW azul... él le gritó a la madre: “Voy con los amigos, enseguida vuelvo”... pero esos amigos... no sé, no los conocí antes... puede ser, pero... a mí me da pena con la madre, porque si él está ahora en algo malo, esa viejecita se muere. No es que sea muy revolucionaria, sino porque... ¡los sustos que ha pasado! Al hijo lo dieron por muerto en la Sierra... se hablaron mil cosas y la policía de Batista viró al revés su casa, a pesar de que el marido era batistiano. Ella piensa que ya su hijo se ha encaminado... por eso se inquieta con esos trajines. Yo a veces pienso que este tipo está chiflado. Usted sabe lo que es, que hace ya varios días se apareció aquí vestido con un mono de esos que usan los pilotos, de un color naranja chillón, lleno de zipers por dondequiera y con un casco blanco grande... ¡lo que parecía!... y que yo sepa él no es piloto...

—En las últimas horas, ¿lo ha visto?

—Espere... mientras pienso y le contesto, voy a preparar café... —La mujer fue a la habitación contigua y mientras manipulaba la cocina habló reconstruyendo sus recuerdos—: Decía que si hoy lo he visto... sí, por la mañana... salió a las siete, como hace de costumbre, pero vino al mediodía, cosa que no acostumbra, y quemó unos papeles en el patio... después salió con un maletín, verde... y después, como a las cinco de la tarde, volvió... vino con una muchacha... Me atrevería a decir que con la misma de la otra noche...

—Entonces sí la vio bien...

—Ésta vez sí... era muy rubia, muy rosada, bonita, bien cuidadita, se ve que pertenece a la “jay”... No han vuelto aún...

—¿Ella vino en auto?

—En uno de alquiler... tengo la chapa... —La mujer se acercó haciendo equilibrio con dos tazas humeantes—. No sé qué pasa con éste... pero, la viejecita no resiste otro susto. Lo sentiría por ella, porque él no mira a nadie aquí. Si él anda en algo, ella no tiene que ver... no sale de ahí, no habla con nadie. Además, ella está contenta con la Revolución... aunque no sea revolucionaria... el marido era batistiano, ya le dije... abusaba mucho de ella, la golpeaba... se separaron...

El oficial ayudó a la mujer a describir a todas las personas que habían visitado al alférez y le dio instrucciones para continuar su vigilancia.

—Creo que por ahora basta... Aquí está mi teléfono para si ocurre algo importante. Cuando necesite nuevamente...

—Aquí nos tiene, compañero... para lo que sea... a cualquier hora aquí está el CDR... ¡qué le parece!

22

Abismo jerárquico

Caminó tratando de no hacer ruido. El agua chapoteaba contra los muelles, entre lancha y lancha; las naves se mecían suavemente estirando y soltando los cabos. Había una luna grande que se reflejaba en su traje blanco. Subió a la primera y no había nadie... a la segunda, tampoco... en su interior se alegró. Se imaginaba al centinela dormido... le reprimiría con rigor. Cuando llegó a la última lancha gritó:

—¡Guardia!

Despacio, salió el sargento de las sombras, de atrás de unos tanques en tierra... con el M1 en la diestra...

—Su guardia es a bordo ¿por qué no está sobre ninguna lancha?

—Desde aquí las veo todas... y también las recorro...

—¿No estaría usted durmiendo?

—No, alférez... vi cuando usted bajó y estuvo en cada lancha...

—Un hombre para cuatro lanchas... ¿no le parece poca vigilancia?

—No, alférez... estamos bien resguardados...

—No lo creo... el acceso por mar... ¿Están listas para navegar?

—Sí, señor.

—¿Todas?

—Todas...

El alférez se sentó sobre unos cajones vacíos.

—Póngase cómodo... debemos mantener esta guardia. La situación de peligro no ha pasado, pero usted debe subir a bordo y cuidar los accesos por mar. Detrás tiene el campo cubierto...

—No lo creo, alférez... ayer pasó una avioneta... las ametralladoras no dispararon...

—Son armas viejas, balas viejas...

—¿Hace mucho que está en la marina?

—Mucho... desde 1949...

—¿Nunca vio una ametralladora encasquillada?

—Una sí... cuatro no...

—¿Cayó preso durante la tiranía?

—No.

—¿Cuál era su trabajo entonces?

—Siempre ha sido al timón de embarcaciones menores...

—Entonces puede decir que es un experto...

—Conozco mi trabajo...

—Lo voy a tener en cuenta para cuando necesite alguien de confianza...

—Gracias...

—¿Cómo se ha podido mantener hasta hoy?

El sargento se volteó extrañado...

—¿Mantener? ¿Mantener qué...?

—Hubo muchos cambios...

—Siempre mantuve una conducta autónoma y honesta. Nunca me sentí priísta, ni batistiano... me sentí sencillamente marino... y nadie me ha echado en cara mi antigüedad en el cuerpo...

—¿No le han exigido definirse políticamente?

—No me han molestado...

—¿Y si le exigieran?

—Perdone usted, pero no me gusta adelantarme a lo que pueda suceder... para especular me limito a creer que solamente recibiré exigencias militares... y yo soy eso, un militar... un marino...

—Sí... tiene usted razón... para qué adelantarme... es que en situaciones como ésta...

El sargento quedó en silencio... en un silencio que el oficial deseaba interpretar...

—¿Y si le mandan a entrenar milicianos?

—Ésa es una exigencia militar...

—¿Está seguro?

—Yo sí. ¿Usted no...?

—No, sinceramente... Si el ejército está formado por gente del pueblo, si se dijo que no hacía falta más armas, ¿por qué preparamos a una milicia de

obreros y les ofrecemos fusiles?... ¿No estarán metidos en esto los comunistas?

—Quizás se tiene el criterio de que se deben aumentar las fuerzas armadas... con la participación de todos...

—Para eso hay países donde existe un servicio militar obligatorio.

—Mi tarea se limita a enseñar...

—Pero no dude que tiene implicaciones políticas... ¿Su padre fue también marino?

—No tengo padres... procedo de la casa-cuna... de ahí vine al mar...

—¡Ah, perdone!

—No tiene importancia, alférez...

—Es una cosa triste la vida...

—No siempre... depende mucho de que uno aprenda a vivirla sin arrepentirse...

—¿Conoce bien estos mares, eh?

—Conozco... conozco...

—Veo que usted tiene una filosofía sabia de la vida. Se aferra a las cuestiones inmutables y deja que haya cambios... hay seguridad en lo inmutable... siempre los niños han jugado, siempre la lluvia ha mojado la tierra... el canal siempre es el mismo... usted conocerá cada corriente...

—Conozco cada corriente, pero el canal siempre no es el mismo... ahora está lleno de barcos de guerra...

—Vaya, vaya... no lo sabía... americanos por supuesto...

—Sí, señor...

—Es natural... tenemos una situación especialmente estratégica respecto a nuestro hemisferio... dominamos las dos entradas del golfo de México, y somos algo así como una avanzada para la defensa del sur de los Estados Unidos...

—Es discriminatorio decir eso... por ese mismo camino podemos decir que la Florida es nuestra avanzada defensiva del norte...

—¡Qué chiste, hombre! ¿Va a comparar un continente con una isla? Usted seguramente conoce poco de geopolítica... eso no lo estudian los sargentos... pero mire, por si un día le sirve de algo... y además, ajeno a la política... usted debe recordar bien la guerra... si hubiera ingresado a la

marina unos años antes... los nazis echaban a pique a los barcos aquí mismo. Los Estados Unidos se vieron obligados a considerar quinientas millas como límite defensivo... la guerra naval obligó a establecer convoyes... la US Naval Station de Guantánamo se convirtió en la US Navy Operation Base... formaba parte de una cadena de bases, de un escudo naval que bordeaba la periferia de las Bahamas y las Antillas de Barlovento... las costas de Cuba dominaban además el paso por Panamá, Colombia y Venezuela... y por occidente, el golfo... México, la cuenca del Mississippi... en el área llegaron a juntarse de sesenta a ochenta submarinos nazis... en mayo de 1942 hundieron setenta y nueve buques... ¿Pueden ellos darse nuevamente ese lujo o deben imponer su supremacía en el Caribe? Piense que somos una isla y ellos un continente... o que somos una isla dentro de un continente...

—¿Y qué peligro existe ahora?

—El peligro comunista es constante y creciente...

—Yo creo que lo hacen por nosotros...

—Buena observación... quizás ellos temen que el comunismo aproveche nuestras disidencias...

—Parece que exageran...

—¿Ve qué fácil hemos empezado a hablar de política?

—Está incumpliendo y haciéndome incumplir el reglamento de la guardia...

—Es verdad... mantenga los ojos abiertos...

Ese día, el alférez escribió en su diario:

MARTES

Sol. Cielo sin nube.

30°

J. de M., está en 5a y 82.

Conseguí una réplica rara de tin Renoir.

\$50.00 para disco; \$150.00 saldo.

____Si yo fuera un productor de cine, si de mí dependiera, me dedicaría a filmar a todo color, cinemascope sonido estereofónico, **Sussy y sus amigos**. Ella siempre en primer plano, y algunos **close ups** (no hace falta nudismo).

Sussy como una estrella fugaz.

Su pelo de oro batido por un torbellino, en el curso veloz de un auto descapotado.

El vértigo de la velocidad es un ingrediente indispensable. (Además, es una exigencia del romanticismo moderno).

Fondo: Glenn Miller.

(Aquí va un dibujo de un águila con las alas extendidas, posada sobre un círculo. Dentro de ese círculo hay una esvástica nazi y las iniciales S.M.)

13:45___ salí del distrito. Recogí correspondencia.

Sussy llamó.

Su amistad ha sido para mí como un apasionante, delicioso y adelantado regalo de pascuas.

OJO: Nos inundan de propaganda.

En Rusia, las mujeres más bonitas las condenan a trabajar bestialmente la tierra. Ni ellos lo pueden negar. Esas mujeres aparecen a todo color en sus revistas.

Rommel: **Zorro del desierto** y **Arenas de Iwo Jima** (John Wayne) en el teatro del EMG. ¡Muy buenas!

Volví a leer Rommel, motivado por la película... Hitler no lo comprendió... él no debió serle tan fiel.

17:30___ Hablé con Ricky. Me contó lo que está sucediendo en la universidad. Está indignado. Dice que se escarnecen los derechos humanos.

Ayer: Sussy (deliciosa).

Sota de copas = joven alegre, amable, indulgente...

No dudo ya de la militancia de Benito. Lo mandé a poner "en órbita".

Anselmo: le pedí bibliografía del Escambray. No tiene mucha. Datos geográficos. No hay reseñas recientes. Él dice (lógico) qué va a haber; allí nadie crea ideas, y a nadie le importa además.

Él ha visto a los hombres del Escambray. Los define así: viven dentro de un paisaje salvajemente hermoso; pero ellos no lo saben, porque no son capaces de ir más allá de lo que son.

Fotografía aérea.

Puntos: **quail sage hen buzzard desert song a sparrow.**

Dice Bismark:

La libertad es un lujo que no todos pueden permitirse.

Y Goethe:

Con el conocimiento crecen las dudas.

H. H. (**What did they say? I don't remember**).

100 horas de vuelo se cumplen el lunes.

Variante: la apoliticidad de un sargento.

Los Ramírez: ¿Impostores? ¿Aristócratas en desgracia?

22:00 TV, después llamé a Sussy.

Do ut des (doy para que des) toda una filosofía de la vida.

Andy visitó: agradable sorpresa.

Razona: La Cámara de Representantes suprimió toda ayuda. Texaco y Standard Oil of New Jersey no refinarán petróleo ruso.

Tendrán que mantener abasto a través de una logística absurda.

Lo primero fue 20 abril y lo segundo 27 jun.

El 5 de jul.: suspendieron la exportación de azúcar cubano.

El 19-X revocan embajador, preludio de rompimiento.

¿Mañana?

24:00 Último toque; silencio.

Augurios de mañana: acción.

CENTAURO:

LEÓN SE HOSPEDARÁ HOTEL BARAJAS X IGNORO CONTACTOS SUYOS EN ÉSA X UN MÉDICO CUBANO RADICADO AQUÍ CMA ARREGLÓ SU ASUNTO Y EXISTE CONFLICTO FAMILIAR CMA PALOMA NO VIAJARÁ A MADRID X SIENDO ASÍ CMA LA MADRE TAMPOCO VIAJARÍA X LEÓN INSISTE EN SUS PLANES CMA YES VIAJARÁ PRÓXIMAMENTE CMA QUIZÁS CON VARIANTES IGNORADAS POR MÍ X ME DEJARÍA SUSTITUTO CMA PERO ANTES QUIERE ARREGLAR ASUNTOS PENDIENTES X SE APRESURA X MI CRITERIO CMA EVIDENTE DETERIORO DE SALUD YES FALTA DE CORAJE CMA NO VEO QUE SE TRATE EXILIO X PALOMA YA ENTREGÓ VEINTE Y CINCO MIL A GAVIOTA X TIENE PRISA EN VOLAR X EN PRÓXIMA ENTREVISTA LE HAREMOS COMPROMETER HASTA FINALIZAR PROGRAMA X RECIBIDO MAPAS YES INSTRUCCIONES X TRABAJAMOS CON BIOGRAFÍA X AGRADECIMIENTO A CODORNIZ X

GACELA

23

“Gracias por su confianza”

A esa hora de la mañana había poco público en el restaurante campestre. Aparcaron junto al río, a la sombra de una vieja ceiba, y buscaron una mesa bien alejada del pequeño grupo de clientes.

Pidieron platos criollos y cerveza.

—Un lugar agradable... aquí viviría yo el resto de mis días... este aire tan puro ya viene haciéndose un lujo...

Medina sonrió burlonamente:

—Así decimos todos cuando estamos ante estos paisajes de tanto colorido, de tanta frescura. Es como una hipocresía involuntaria... una es venir de paseo y otra quedarse... cuando llega la noche y desaparecen los colores...

—No; estoy seguro de que no es una hipocresía involuntaria. Me salió de aquí, del corazón...

—¿Eres de acá del campo?

—A partir de tres generaciones hacia atrás...

—Ya me extrañaba... a simple vista tienes un porte aristócrata... Te enfundas en un buen traje...

—Ésa sí es broma... con un buen traje, ¿quién no adquiere porte aristócrata?

—Lo esencial no es eso, claro...

—Sin embargo... lo invité a almorzar aquí por motivos especiales que no guardan mucha relación con mis preferencias ambientales...

—Eso supuse... hay muy buenos restaurantes todavía para venir a dar a este apartado rincón... ahí vienen las cervezas... —Frank esperó que el sirviente se marchara—: Cumpló una misión muy personal... vengo a agradecerle la confianza que depositó en mí. La valoré muy alto en estos momentos en que tanto daño nos hace la desunión...

—Pienso igual que tú, chico... por eso actué de esa manera... y al caso: tu informe estuvo muy bien; diría que excelente... Tu papel está reflejado con tanta objetividad que no parece escrito por ti... no es para que me lo agradezcas, pero... hice más... lo elevé tal y como me lo entregaste, sin añadir otros criterios...

—Así que había otros criterios...

—Sí... Rudi piensa de este modo: Cecilio y tú bien pudieron ponerse de acuerdo para inventar la historia de los niños en medio del jardín... y yo razonaba: pero ¿son tan eficaces los rojos del G2 como para infiltrar a dos en un grupo de seis?... no, no es posible... y él, pues... que no tenían que ser necesariamente del G2... digo, los dos... que uno podría estar... apremiando al otro...

—Ilógico... Medina, ¿cómo se entiende eso?

—Nada... ellos en sus elucubraciones, dicen que tú puedes explotar la cobardía de Cecilio, por ejemplo...

—¿Y cuál sería mi punto débil?

—Quizás el dinero... o algún otro negocio...

—La desconfianza nos mina...

—Eso... nos mina... pero yo confié en ti, en...

—Y yo soy recíproco... —Frank extendió un sobre amarillo, un poco estropeado y lo puso encima de la mesa, a un lado de las botellas de cerveza.

—¿Qué es esto? —Medina encontró adentro unos mensajes descifrados...

—¿Nuestros?

—Los nuestros se incineran...

—Entonces... “localiza hombres que sirvan a nuestros proyectos de Bahamas, el listado te llegará por vía formal”... ¿Qué es esto?

—La desconfianza...

—¿La desconfianza?...

—Sí... la desconfianza... estos cifrados no son nuestros, pero los recibe alguien entre nosotros...

—¿Un doble conducto del centro?

—¿Qué otra cosa pudiera ser?

—Depende de quién los reciba... por ejemplo... Rudi puede recibirlos y no precisamente del centro...

—Ya llega nuestra comida...

El empleado, cortésmente, fue colocando los platos humeantes, preguntó si deseaban algo más y se retiró.

Frank esperó que Medina reiniciara la plática.

—Si se trata de Rudi, puede haber alguna explicación...

—No entiendo esa dualidad...

—No es dualidad... Rudi es nuestro agente, pero también responde a... sigo confiando en ti... resulta que... Rudi es un hombre de Aldo... y Aldo es un hombre de la mafia...

—Cada vez comprendo menos...

—No es sencillo... formalmente, Rudi es un hombre de la CIA... ésta le paga, lo entrenó y armó... pero además... yo no conozco mucho de esto... no me quiero mezclar... sé que Aldo lo mandó, y que es el contacto con numerosos agentes, redes completas que antes trabajaron aquí en Cuba para Aldo y su gente... para Meyer Lansky... ahora esas redes responderán a nosotros... ¿comprendes?

—Vaya... entonces, resulta que Rudi también pudiera ser objeto de sospecha...

—Hay coordinación entre el centro y... la gente de Aldo...

—Lo digo porque esa gente tiene sus propios intereses... pero bien, el asunto no es ése... digamos que es lógico... que él reciba sus propios mensajes... que sean de Aldo... pero lea... ese que está ahí... ese mismo, léalo...

—¿Éste?... pues... “nuestros amigos de Madrid... me enviarán por tu vía contactos de Medina”... ¡Medina!...

—¿Comprende?

Medina estrujó un puñado de documentos... Para aflojar la tensión Frank contó cómo los había hallado:

—Usted conoce bien la casa de Guanabo... ajá... en la última habitación, precisamente la que tiene salida al pasillo del fondo... bien. Esa habitación no se utiliza... ¿ya sabe cuál es? ¡Bien! Allí existe un lavamanos que tiene el grifo inutilizado. El domingo, yo no tenía nada que hacer, estaba solo. Yo había pensado establecer en ese rincón nuestro cuarto oscuro... no se lo había dicho a nadie... quise ver por qué no estaba funcionando el grifo... tenía

buen aspecto y sin embargo... bien... descubrí que la inutilidad del grifo era intencional... su cañería estaba obstruida, taponeada desde el pasillo... así que es un grifo falso... lo safé... y dentro encontré los mensajes... hasta de sus muertos desconfían... ni siquiera utilizan los nombres claves...

—Guárdelos allí de nuevo...

—Si quiere hacer uso de ellos no me importa enfrentarme a Rudi, y a... la gente de Aldo...

—Mucho te agradezco... pero es mejor así... sé lo que debo hacer...

—No entiendo por qué tantas rencillas, tanta desconfianza...

—Somos muy heterogéneos... desde el principio hemos estado divididos... nadie se salva... creen que Cecilio es un traidor, o un cobarde... y Cecilio es simplemente un fotógrafo... nada más... en el centro están divididas las opiniones... unos desconfían, otros confían y otros son indiferentes... En todo caso no se trata más que de un **nigger**, un ser inferior... cada uno de nosotros es una grieta... así no se puede edificar... un día nos cogen presos a todos y ellos se buscan a otros... hay dinero para pagar...

—Si piensa así ¿cómo se metió en esto?

—Me acondicioné la mente a la idea de que Castro iba a durar tres meses y no quise perderme en un remolino, pero Castro no duró tres meses... ¿y tú?

—Yo todavía pienso que podemos vencer...

—Eres joven... yo estoy en un callejón sin salida...

—Perdone que sea indiscreto, pero... esos mensajes hablan de sus contactos en Madrid... de sus objetivos en Madrid... de la fecha de su salida para Madrid... si es que el grupo se disgrega yo...

—No... no se disgrega... no pienses mal de mí... me voy... huyo de mezclarme... no sirvo para ciertas cosas...

—¿Y no teme la larga mano de la venganza?

—Sí... pero no veo otra salida...

—Quizás más adelante se le ocurra algo... yo... seguiré firme, sin comprometerme con éstos...

—Yo no sabía muchas cosas... debo decírtelo... quizás tu juventud no te permite comprenderlas ahora... no sabía de esa unidad de objetivos con gánsters...

—¿Eso es desde el principio?

—Sí... se sienten igualmente afectados... y trabajan juntos desde el principio... desde antes de 1959 inclusive. Rudi participó en una operación encubierta; propuso a los rebeldes la venta de armas, pero no cayeron... —En el rostro de Medina asomó una mezcla de miedo e ira. Frank lo miró compasivamente...

—Haré lo posible por mantenerme alejado de otros compromisos que no sean encaminados a defender la democracia... si encuentro una manera más digna de servir al país, sinceramente, ¿usted me seguiría?

—Se lo prometo... estoy metido aquí no sé ni cómo... ¡Se lo prometo!

—En tal caso, no me olvidaría de buscarlo...

—Y yo sería receptivo... me repugnan algunas exclamaciones de barbarie desmedida y siento náuseas por hechos como la explosión de “La Coubre”...

—¿Fue el centro?

—Presumo que sí... ellos siempre me pidieron informaciones... no quiero ni pensar que... mejor me convenzo de que nada tuve que ver, de que ellos pidieron informaciones para hacer pronósticos... quizás el barco explotó accidentalmente, por una negligencia...

—¿Su hija piensa igual?

—Temo que no... pero ella tampoco tiene ideas criminales... ella busca la aventura, lo nuevo, lo excitante... no; ya sé que ella no me seguirá...

—¿Y su esposa?

—Ella no tiene nada en común con nosotros... me seguiría de hacerlo mi hija... así que también se quedará, como sucedió durante mi último exilio. Espero que éste sea mucho más corto... ya estamos llegando a la página de la metamorfosis...

—¿Qué es eso? No comprendo...

—Voy a seguir confiando en ti... Son los planes más extensos... el centro es una cosa, pero además está el Pentágono, está todo el poder de los Estados Unidos. ¿Comprendes por qué espero que mi exilio sea corto? Ni siquiera parecerá exilio... voy a curarme un mal... y al regreso... esa idea sola me alienta... debemos confiar en nuestro amigo poderoso... ellos no dejarán que el país caiga en el caos definitivamente... los comunistas nos llaman gusanos... gusanos... está bien, tengo un libro en mi biblioteca, forrado en

piel azul... tengo marcada una página, y en la página, subrayada una frase... son palabras de Teresa Ávila... las memorizo... “Gusanos de seda somos... gusanillos que hilamos las sedas de nuestras vidas... y en el capullito de nuestras vidas, nos encerramos para que el gusano muera y del capullo salga volando la mariposa”... Poético, ¿verdad?... me dijeron que cuando un cifrado me mande a leer esa página, querrá decir que ya está en marcha la batalla final...

—¿La batalla final?

—Así es... los “gusanos de seda” son nuestros hombres... se entrenan en campamentos secretos... se preparan debidamente... tienen instructores con mucha experiencia y serán armados para vencer... y los vencedores no serán llamados gusanos...

—¿No serán promesas para darnos aliento?

—No... es una realidad cercana...

Nuevamente el camarero interrumpió la conversación. Frank pidió la cuenta y entregó un billete que incluía la propina.

De regreso a La Habana conversaron de interioridades banales, de gustos y disgustos, de lo que harían al día siguiente y de la amistad que se fortalecía con ese intercambio de confianzas que no sería el último.

Al despedirse, Frank le reiteró al viejo Medina:

—Recuerde... cuando encuentre un camino más limpio, lo llamaré.

24

“Nada es casual...”

—Casualidad...

Ella se vistió de prisa y tendió la cama... el alférez se abrochó la chaqueta de gala y se volvió hacia la muchacha. Buscó en sus ojos claros y encontró miedo. Le acarició las manos y notó un ligero temblor en las pequeñas manos...

—Sería simplemente la casualidad... a veces ocurren estas cosas inexplicables... aparentemente inexplicables... Se combinan circunstancias imprevistas, pero no hay que hacerles mucho caso. Es que ustedes las mujeres todo lo dramatizan. No, no me mires así, yo no te lo critico. A la vida a veces hay que darle cierta chispa... salirse del reposo cotidiano... sin embargo, toda exageración es dañina... y no podemos vivir acosados por nosotros mismos, por nuestros temores, por interpretar con pesimismo el porvenir...

—Todo exceso es malo... también el de confianza... malo para nosotros y para los demás...

—No temas... ese hombre se habrá parado ahí por cualquier motivo... estará esperando a una mujer o vivirá cerca...

—Sigue ahí... míralo tú... es un mulato, de unos seis pies, pelado militar. Casi te diría que... le noto un bulto en la cintura...

El alférez se asomó a la ventana y miró hacia la esquina. Allí había un hombre tranquilamente recostado a la pared... ni siquiera miraba hacia la ventana...

—Vino en aquel auto gris...

—No... nadie viene solo a cumplir estas misiones, comprende... estoy seguro de que ha sido la casualidad... ahora saldremos de aquí y nada nos pasará... verás...

Ella se mordió los labios...

—¡Precisamente hoy! ¡Hoy! ¿Salimos separados?... yo primero...

—Nada de eso... salimos normalmente y ya... sacúdete los temores... la casualidad no es un enemigo digno de miedo...

—Tú insistes en la casualidad... y yo no creo en ella. Nada es casual. Ni siquiera esas hojas que se secan y vuelan... se desprenden muertas, pero no para satisfacer la necesidad de los románticos y de los poetas... se caen enfermas, porque les falta luz... y mueren... pero no por casualidad... Asimismo, ese hombre que está allá abajo espera por nosotros...

—Juraría que es la primera vez que lo veo...

—Y yo juraría que nos cruzamos con él a unas cuabras solamente de tu casa... iba manejando aquel auto gris... después volvimos a verlo, en el paso a nivel... estaba a tres autos de nosotros...

—No llevas mucho tiempo metida dentro de estos trajines de la clandestinidad, ¿verdad?

—¿Por qué me haces esa pregunta?

—No actúas segura de ti misma... confiaba en tus posibilidades... y éstas son debilidades muy peligrosas para la profesión... ¿no te lo enseñaron tus instructores?

—Me enseñaron que no debía fiarme de nadie ni de nada... que era mejor sospechar de todo y de todos...

El oficial revisó su porte frente al espejo, corrigió la alineación de las charreteras.

—Y eso lo incumpliste también... ¿Con quién? ¡Conmigo!... No me hagas caso... es un chiste... a veces no sé por qué estás metida en esto...

—Aprendí a odiar a los comunistas. No es un odio muy profundo... es... penetró en mi espíritu sin necesidad de razonamientos... o con muy pocos razonamientos... amo mucho la libertad... en general, la libertad está en crisis... en todo el mundo hoy se respira un aire vulgar...

—A tu edad las muchachas todo lo ven color de rosas... son libres aún bajo la bota de la tiranía más implacable, porque no tienen pupilas para la política...

—Tus criterios son demasiado ingenuos. La vida entera está minada de política, y el comunismo amenaza en todas partes... en los escaños del gobierno, en las flores, en los ruisseños, en todo... Mira, yo era muy

pequeña cuando estuve en California, en la casa de un viejo amigo de mi padre. Buscaba con qué entretenerme mientras las personas mayores conversaban de sus asuntos. Alguien reparó en mi aburrimiento y entonces ese amigo de mi padre tuvo la infeliz ocurrencia de hacerme un regalo... cuando lo trajo, sentí en el pecho un dolor muy profundo... era un ruiseñor disecado... Agradecí póstumamente el goce de sus trinos y le di sepultura. Los mayores rieron... era una singular ocurrencia infantil; pero yo estaba llorando. Pensé que lo habían disecado para estudiarlo, que lo habían sacrificado para hurgar en su interior y encontrar el dulce secreto de su canto... Me dijeron que no... que de su cuerpo habían hecho un adorno... El comunismo va aún más allá de este materialismo “burgués”... el comunismo, contrario al lujo, quemaría al ruiseñor disecado y mataría a otros si les faltara qué comer...

—Yo, de niño, no sufrí frustraciones... quizás por eso no temo ni me hago ideas de perseguido...

—Te contestaba por qué estoy metida en esto...

—Está bien, saldremos... —La tomó suavemente por el brazo y así bajaron a la calle.

Descontando aquel hombre en la esquina, estaba desierta. Con elegancia, el oficial acomodó a la muchacha en el asiento delantero y se sentó al volante. Observó a través del retrovisor... el hombre silbaba entretenido, recostado a la pared en la esquina... ni siquiera miró hacia el auto que se puso en marcha...

—¿Ya ves, tonta? El pobre hombre ni siquiera nos miró...

—Eres demasiado crédulo... debiéramos dar algunas vueltas antes de llegar allá...

—Si quieres... —Volvió a mirar por el retrovisor. La calle seguía completamente desierta... sintonizó la radio... música popular... Los Cinco Latinos... buscó música selecta... melodía para recordar...

—Todo esto es un gran juego donde se pone a prueba nuestra inteligencia, nuestra serenidad, nuestra sangre fría... todos ellos son unos cretinos, unos incapaces, unos incultos... en todo son inferiores... y si nos enfrentamos a ellos...

La muchacha lo interrumpió con una sacudida de hombros...

—¡Míralo! ¡No me equivoqué! ¡El auto gris! ¡La pistola!

—¡Quieta!

La diestra suya sobre la de ella y debajo, la pistola...

—¿Qué vas a hacer?

—No creo que nos siga, pero te voy a complacer... sujétate bien, que vamos a volar...

Poco tiempo después, el auto gris había quedado definitivamente atrás, y el alférez volvió a la velocidad normal...

—¿Qué sangre tienes! ¿Vas a esperar a que nos alcance nuevamente?

—Nada de eso... tranquilízate.

La espera desespera. Hasta la paciencia del alférez, puesta nuevamente a prueba, se desmorona. No era un día cualquiera. No se trataba de un contacto rutinario. Era el día “D”, con las valijas preparadas. El día convenido meses antes. En su exterior nada delataba ese interno estado de irritación. Recostado en el sofá, clava la vista en el techo y empieza a hacer cálculos...

“Si conocen el plan por adelantado, ¿por qué no me informan de los detalles? No hace falta tanto misterio... la palabra conspiración no es difícil... un acuerdo entre dos o más personas para violar las leyes establecidas... eso dicen los códigos... pero cada quien enjuicia a su manera... ¿qué haré al llegar allá? Los primeros días no me dejarán tranquilo... quizás tenga que comparecer ante el congreso... ¿cómo será mi vida a partir de mañana? ¿Qué dirán éstos aquí? Benito dejará de sonreír, se quedará boquiabierto... seguramente Sussy vendrá conmigo... o me seguirá más tarde... ¿me estaré enamorando? No... es que todavía me despierta los apetitos carnales... eso pasará... mi madre... cuánto trabajo... cuántas necesidades... la reclamaré... allá tendrá de todo de sobra... el paraíso... la vida...”

Cuando Sussy llamó, exactamente a la hora acordada, a la casa de Guanabo, recibió una sorpresa. Desde el otro lado, la voz del doctor no pronunció la frase esperada... ella escuchó otra... la versión en clave de una variante indeseada... lentamente colgó el teléfono y bajó la mirada al suelo...

caminó así, mirándose los pies, hasta el sofá... El alférez despertó de sus ensueños... vuelto a la realidad, la mirada adivinando un revés...

—¿Qué pasó?

—Suspenden tu salida...

—¿Cómo dijiste?

—Que suspenden la salida... que hoy no va.

De un solo impulso quedó sentado frente a la muchacha.

—¿Que no va? ¿Así sencillamente? ¿Sin más explicación? ¿Qué formalidad es ésa? No estamos jugando... o sí... nos estamos apostando la vida, el futuro, todo... ¿comprendes, Sussy? ¿O es que tú también estás en la componenda? —Dejó la comodidad del asiento y empezó a pasearse por la habitación.

—Ellos sabrán —trató de explicar la muchacha.

—Sí... ellos sabrán lo suyo y yo lo mío... aquí se rompe el contrato... lo rompieron ellos, que conste...

Sussy le tendió un brazo sobre las espaldas, recostó la cabeza en sus hombros y sollozó. Él dejó que se desahogara, pero no hubo llanto. La tomó por la cintura. Miró fijamente a sus ojos transparentes...

—Discúlpame... yo sé que tú no...

Ella sollozó entonces sobre su pecho...

—Yo también soy culpable... te lo diré aunque me pegues un tiro ahora mismo... y te lo diré porque te quiero... porque me gustas y estoy enamorada de ti... y quiero seguirte y correr tu suerte...

—¿Qué sabes tú?... cálmate... habla...

—Voy a decírtelo todo... yo también he caído en la trampa... ahora sólo pretendo que me creas y que me comprendas...

El color de la ira fue bajando del rostro del alférez... era que se dominaba interiormente, que pasaba a un estado de acechante calma, de cálculo... sus manos fueron perdiendo la presión y nuevamente versátiles tomaron el brazo de la muchacha... la condujeron hasta el sofá...

—Estoy muy confundida... ya no sé qué quiero ni a quién respondo... estoy harta... buscando más libertad he perdido la poca que tenía... y ahora no debía decirte... no sé qué pensarás de mí... si serás capaz de comprender... —Se abrazó a él...

—Esto comenzó hace muchos meses... ya, siguiendo a mi padre había entrado en su círculo de conspiración, y él lo había permitido, al principio casi como una gracia... luego se hizo costumbre... se fijó en ti un día... nos vio charlando, ¿te acuerdas?

—¿El día en que nos conocimos...?

—No... ese día solamente los presenté... fue más tarde, en Casa Blanca...

—¡Ah, ya!

—Esta vez se fijó en ti en otro sentido... te miró con ojos de conspirador... y después de conocer algunos aspectos generales acerca de tu persona, propuso a nuestros jefes que trabajáramos a tu alrededor...

—¿A cuáles jefes? ¿A los de aquí o a los de allá?

—A los de allá, a través de los de aquí...

—¿Me querían ganar para la causa... o sencillamente planearon utilizarme?

—La causa... no sé si tenemos causa... parecíamos un grupo unido... con bellos ideales... pero no... decididamente no tenemos causa... buscamos ventajas... soluciones para problemas íntimos... queremos apoyarnos en una bandera que no existe... pero toda esta basura nos sirve a nuestros propósitos...

—Y tu papel... ¿te utilizaron de carnada?

—Yo te conocía... y sentí que sería una misión agradable...

—Muy bonito... ¿Qué más?

—Voy a ser sincera para demostrarte mi arrepentimiento... oficialmente, me pidieron que fuera un enlace... entre ellos y tú... me daban determinadas instrucciones...

—Como aquel regalo de discos, ¿verdad?

—Sí... como aquel regalo de discos... pero debo decirte que yo también caí en una trampa... en la trampa del amor... no resistiría tu desprecio... siempre me sentí muy bien sirviendo de puente... y cuando supe que al final viajarías al Norte advertí que te seguiría...

—¿Cuándo me pusieron precio?

—No sé... no es precisamente eso...

—No, si no me ofendo... reconozco que me valorizaron sin mezquindad... veinticinco mil acá... veinticinco mil allá... ya cumplí el programa acá... ¿Qué dicen ahora?

—Tus servicios fueron muy útiles... algunos en el centro querían prolongarlos... hay alzados que necesitan apoyo aéreo, ayuda...

—Comprendo... las exigencias aquí valían los veinticinco mil sin discusión... allá hay muchos que van a reclamar su disidencia, y es demasiado pagar veinticinco mil dólares por ello...

—Quizás más adelante...

—No... tú estás convencida de que no... por eso fuiste sincera... ahora me toca a mí...

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a obrar por mi cuenta... voy a ir a cobrarles la cuenta allá... si antes ninguno de ustedes me delata ante el G2...

—¿Me dejas ir contigo?

—¿Para casarnos y ser felices?, y que el tío de la Coca-Cola me procure un buen empleo, y vivir muy felices, rodeados de muchos niños, y colorín colorado... no, no te llevo... no me puedo permitir esa debilidad... quizás algún día...

—¿Algún día...?

—Sí... quizás volvamos a encontramos en otra situación... que podamos comenzar nuevamente... Ahora ya cumpliste tu papel... y yo el mío... podemos quedar como amigos... como “compañeros” de causa...

Volvieron a La Habana sin hablarse, escuchando la radio, siempre música selecta... y de vez en cuando ella tenía que atajar una lágrima.

25

Invitación a la muerte

Su pistola, cargada, reposando sobre la superficie pulida del buró. Las mejillas rojas, los puños apretados. De pie frente al marino que lo observa firme y tranquilo...

—Lo ignoro, alférez... no sé quién dio esa orden... le repito que llamé para que tuvieran lista la lancha y me respondieron que estaba averiada, que la habían subido al varadero...

—Está bien... puedes retirarte... ¡espera! Tráeme un M3 con su equipo completo... algo más... salgo a un servicio operativo... dile al chofer que baje al parqueo y saque el Ford... que lo tenga en la puerta listo... no des información de mi salida a nadie... absolutamente a nadie... ¿comprendido?

—Descolgó el teléfono y marcó un número... ¿Aeropuerto?... sí, el mismo... ¿cómo está usted?... ajá... bien, bien... no, es que pensaba salir, volar un par de horas, un asunto de servicio... ¿eh?... sí, sí... sí, comprendo... —Colgó el teléfono abatido—. Así que no hay lancha... no hay avión... todo esto me parece muy sospechoso... —Apretó el botón rojo del intercomunicador—: Habla el alférez... necesito saber antes de cinco minutos quién dio la orden de subir la lancha al varadero...

—Correcto, alférez... le podemos informar de inmediato... fue Benito, cumpliendo una orden suya, según dijo...

—Está bien... —Se levantó y empezó a caminar por la espaciosa oficina—. Así que Benito... debí de suponérmelo... si lo hubiera puesto en órbita como pensaba... con esta gente no se puede ser flojo... no me puedo desesperar... es cuestión de inteligencia, de serenidad... ellos no pueden salir airoso... no son más inteligentes que yo... —Guardó la pistola en la cartuchera y dio un fuerte puñetazo sobre el buró... después se detuvo frente a la carta náutica extendida en la pared. Cuba y sus alrededores... sus islitas, sus racimos de cayos, el canal... las profundidades marítimas, las corrientes

marítimas, las señales de auxilio a la navegación... en resumen: Cuba y sus alrededores... Pasó su índice sobre el corredor marítimo del éxodo... el corredor de las traiciones, de las amenazas, de las agresiones... las manidas noventa millas... los esteros y los canalizos por donde se escurrían las lanchas rápidas piratas... por donde se infiltraban los espías y se desembarcan los alijos de armas norteamericanas... la línea de la costa... la larga frontera de arrecife... arrancó de un tirón el mapa, lo dobló torpemente y lo añadió a la fuerza a su sobrecargado portafolios...

—Alférez... el auto espera en la puerta...

Bajó las escaleras aprisa... frente a la posta, esperaba el chofer con la puerta abierta...

La posta se cuadró con la marcialidad acostumbrada...

—¡Al muelle, pronto!

El chofer miró al abultado portafolios, al M3 y los depósitos de cargadores...

—Voy a un servicio operativo...

Y el Ford se sumó a la corriente de vehículos que bajaban por la avenida del Puerto...

26

Una exigencia militar

El toque de silencio vibró dentro del camposanto. Estremecedor. Parecía que el corneta sufría el dolor de cada nota. Al final, la niña pálida dejó escapar un sollozo. La madre la apretó contra su cuerpo y bajo ambas la gravilla hizo un leve sonido. No lloraba la madre. Solamente apretaba las mandíbulas. Y sostenía una fiera mirada. Sobre los pinos castigaba el sol. La gente llenaba toda la callejuela hasta el panteón. Cualquier ruido insignificante sobresalía en medio del silencio. Sudorosos, los guardias que habían cargado el ataúd regresaron al armón fúnebre. El jefe de la ceremonia también sudaba. Tenía la camisa verde olivo pegada al cuerpo, empapada. Mandó “en su lugar, descansen” y los guardias obedecieron de un solo golpe que pareció sacar un eco del fondo del cementerio. El viejo se enjugó el sudor de la frente. Con la mano temblorosa se enjugó. La mano que fue firme. No lloraba el viejo. Murmuraba... quizás “mi único hijo”, o “bandidos”, o una maldición contra los asesinos... Su ceño fruncido no más de lo que obliga el sol de frente... El viejo apretó los hombros de la mujer y la mujer pasó el gesto a su niña... bajo sus pies volvió a sonar nuevamente la grava... y el llanto de la niña fue hiriente, breve... Empezó a hablar el instructor... de la muerte que no es muerte, del rencor necesario, del sacrificio y sus frutos, de mañana... Al viejo le latían las sienas hundidas... Vidueiro se acercó y le transmitió su condolencia con un abrazo, sin decir palabras huecas de la costumbre ancestral...

Poco después, rumbo a 5ta. y 14, Vidueiro trataba de concentrarse en el curso de los acontecimientos, en los problemas que esperaban solución, en los pasos del Expediente Almirante; pero no era fácil.

Inevitablemente, la imagen de la niña, de la mujer mordiéndose los labios, del viejo dolorosamente serio, la imagen del féretro envuelto en la bandera, se interponían en su pensamiento...

En la oficina lo esperaba un oficial de enlace que le entregó un abultado sobre amarillo, lacrado, clasificado de “secreto”... lo abrió aprisa... contenía las últimas informaciones relacionadas con el alférez... leyó por encima... casi todo lo que decía estaba ya previsto... se dirigió a sus compañeros...

—Ya tenemos en nuestras manos suficientes argumentos... hay pruebas de sobra para condenar a esos bandidos... en las próximas horas comenzamos a operar...

Iban a revisar nuevamente la situación cuando el teléfono interrumpió de manera insistente...

—¿Sí?... el mismo... ajá... ¿qué dices?... ¿y no se pudo evitar de ningún modo?... ¡Claro, claro!... sí, comprendo... enseguida vamos para allá... — Mientras se ajustaba el zambrán, anunció la mala nueva—: Lamentablemente, se nos escapa el “Almirante”... ¡Vamos!

Quince minutos más tarde, al otro lado de la bahía, un agente le ofrecía a Vidueiro una información con todos los detalles de la fuga...

—... y cuando llegamos ya no estaba en la línea del horizonte... al chofer lo tenemos aquí, pero es ajeno a todo... dice que su jefe le indicó que lo trajera al muelle, que iban a salir a una operación... le indicó que no hiciera comentarios... pero todo esto es lógico... no tenía por qué desconfiar...

—¿Llevó equipaje?

—Montó con un maletín repleto...

—¿Repleto de qué?

—Parecían papeles... no lo podía cerrar de lleno... pero quizás llevaba algo más...

—¿Y armas?

—Su pistola de reglamento y un M3 con todo su equipo...

—¿Y los testigos?

—También los retuvimos... dicen que no hubo violencia, que ni siquiera alzaron la voz... quizás fingió estar autorizado... cuando nosotros lo supimos ya no había forma de atajarlo, ni siquiera por la vía aérea... de todos modos salimos, y la otra lancha continuó la búsqueda, pero... yo creo que es inútil... ya deben haber llegado...

—De allá no se ha escuchado nada... ninguna señal... bueno, tendremos que esperar... y mientras, algo haremos... llévame adonde los testigos y el

chofer...

De los interrogatorios no salió nada nuevo. Se repetían los mismos detalles, sin contradicciones: el alférez llegó al muelle, habló con el sargento... Habló muy poco... el sargento asintió con un gesto y puso la nave en disposición de zarpar... soltó las amarras y salieron... ni en el muelle ni en la boca del canal nadie sospechó anormalidades... una salida cotidiana para un servicio especial de patrullaje... o para una misión secreta...

—Eso no estaba previsto, caraj...

Anonadados ante lo inevitable, desconociendo si se trataba de un común acuerdo o de un engaño, los oficiales trataron de pronosticar el desenlace de la acción evasiva. Dieron órdenes para que se estuviera al tanto de cualquier repercusión al otro lado del canal. Especularon acerca de la complicidad del patrón de la lancha y finalmente se impuso la confianza en el hombre.

A las 20:00 horas no se había reportado el arribo de la nave a la Florida. Ellos valoraron erróneamente este silencio. Creyeron que se derivaba de medidas impuestas por la CIA. La realidad era otra. El alférez, haciendo creer que cumplía una importante misión clandestina, había logrado que el patrón escondiera la lancha en la cayería, y, al caer la noche, zarparon nuevamente rumbo a un supuesto contacto en alta mar...

—Ésas que están ahí son las Marquesas...

—¡Ajá! Sigue... es más adelante...

—¿Más adelante?

—Sí. ¿Tienes miedo?

El ruido cansino del motor se ahogaba en el remolino de popa. Una estela plateada, donde se distorsionaba la imagen de la luna, iba quedando atrás. Por la amura de estribor se perfilaba la sombra de un islote...

El patrón, asido al timón con firmeza, de pie, con las piernas bien abiertas para contrarrestar las sacudidas del mar, trata de adivinar las sombras... así lleva mucho rato, como clavado en el puente de mando de la embarcación... a sus espaldas, guardando trabajosamente el equilibrio, reprimiendo las náuseas, el alférez sostiene el M3 sobre el pecho...

—¡Alférez!

—¡Ajá!

—¿Ve aquellas luces?... al centro y un poco hacia el este... eso ya es Key West... de no variar este rumbo, nos tropezaremos con Marathón... ¿Qué hacemos?

—Continúa, continúa...

—Alférez, yo no me explico por qué ya no nos han parado los guardacostas...

—Continúa, hombre, continúa... todo está arreglado...

Arreglado... se lo dijo así, con esa premeditada y casi imperceptible ambigüedad... para ver cómo caía... para ver si era aceptada por algo más que por una simple exigencia militar... pero el tozudo patrón no era el bocado fácil que parecía... ofreció resistencia...

—¿Qué continúe dice usted?

—Sí... ¡Que continúe! ¿No me oyó? ¿No conoce lo que es una orden militar? ¿Necesita que se la esclarezca siendo confidencial?

Pero en las reflexiones del patrón, en sus intensas emociones íntimas, no funcionaba la compulsión de una orden... ni siquiera el chantaje de una alusión al pasado... a sus espaldas tenía aquel mismo peligro que le acechaba tantos años... se dispuso a mantener su entereza a toda costa... adivinaba ya la verdadera intención del alférez... aminoró la marcha de los motores...

—¿Qué pasa? Le dije que continúe...

—Primero dígame... ¿Esto es un servicio o una fuga?

—¡Continúe, es una orden!

Sintió en sus espaldas cómo el alférez montaba su M3... de golpe, elevó las revoluciones en los motores y suponiendo el estado de desequilibrio del oficial, soltó el timón y volviéndose repentinamente lanzó su puño con fuerza contra él... con toda su energía lo descargó sobre el mentón... el hombre salió disparado sobre la borda y cayó al mar... los disparos de su metralleta atravesaron el techo de lona sobre la cabeza del patrón... lo vio desaparecer a estribor, a popa... giró todo el timón y buscó alguna señal de supervivencia... la costa estaba cerca... había luces de tierra y de embarcaciones... un **blinker** relampagueante comenzó a hacerle señales... entonces, a toda máquina, volvió a adentrarse en el canal, con una avalancha de pensamientos agobiando su tranquilidad espiritual.

En alta mar, cuando se sintió libre de persecución, pensó en los últimos minutos vividos... de cualquier manera, había matado a un semejante... le había privado de su derecho máximo... obligado por la alternativa... una lucha entre el deber y las consecuencias de su cumplimiento se originó en su conciencia conmocionada...

La lancha entró por el canal. Cuando arribó a Casa Blanca ya Vidueiro y otros oficiales esperaban en el muelle. Algunos saltaron a bordo antes de que fueran enlazadas las bitas en tierra. Vidueiro abrió el portafolios del fugitivo... el instrumental de un espía quedó expuesto a la luz de la luna, adornado de fajos de billetes, de dólares...

Miró inquisitivamente al patrón...

—¿Y el hombre?

—Se lo tragó el mar...

—¿En alta mar?

—No... frente a Miami...

—Vamos... tomaremos café y hablaremos de esto...

27

En la playa...

Recaló sinuoso, despacio, deslizándose frente a la arenosa ribera salpicada de arrecifes. La marea jugó allí con él durante un largo rato. Lo meció suavemente. Lo trajo y lo llevó a su antojo, enredado entre la espuma y los sargazos, ola tras ola, envuelto en el flujo y reflujo de aquellas aguas teñidas por la impresionante variedad de tonalidades desprendidas del manto coralino.

Una mancha de minúsculos peces lo asediaban sin aventurarse demasiado, como si presintieran el peligro de un veneno letal o la acechanza de una garra defensiva escudada en aquel alimento extraño.

Por fin se varó. Encayó en medio de pequeños caracoles, guijarros y helechos empapados. Se quedó allí, rígido sobre la arena mojada. Sosegado como un madero. Eso parecía desde lejos: un madero desprendido, un tronco que alguna crecida había arrancado de raíz y había empujado al mar por la desembocadura de un río revuelto. Eso parecía: un desarraigo...

Casi de repente, la mañana tranquila y fresca llenó de luz aquel lugar. La vida despertó entonces tierra adentro, bulliciosa, minimizando las sombras. Y los sonidos del día fueron ocupando el espacio de los sonidos de la noche. Terminó la crujiente y lenta marcha de los cangrejos que regresaban a sus cuevas disimuladas entre las raíces de las palmeras. Unas aves anunciaron su venida del norte. Eran unas aves blancas y zancudas, de patas, cuellos y picos alargados; de vuelo elegante y preciso: frescas y ligeras piezas del paisaje. Ninguna se posó cerca del muerto. Ninguna lo confundió con un tronco. Se sacudieron ruidosamente el plumaje, soltaron al viento su canto desapacible y bronco y con un salto ágil y unánime prosiguieron en su inocente y sabia migración hacia los cayos del sur. Como acostumbraran hacer año tras año sin equivocarse el rumbo, huyendo de la crudeza del inminente invierno.

Después voló con igual destino una alborotada banda de pájaros pequeños, pero ni siquiera se detuvieron.

Y aquella figura inanimada y macilenta quedó allí solitaria bajo el sol, con la cara vuelta al cielo despejado, con los brazos extendidos en cruz y las manos plumizas crispadas.

No cabía ya dentro del uniforme blanco, sucio, desgarrado... con el cuello desprendido y las charreteras arrancadas. En el rostro irreconocible, los peces habían roído. Las cuencas vacías e inútiles yacían ante el paisaje de pinos y palmeras.

Sobre ellas dejaba el sol pequeños cristales de salitre. Para él ya no existían los exuberantes colores coralinos, ni el crujiente andar de los crustáceos, ni el canto de las aves. Nada. Era como un paréntesis vacío en medio de la vida...

Su reloj marcaba las dos y cuarenta y no andaba más. Era su última hora. Como si inexplicablemente se hubiera propuesto ser fiel al tiempo de su dueño. Como si hubiera preferido acompañarlo allí a ese abandono definitivo. Como si se prestara a una irónica despedida para quien ya nunca más necesitaría de la tiránica pauta de los tiempos.

Vencido entre helechos. El agua balanceó sus pies con un ritmo decadente, hasta dejarlos por fin quietos, tendidos en la playa. Las aguas que habían lamido la tierra firme, se retiraron. Cuando bajó la marea, dejó entre sus rastros, entre botellas vacías, palos, ramas y esqueletos marinos, aquella grotesca figura rota y húmeda, humillando el manto arenoso de la playa.

28

“Las manos en la pared...”

—Ponle el cristal... anjá... ahora el **magazine**, cambia el **magazine**... en el botón amarillo... ajá... ¿ves qué fácil?

—Ahora sí, Medina... ahora sí...

—Serás un buen radista, Frank... te lo aseguro... tomas muy en serio este entrenamiento. Contigo de radista, el grupo ganará autonomía...

El maestro, visiblemente satisfecho, se honraba exaltando la destreza del alumno y éste, alerta, descubría en el acento preocupado de Medina una inusitada dedicación. ¿No era aquel hombre el mismo que preparaba un escape de simulada necesidad, un exilio? ¿Por qué pensaba entonces en la autonomía del grupo?

—No le entiendo... ¿qué le reportará a usted esa autonomía? ¿Estará aquí para verla? O es que ya se arrepintió de sus planes...

—No... pero acostumbro a vivir en presente... mantengo mis proyectos... el centro, aparentemente, ha comprendido que tengo dificultades de salud... tácitamente me han autorizado... y yo salgo, pero mientras, no debo desatender ningún asunto... ustedes viven en la espera... nosotros tenemos la cabeza llena de problemas... las verificaciones de Esteban y Julio fueron positivas... definitivamente se incorporan al grupo de ustedes... hay otro acontecimiento... viene un jefe...

—¿Un jefe del exilio?

—Un jefe del centro... su misión es tratar de cohesionar al grupo, tratar de integrar a otra gente valiosa que se halla dispersa... y arreglar lo que entre nosotros no ha marchado completamente normal...

—¿Viene a quedarse?

—No... sólo unas horas...

—Entonces no viene, Medina... se asoma...

—Pero, ¿qué más tú quieres?

—No, yo no quiero nada, pero le diré por qué no hay cohesión aquí en el terreno... Fidel todos los días habla con la gente, las comanda... y nosotros no tenemos un jefe que venga a arriesgar su pellejo... a cohesionamos... ése es el juego... lo otro es demagogia de capitanes arañas... por eso no le voy a criticar que se quiera ir usted también... en definitiva es... un instrumento...

—No quise juzgar tan severamente...

—Yo sí... tengo justificación sobrada... así que ese jefe que viene, no es cubano...

—Es... confío plenamente en ti... es... Centauro... Cecilio lo conoce bien de sus andanzas anteriores... se deben mutuos servicios... y también debilidades...

—Es un jefe... ¿relevante?

—¡Mucho!... Centauro es Joe... y Joe es... Santos Traficante... un tipo bravo...

—¿Un hombre de la mafia o un hombre de la CIA?

—No busques límites... un hombre que nos ayuda...

—Siempre es bueno conocer quién nos ayuda...

—Lo importante es que nos ayuden...

—¿Va a comunicarle a los demás esta visita?

—Sí... dentro de una hora tendremos una reunión... además de noticias, hay nuevas instrucciones...

Mientras recogían los equipos, conversaron acerca de la próxima reunión. Presentarían a Esteban y a Julio... Medina anunciaría ostentosamente la visita de Centauro... Además, sintetizaría las instrucciones recepcionadas la noche anterior...

Cincuenta minutos después, se encontraban al otro lado de la ciudad. Medina se había cambiado y vestía traje azul de invierno y se veía rasurado con esmero. En un ambiente de cierta solemnidad, esperaban el comienzo del conciliábulo comentando sus rutinas.

Rudi tomó asiento junto a la ventana que daba al jardín de la entrada principal. Más allá del césped y la calle jugaban niños; el cristal no dejaba escuchar sus voces. Siguió los giros infantiles con su mirada huraña. Su cicatriz se contrajo al recordar la coartada de Frank después de su fallido intento de atentado... el muchacho había explicado entonces: “Iba a disparar

cuando aparecieron los niños, lo rodearon y subieron con él al edificio...” aunque aquel día Cecilio contrachequeaba la actitud del francotirador, aunque corroboró su versión, quedaban residuos de sospechas más ligados a conceptos personales que a evidencias... en definitiva, él, en igual caso, hubiera disparado. Ahora mismo dispararía si aparecieran del otro lado los comunistas. ¿Por qué no hizo lo mismo Frank? ¿Por una simple consideración sentimental? ¿Por temor? ¿Por falta de decisión? Frank no parecía un hombre cobarde ni indeciso. ¿Por qué vaciló? ¿Por qué dejó ir la presa?... Después se reivindicó... parece que se reivindicó... si no hubo un gran truco que incluyera efectos pirotécnicos y una extensa movilización de recursos, él buscaría y hallaría la manera de probarlos por su cuenta a todos para poder dormir en paz... para no correr la suerte del otro, de Leslie...

En medio de la habitación Frank también meditaba... y entre sus pensamientos también andaba Rudi... Sin duda ambos pensaban completamente distinto acerca de la condición infantil... el héroe de Corea, contando sus dudosas hazañas, había evidenciado sus mezquinos sentimientos al hablar de un niño... quizás hablaba de un muerto... “Vigilábamos día y noche tratando de sorprender quién robaba nuestras provisiones... nos robaban víveres en pequeñas cantidades, pero continuamente, sistemáticamente... cada noche una o dos latas de conserva, algún pedazo de queso o de embutidos, pescado salado, frutas, sal, chocolate... hasta que, cansados, nos decidimos a coger al ladrón... le preparamos una buena trampa y cayó... pensábamos que teníamos que dar con él y aplicarle un castigo ejemplarizante... y lo cogimos... era Kim, un malagradecido nativo que nosotros utilizábamos eventualmente para trabajos poco higiénicos... tenía trece años y ya era un ladrón... problema de los padres, era un huérfano de la guerra... pero no le quedaron ganas... lo golpeamos, lo tiramos de mano en mano como si se tratara de una pelota... lo pateamos, lo pinchamos con las bayonetas y después... un mayor tuvo una ocurrencia: raparle la cabeza para echarle alquitrán... parecía un demonio horrorizado... se arrodillaba y nos pedía perdón para que no siguiéramos la fiesta... el mayor le preguntaba: ‘¿Quién te manda, si no tienes padres? ¿Para quién robas?’ y el muy perro gritaba: ‘Mi madre es el hambre, para ella robo’... le echaba la culpa del delito a su miseria... bonita coartada el

hambre... pero nosotros estábamos convencidos de que ese muchacho robaba para alguien... de que esa idea se la había inculcado algún adulto aprovechado, quizás algún comunista saboteador... le prometimos que lo dejaríamos libre si hablaba, si delataba al autor intelectual... no más tenía que decir un nombre y ya... pero fue inútil; arrancarle esa confesión no era fácil... no habló... ni siquiera cuando lo encerramos en una caja y lo atamos a un helicóptero que viajaba hacia Uijenbú... No supe cómo llegó allá, si llegó... no supe si se murió de pánico o si la caja mal atada cayó al vacío... allí hubo quien esto le pareció un extremismo desagradable, sin embargo el resultado fue positivo, porque ningún otro nativo metió las manos en nuestros almacenes y pudimos vivir en paz...”

Por fin, levantando la vista en gesto ceremonioso, Medina dio inicio a la reunión.

—Amigos... nuevamente convocados por la defensa de la democracia y ante la amenaza del pulpo comunista...

Frases hechas, injurias, falsas alusiones, demagogia... el anuncio de Centauro “para aunar y orientar... las buenas nuevas descifradas... nos darán más apoyo, nos piden un trabajo más ‘intelectual’, más refinado, aglutinación de inteligencia... se interesan por las rutas y los hábitos de los máximos líderes”... la crítica a una defección: la del alférez, pobre final del operativo “Almirante”... la justificación de otra huida, “la salud quebrantada”... “la ausencia presente” allá lejos del trópico, sobre las nieves de Madrid...

Ellos atendían silenciosos, pasivos... el doctor, con aparente desgano, mientras hojeaba una **Life en Español**... Rudi vigilando a ratos el ámbito de la amplia ventana... los recién admitidos tímidamente esperando ser mencionados... la muchacha, cabizbaja, apartada, y Frank...

—...y estos muchachos darán nueva vitalidad al grupo... queda pues en manos de ustedes, alcanzar verdaderos éxitos y hacer más corto este suplicio que sufre el país...

—Medina, quisiera decir unas palabras... seré muy breve... —Frank había hablado desde la puerta de acceso a la antesala... En sus manos tenía una metralleta M3. Ciertamente fue breve—: Que están detenidos... que esta casa ha sido rodeada... que dentro de cinco minutos mis compañeros

derribarán esa puerta... así que no intenten una locura suicida... las manos a la pared... Rudi... tú primero, andando... —Montó el arma...

Siluetas verdes asomaron por la ventana y varios cañones oscuros hicieron saltar los cristales...

En la cintura de Rudi había una Parabellum... pero allí se quedó... el hombre de la Agencia... de la gente de Aldo... el héroe de Corea, no tuvo más que un gesto de impotencia.

En los demás hubo pánico y estupor.

Rudi asintió en silencio, con un leve gesto de mandíbulas, como diciéndolo a sus amigos: “¿Ven? Tenía razón, estábamos penetrados”... Entre dientes masculló: “Así que hubo pirotecnia”... El doctor trataba de valorar aprisa la adversidad... habría que mostrar pruebas... él estaba engañado... creía que especulaban entre desafectos... no había sangre en sus manos... Cecilio, en el umbral del llanto, desplomado, sintiéndose perdido cuando precisamente Centauro vendría a sacarle las castañas del fuego... Sussy, con apariencia indiferente y soberbia... y su padre, sudando copiosamente, atónito, tratando de creer lo que veía... y todos, tendieron sus manos sobre la pared...

29

En la playa...

Venía despacio, atravesando el mar desde la cayería. Sin rumbo fijo aparente. Como buscando nada. O como extraviado inmerso en los extensos Everglades...

Los Everglades... unos dicen que en el origen fue una hermosa bahía, pero que más tarde, por los caprichosos lances de la naturaleza, se desmembró en canales, pantanos y bancos de arena. Otros aseguran que el Okeechohee se desbordó algún día; que sin freno las aguas del lago irrumpieron en la zona y arrollaron la selva, las playas, y que así se formaron los pantanos, los bancos de arena, y en el fondo quedó un gran manto de algas. Son centenares de kilómetros inhóspitos, aunque dicen también que tierra adentro existen indios seminoles, desplazados hasta allí por la colonización que les usurpó las tierras fértiles colindantes con Georgia. Dicen que los colonos blancos, fieramente, asaltando sus débiles carpas, asesinando a sus mujeres y a sus hijos, les obligaron a meterse en esos pantanos...

Los Everglades...

Venía moviendo los remos con pereza... encorvado y desdeñoso venía... Con el torso desnudo y un pañuelo descolorido atado a la cabeza con el mismo estilo de los piratas de otros siglos. La popa de su bote iba dejando atrás una estela leve sobre el mar. Era un bote anónimo, sin adornos, de maderas desnudas...

Venía en silencio. Despechado por la malaventura de su incursión por los cayos —veinte horas de infructuosa vigilia sobre el mar apacible— venía cansado de alzar y escurrir, inútilmente, una y otra vez, las redes vacías y gastadas... rezumando caldo de algas...

Ceñudo, sin prisa y sin peces, poco menos que a la deriva, repitiendo la ruta hartamente conocida hasta el caserío blanquecino de la costa. Así fue acercándose a tierra.

Pero a la altura del estuario, allí donde las aguas tienen una apariencia turbia, se animó sorprendido. Como un asombrado descubridor de tierras nuevas... seguro de un hallazgo portentoso... Entonces cobró denuedo el solitario navegante, quien empezó a hundir los remos con energía y puso proa a la costa sin apartar su vista de ella. Así salvó pronto la distancia matizada por el rutilante fondo coralino que se enturbiaba al llegar al estuario revuelto. Ya en la orilla, varó la nave y saltó afuera. Sus pies descalzos se hundieron en la húmeda faja de arena donde empezó a marcar un apurado rastro hasta el yacente. Se detuvo allí frente a él. Receloso, miró cuanto lo rodeaba, como buscando alguna asechanza, algún signo de emboscada, de trampa... pero la soledad era total, impresionante... como si no latiera nada vivo sobre los Everglades... solo él frente a un cadáver... Se acercó un poco más y se inclinó cauteloso. Examinó el cadáver de pies a cabeza, con el detenimiento de un perito...

Un ruido le hizo levantar súbitamente la cabeza... allá, muy alto, eran aviones a chorro... para sus pilotos, ellos serían como dos crustáceos, como dos sabandijas, como dos puntos perdidos en el profundo paisaje terrestre...

Volvió a mirar a todas partes, desconfiado... y después, con rápidos movimientos, cortó la pulsera negra del Movado, lo alzó en sus manos y lo miró satisfecho, con esa mirada victoriosa del pescador que ha cobrado una buena pieza... ¿cómo andaría su maquinaria? ¿Estaría muerta como su dueño? ¿Sería realmente waterproof? ¿Resistiría?... Lo llevó al oído... nada... lo sacudió... nada... Después de varios intentos por revivirlo, abrió la bolsita de piel atada a su cintura donde cargaba sus anzuelos, sus plomadas, las camadas, y lo echó allí...

Nuevamente miró alrededor y se percató de la soledad que lo rodeaba. El mar seguía quieto, el horizonte limpio... pinos y palmeras mecidos suavemente... y la línea arenosa de la costa...

Sacó de la vaina de cuero el cuchillo comando ennegrecido... ennegrecido sólo hasta su filo que brilló bajo el sol... era un arma vieja y querida... llevaba mucho tiempo en su cintura... con su ayuda había sobrevivido en la selva, durante un año de la última guerra... con él había destripado muchas entrañas animales para calmar el hambre de los suyos... con él extirpó al cadáver un dedo hinchado de la diestra, un dedo prisionero

de una joya. Como macabro orfebre, horadando la carne unas veces, rasgando otras, golpeando con el recazo, hurgando...

Así talló la salida del anillo macizo y brillante que saltó a sus manos rugosas...

En sus labios apareció una sonrisa cariada, breve...

La tierra le daba lo que le había negado el mar. La suerte, finalmente, le daba una palmada en el hombro... le susurraba: “Hoy darás de comer a los tuyos... venderás el oro y con el oro comprarás los víveres... y del reloj inutilizado quizás también logres sacar algo...”

Volvió a la orilla andando de espaldas, trabajosamente, casi en cuclillas, esparciendo la arena sobre las huellas hondas y frescas. Metidos ya sus pies dentro del agua, volvió a mostrar una media sonrisa de triunfo... enjuagó el cuchillo y lo guardó en la vaina después de frotarlo sobre el pantalón... lavó la pieza cobrada, el anillo con las iniciales en relieve, que también fue a parar a la bolsa de los aperos... Sacó entonces el bote al agua y saltó a bordo...

Cuando echó los remos al mar, miró hacia atrás, musitó algo acompañado de un gesto intraducible y empezó a remar vigorosamente, con todas sus fuerzas, como un perseguido que lleva en los talones a sus perseguidores.

Despacio navegó con el sol a la espalda, palpándose a menudo la bolsa que llevaba a la cintura. Dirigió la proa al caserío blanquecino donde nadie, ni las rapiñas, sospechaban que había un muerto tendido en la playa.

30

“Na, Compay...”

“Na, compay... que le pusimos la trampita y cayeron... no, mansitos no, compay, porque hubo tiro... ¿Que cómo fue?... Nosotros estábamos desperdigados por los alrededores... sí, tendiendo un cerco... allí en la costa norte de Cárdenas, allí frente a la bahía... desde muy temprano, al oscurecer nos emboscamos... ¡Tenía unas ganas de fumar, compay!... yo no conocía bien esa zona... yo soy del norte de Holguín, pero también de la costa... y la costa es costa en todas partes... toda la costa norte se parece... ¡Qué va, compay! Yo no vine porque quise, a mí me trajeron... sí, en el 59... yo bajé con la tropa, con una barba hasta aquí... y na, compay, eché pa la Habana y aquí en occidente me enredé con una mulata que fue la horma de mi zapato y me quedé... Sí, compay, hace poco estuve allá... cómo ha cambiado aquello... ¡Bárbaro!... Allí nació yo, allí nació mi padre, y antes mí abuelo, que fue mambí y que sirvió al general Maceo... aquello era mitad aromal y mitad pedregal... a fuerza de mucho trabajo se pudo hacer parir la tierra... son cinco rosas... na, compay, un pedacito de tierra así... fíjese usted que una rosa viene siendo... diez mil varas... entonces esas cinco rosas divididas en cinco ramas de la familia... sin médico, sin escuela, sin trabajo... mi padre decía que eso era lo peor... yo creo que no... ¿y la rural?, ¿y Sosa Blanco?... después de Río Grande, por El Martillo, al lado de una ceiba, mató a un niño... ¡con un tiro de tanqueta, compay! ¡Qué salvaje!... a mansalva le disparó un proyectil explosivo... ¡Vea, compay!, eso sí era malo... pero bien, le decía que la costa es costa dondequiera, y que aunque no soy de aquí... ¡oiga, compay!, llegaron a la hora mismita... por el lugar en que les esperábamos... fue como a las 22:00 horas... entraron derechos por el canalizo de Empalizada, al este de cayo Galindo... venían en una lancha rápida, una V-20... Eleno fue quien la vio... aunque no había luna la noche no estaba muy oscura... se acercaron silenciosamente hasta cierta distancia

¿no?, como para esperar allí a que le hiciéramos la señal... Venancio le hizo la primera señal, un simple destello... claro, compay, ellos lo verían más grande desde el mar, a través de un aparato que traen... Esperamos unos segundos... Venancio hizo la segunda señal... entonces empezaron a acercarse más y más... hasta un punto en que echaron una balsa de goma al agua, y montaron tres y cogieron rumbo al arrecife... oiga, compay, esa noche el mar rompía con poca fuerza contra la piedra, pero de todos modos no era fácil la travesía, ¡qué va!... venían dando canalete, rodeando la piedra... ¿Canalete, que qué es? Ah, compay, eso es remar así, con un solo remo, para que la balsa caiga de un solo lado... vinieron por toda la orilla hasta frente a nosotros, pero no saltaron enseguida... no nos veíamos bien las caras... uno de ellos nos dio la cifra clave: ¡25!... nosotros teníamos que añadirle 30 a la cifra que nos dieran, pero qué pasa, que el muy cabrón la dice en inglés... y nos quedamos pensando ¿qué es eso de tuenifai?... Entonces Lucas, que sabe su poquito de piquingle, le dice enseguida ¡fitifai!... menos mal que se la llevó... no, compay, allí cerquita de ellos estábamos unos pocos... estábamos Eleno, Venancio, Antero, Lucas... Vidueiro... yo... ¡ah! y el Medina ese, que estaba todo apendejado... por poco tenemos que sujetarlo para que no se cayera, porque le temblaban las piernas... sí, compay, lo habíamos convencido para que cooperara, para que demostrara si era verdad el arrepentimiento que dijo tener cuando fue interrogado... no, porque a lo mejor lo dijo para que nos compadeciéramos... que si él no estaba de acuerdo con el terrorismo, que si los americanos, que lo de “La Coubre” había sido una salvajada, todo eso... y nos contó hasta la última coma, hasta el último punto... entonces le dijimos: “Tú haces así, vienes con nosotros, recibes a Centauro, normalmente, hasta que nosotros controlemos la situación”... y aceptó... pero la cobardía es traicionera, compay... el cobarde se hunde él mismo... corre pal’ tiro, se atraviesa... y cuando se vio frente a los tipos... ¡Tch!... ¡qué cosa, compay! Fue así: ellos llegaron en la balsa hasta ahí, hasta donde estábamos nosotros. Medina ayudó a saltar al primero, al segundo... entonces a Eleno se le ocurre apurar la cosa, porque ve movimiento en la lancha... y le extiende un brazo al último para que suba, y éste coge el brazo, se apoya y salta, pero así en la penumbra ve el rostro desconocido de Eleno y le pregunta: “¿Quién eres?”... entonces, compay,

Eleno que no sabía qué hacer, por fin le dice: “Dale, chico, que soy yo”, y el hombre se vuelve para Medina y le dice: “¿Qué pasa?”... Ellos todavía no se dan cuenta, pero Medina está apendejado... ¡no sé qué le pasó, compay! Se pega a un tipo y le dice: “Estamos perdidos, entréguense”... Figúrate, compay... el espía le grita: “¡ah, hijoeputa, traidor!” y con la misma le mete un rafagazo de M3... no se pudo evitar, compay... uno saltó al agua y nadó. Cogimos a los otros mientras que los de la lancha se dan cuenta y van a huir... lanzamos un par de luces... aquello se volvió de día, compay... y ahí mismo empezaron los tiros... ¡el infierno!... la gente gastaba un peine y metía otro en minutos, en segundos... una ráfaga certera atravesó el **fiberglas** que cubría los tanques de gasolina de la V-20 y explotaron... uno de ellos cayó bajo la propela y murió destrozado... la lancha se volvió como loca, sin control, hasta que se estrelló contra la piedra... levantó una bola de candela... esa noche los cogimos a todos menos al que se tiró al agua... trasladamos enseguida a Medina y a uno de los infiltrados que resultó herido... y al otro día... no, compay, vea... de todos modos la lancha no salía de allí, porque todo estaba bloqueado... no, compay, no eran guardacostas, eran los pescadores mismos... y había un barco madre, pero ese voló... parece que al ver las bengalas y la explosión huyeron... los demás, que se las arreglaran... es el egoísmo, compay... traían prismáticos, **woquitokis**, linternas infrarrojas... na, pero lo que tenían que traer no lo trajeron... Pues como decía, bien temprano salimos a buscar al que huyó... seguimos el rastro de mangle partido, de fango sobre los picos de piedra, el rastro sobre el rocío de la hierba... y cayó sin hacer la menor resistencia, mansito... soltó el M3 y levantó los brazos hasta el cielo, compay... na, y cuando los traíamos por el trillo hasta la playa, venía llorando... daba roña, compay... ¿Centauro? ¡Qué va, compay!... no había coraje... mandaron a un infeliz... a un tal Sam Miller, yo no sé si es su nombre de guerra, aunque Vidueiro lo conoce y dice que sí, que era uno de esos gringos mañosos que manejaban el juego y el vicio en La Habana. Sí, compay, vea... el Centauro se quedó allá, como si se hubiera olido... na, compay, que se pusieron fatales...

31

“Aquí me siento bien”

—¡Al fin mi uniforme! —Como un muchacho estrenando su nuevo uniforme escolar, Frank se contempló orgulloso, alegre, satisfecho de vestir nuevamente el verde olivo...

—Haría falta un espejo —le dijeron bromeando.

—Me queda ancho...

—¿No desayunaban con jamón?

—Parece que no lo asimilaba... Vidueiro, ¿cómo van los interrogatorios?

El oficial dejó de lustrar las botas... levantó una sobre su cabeza:

—No parece que estuvieron en la costa anoche, ¿verdad?... los interrogatorios van bien... hablan, como se dice entre marineros: ¡viento en popa!

—¡Y a toda vela!

—Eso es...

—¿Se salva Medina?

—Sí... y el otro también... ¿Sabes quién fue el otro herido?, el que venía por Centauro... Cecilio lo conoce... cuando se recupere ya sabremos a qué vino por su propia boca...

—¿Y la muchacha?

—Sussy sufre una fuerte crisis nerviosa. La mantenemos bajo condiciones especiales, bajo atención médica, Y tan pronto como sea posible le permitiremos ver a su padre... desde luego, tendrá que responder ante la ley...

—Creo que ella también es una víctima...

—Es verdad... posiblemente también tenga cura... si sabe asimilar esta enseñanza... ¿Sabes quién la atiende? El doctor Silvio Rivas.

—Es un buen siquiatra...

—Sí... ¿Recuerdas cómo lo reclutamos?

—Yo no estaba entonces aquí... lo conocí después...

—Él tenía una consulta particular. Cuando empezaron a irse los médicos la dejó y se dedicó de lleno a la medicina social, pero unos días antes se enfrentó a un caso difícil: era un matrimonio que esperaba salir del país, lo habían decidido... tenían una muchachita... como hacía una vida normal con sus amigas, en la escuela comenzó a politizarse... sin habérselo propuesto... y comenzó a hacerle algunos planteamientos a sus padres... Ellos entonces se alarmaron y comprendieron que la muchachita estaba adquiriendo conceptos que le perjudicaría en su posterior convivencia apátrida... Pidieron la ayuda al doctor Rivas... entonces la disyuntiva se le presentó a él: o se negaba a desarraigar a la niña para que no confrontara conflictos en el Norte y apoyaba sus normales reacciones, ayudándola a prepararse para la adultez consecuentemente, o complacía a los padres haciendo de ella una... bueno, lo que ellos querían, sencillamente una “gusana”...

—¿Qué hizo?

—Optó por consultarnos, pero para nosotros también era difícil decidir... Le respondimos lo siguiente: “Usted es un profesional y es un miembro de esta sociedad... confiamos en que haciendo lo que le dicte la conciencia, acertará...” Y acertó ¡de qué manera!... Nos sorprendió con una singular solución... con una tercera opción... no sé cómo se las arreglaría, pero el caso es que convenció a aquella gente para que se quedara aquí, para que subordinaran sus vidas a aquella hija... no sé cómo pudo...

—Un verdadero **happy end**.

—A veces sucede... considero que él ayudará a la mu-chacha... tiene un gran poder persuasivo... es convincente, y muy maduro como profesional...

—Dirán que le “lavamos el cerebro”...

—Está bien... si lo tenía “sucio”... ¿qué otra cosa podíamos hacer?... Quedará agradecida a la larga... y dime, ya que hablamos de convencer, ¿cómo lograste que Medina grabara la reunión?

—Le dije que sería conveniente que Centauro llevara esas cintas al Norte...

—Y ahora tenemos verdaderas pruebas... testimonios orales...

—No... no las utilizaremos como pruebas... no hace falta, pero ayudaron mucho a los interrogadores...

—Después de todo, Medina te tiene cierto particular respeto... y yo diría que hasta simpatía...

—Tengo una deuda con él... no sé si sabrá interpretarla... un día, al calor de la conspiración le dije: “Cuando encuentre un camino más limpio, lo llamaré para que me acompañe... porque él no es un hombre totalmente corrompido... no lo aseguro, pero, quizás él salve su vida... y su moral...”

—Quizás ¿por qué no?... el que no tuvo remedio fue el “almirante”... ya reportaron su hallazgo en la Florida...

—Lástima de juventud...

—Lamentable.

Se asomaron a la ventana. Hacía una mañana clara y bulliciosa. Los niños jugaban sobre el césped. Había trinos de pájaros y brisa. Flores en los jardines...

Cerca de allí, apoyado en sus rodillas, trazando minúsculas líneas sobre un pequeño pedazo de papel, un preso escribía:

“Afuera debe bullir la vida. Seguramente los pájaros cantan y los niños corren, saltan, ríen. Habrá enamorados en los bancos y viejecitos calentando sus huesos al sol. Mi esposa esperará verme algún día, cuando ya no necesite estar aquí. Ellos me consideran ya de los suyos. Ahora me conocen poco. Soy de los nuevos. Mi papel sólo ha sido ir a una reunión y caer preso. La prisión me fortalece ante ellos. Cuando salga, me dirán cuál es el próximo objetivo, me darán algunas palmadas y anunciarán que soy un tipo de confiar. No como Frank. Y empezaremos de nuevo. Y si me descubren, detrás de mí vendrá otro. Quizás no cumpla toda mi condena y escape. Ustedes dirán. O quizás huya después en una lancha, hacia “tierras de libertad”. Por ahora, saludos, muchachos, guarden bien mi carnet, mi uniforme nuevo de alférez y díganle a mi madre que aquí me siento bien.

“Adán.”

Este libro ha sido impreso por la Empresa de producción Gráfica “Osvaldo Sánchez”. Se terminó de imprimir en el mes de enero de 1978, “Año del XI Festival”

SOBRE EL AUTOR



LUIS ADRIÁN BETANCOURT (Placetas, 1938) —Mención Novela de literatura policial del Concurso Aniversario de la Revolución, del MININT (1977)— ha recibido también menciones en los concursos de 1975 y 1976, por sus novelas **El otoño no es casual** y **Huracán**. Es graduado en la Licenciatura de Periodismo, y suboficial del MININT en la provincia de La Habana.

Luis Adrián Betancourt (Párate
Mención Novela de Literatura
del Concurso Aniversario de la R
del MININT— ha recibido también
los concursos de 1975 y 1976, p
El otoño no es casual y Hur
Es graduado en la licenciatura de
y suboficial del MININT en la pro
La Habana.

En Expediente Almirante
se desarrolla en los primeros
después del triunfo de
Revolución—, Luis Adrián
Betancourt nos relata cómo u
de contrarrevolucionario
con la ayuda y dirección d
CIA, trabaja en la captació
elementos que puedan ser ú
sus planes de espionaje y a
contra nuestro país. El c
conduce los hilos de la narra
con eficaces recursos técn
literarios, con los que logra
al lector una obra interes

